

DESDE EL DÍA  
EN QUE  
TE *Conocí*



MANU  
PONCE

DESDE EL DÍA  
EN QUE  
TE *Conocí*

Primera edición.

Desde el día en que te conocí.

© 2020, Manu Ponce.

© Fotomontaje: AdobeStock.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Capítulo 1: Sara

Capítulo 2: Marcos

Capítulo 3: Sara

Capítulo 4: Marcos

Capítulo 5: Sara

Capítulo 6: Marcos

Capítulo 7: Sara

Capítulo 8: Marcos

Capítulo 9: Sara

Capítulo 10: Sara

Capítulo 11: Marcos

Capítulo 12: Sara

Capítulo 13: Marcos (2 años después)

Capítulo 14: Sara (2 años después)

# Capítulo 1: Sara



- Venga, bella durmiente, hoy es el gran día. Necesito que me traigas una barra de pan integral, pero que no esté muy quemado eh, que ya sabes que a tu padre lo churrascado como que no.
- Mamá, no puedes darme tanta información. Deja que aterrice primero en el mundo de los vivos.
- Vale, pero no te emociones tanto. Tienes un bol de macedonia en la mesa de la cocina. No olvides comértelo antes de irte, que estás en los huesos o vas a caer “desmayaíca” tu primer día de trabajo.
- Gracias, mamá. Me lo comeré todo como una niña buena – le digo poniendo los ojos en blanco. Estoy cansada de que me trate como a una niña pequeña, cuando tengo ya casi treinta años.
- Me voy a trabajar con tu padre, nos vemos esta noche cariño – besa mi frente antes de salir de mi habitación y de casa.

Hoy es el día. Estoy tan emocionada que casi me voy a correr del gusto. Después de más de un año echando currículums hasta en el prostíbulo del barrio, bueno no es cierto, no estoy tan desesperada. Pero ayer me llamaron de la panadería de la calle Esperanza para ofrecerme un puesto fijo coincidiendo con la jubilación de una de las empleadas.

¿Quién se jubila en una panadería? No me veo de octogenaria vendiendo barras de pan a un euro mientras pongo una sonrisa falsa para que los clientes vean como me brilla el blanqueamiento de

dientes que me hago cada año. Mientras no me lo haga de ano...

Me doy una rápida ducha y ondulo el pelo con el secador. La verdad es que tengo un buen presentimiento. Servir pasteles, café y vender pan no puede ser tan difícil.

Ya he trabajado antes de camarera para pagarme los estudios de modelo, pero como no pude acabarlos por tema de pasta y las agencias no me llaman porque ya está la tía esa de las cejas a lo Cabrera con los dientes separados que gana millones por sonreír enseñando un poco el muslo.

Me coloco unos leggings y un vestido un poco holgado, que no quiero que el primer día me despidan por provocadora. Yo jamás iría de esa guisa, me trabajo el cuerpo todos los días en el gimnasio para marcarlo y lucirlo, pero en este trabajo voy a tener que cambiar el chip.

Salgo de casa poco después cuando me coloco las bambas y cojo la mochila. Salgo y veinte minutos después estoy frente a la panadería. He decidido ir caminando, no voy ya a empezar a gastarme el sueldo en transporte.

La calle Esperanza me saluda. La verdad es que el nombre no podía ser más acertada. Esperanza es lo que me ha dado volver a trabajar aquí, en la tierra media.

Antes de entrar, como aún me queda algo de tiempo, me dedico a mirar desde fuera el negocio. Ya temo que en cuanto empiece a trabajar aquí voy a engordar de cinco kilos para arriba, ya que soy muy dulzona.

Tomo una gran bocanada de aire y me armo de valor antes de entrar. La primera impresión es la que cuenta, así que allá vamos, no puedo cagarla.

- Buenos días – digo entrando con una sonrisa radiante.
- Buenos días – me dice una mujer de unos cincuenta años con una sonrisa falsa y unos dientes negros como el carbón por tanto fumar. - ¿Qué desea? – que te laves los dientes chata.
- Pues la verdad es que hoy es mi primer día y buscaba a la encargada, para que me

explicara un poco que es lo que quieren que haga, que me den el gorro, los guantes...

- Ah, perfecto, eres la nueva. Yo soy Maruja, tu encargada y supervisora de este local – vaya nombrecito. Me suena a bruja lo lea como lo lea.
- Encantada, yo soy Sara – le extiende la mano y veo que me mira alzando la ceja esa llena de canas.
- Me da igual cómo te llames. Toma y a trabajar – me entrega unos guantes y una rejilla para el pelo, que no tardo en ponerme. No quiero cabrear a la bruja de Blancanieves.
- Bien, ya estoy lista. Por dónde quiere que empiece.
- A mí no me trates de usted, que soy una jovencita, eh. De tú niña, de tú.
- Está bien, disculpa Br...Maruja – joder, casi se me escapa bruja y no Maruja.
- Quiero que te pongas a hornear pan, las barras y las he hecho yo, que me he tenido que levantar a las cuatro de la mañana.
- Vaya lo siento – intento comprenderla.
- Qué vas a entender tú, que todavía eres un polluelo que acaba de salir del huevo...

Me muerdo la lengua para no contestarle, tanto que me hago hasta una herida y empieza a sangrar.

Me mantengo seria esperando a que me enseñe dónde está el pan para poder empezar a trabajar.

- ¿Qué haces todavía ahí quieta? No se te paga por tocarte el pelo y limarte las uñas – uf, es desesperante, y solo la conozco desde hace diez minutos. No me extraña que este puesto estuviera vacante, porque nadie la aguanta.
- Todavía no me has enseñado el horno, dónde está la barra sin hornear, los grados a los que quieres que ponga el horno...
- Es verdad, olvidaba que eres una inepta en todo esto. Anda ven – la sigo hasta que llegamos a la sala del horno, o así la voy a llamar a partir de ahora.
- Vale, entiendo que estos días, esta sala será mi casa – reflexiono en voz alta.
- Estos días, dice la ingenua. De momento te vas a quedar aquí este primer mes de prueba y ya veremos – pues qué bien.

- Las barras de pan están en esas bandejas amontonadas a mano derecha, esas de ahí, ¿las ves?
- Sí, las veo.
- Bien, ahora hablemos del horno. Debe estar siempre caliente a doscientos grados, ni uno más ni uno menos. ¿Queda claro? – asiento sin decir nada más.
- Más vale de que no la cagues niña. Mañana me marcho de vacaciones, merecidísimas, lógicamente. Me sustituirá la dueña de esta franquicia, así que no te pienses que te vamos a dejar aquí sola como perico por su casa para que hagas y deshagas a tu antojo. Más vale que no metas la pata o cuando vuelva vas a vivir en un permanente infierno. ¿Estamos?
- Estamos Maruja, estamos.
- ¿Qué haces que no estás trabajando aún? Muévete – resoplo por no matarla y enciendo el horno para que se vaya calentando y preparo las bandejas.

Me dedico a meter la primera tanda de barras de pan y cruasán para los clientes. No veo la luz del día hasta que cerramos las puertas y bajamos las persianas. Ha sido un primer día demasiado raro.

Espero que mañana la cosa mejore, puesto que no estará Maruja, la bruja, aunque puede que la que venga a sustituirla sea aún peor. Más vale lo malo conocido... o eso dice mi madre.

Llego a casa y me doy una ducha antes de acabar en la cama con la cena que mamá ha dejado para mí en el microondas y masajear mis pies mientras me como unas judías verdes. Planazo...

Los pies me arden y huelen a partes iguales. Eso de que los pies huelen a queso no es cierto, los míos son una mezcla entre vómito de alien, estiércol y pedo de gusiluz. Qué le vamos a hacer...

Me pongo el despertador, me quito la ropa, me tomo la pastilla anticonceptiva (ya ves tú... ¿Quién me va a concebir? Como no sea el espíritu santo...) y me meto en la cama deseando caerme muerta en el colchón y no despertar hasta que haya pasado el apocalipsis zombi.

Acabo de cerrar los ojos y ya me está sonando la alarma. Ya se me había olvidado de que trabajar era despedirte de dormir para siempre.

- Buenos días Sara, ¿has dormido bien? – me pregunto a mí misma, ya que mi madre, que es la que lo hace, sigue durmiendo.

- Poco, muy poco – me contesto a mí misma.

No tardo mucho en llegar al trabajo. Son las seis y media de la mañana y tengo que encender el horno para que se vaya calentando mientras preparo el pan y la bollería antes de que venga la sustituta de la bruja.

Abro colocando el cartel de cerrado con el duplicado de llaves que Maruja me dio ayer amenazándome de muerte por si se me ocurría entrar a robar ahora que tenía las llaves del poder, palabras textuales, como si no tuviera otra cosa que hacer que ir a robar barras de pan...

Enciendo la cafetera y coloco las tazas y platos sobre esta. Quiero que la chica que venga me vea con buenos ojos y no empiece tan mal la cosa como con la bruja piruja.

- Buenos días, ¿desea alguna cosa? – le digo a la primera cliente de la mañana.

- Hola cariño, pues la verdad es que quiero un café con leche y una palmera de chocolate.

- Perfecto. ¿Lo quiere para tomar aquí o para llevar?

- Para tomar aquí.

- Perfecto. Si lo desea, puede sentarse en la mesa y enseguida le llevo su medido.

- Así me gusta – sonrío y la veo sentarse en una de las mesas que da a la gran vidriera mientras espera mirando a los poco madrugadores que ya transitan por la calle.

Me dedico a preparar el café y le doy un toque de canela antes de ponerle una galletita al plato de la taza. Además, mientras que el café sale, caliente un poco la palmera para que el chocolate se deshaga en su boca.

Sobre cafés me pueden preguntar lo que sea, llevo diez años trabajando en un bar y he preparado más cafés de los que mi memoria puede contar, pero de tema pastas no tengo idea. Lo más que vendía eran rosquillas que nos traía la marca Donuts.

Me encantaba robarle Donuts a Sam, el dueño del bar y mi amor imposible. Solía meterme la

rosquilla por el dedo y darle pequeños mordiscos mirándolo a los ojos, pícara.

Él se ponía como una moto y le costaba concentrarse el resto de la tarde. Imagino que se pasaría la tarde rememorando el momento y ahí que estuviera tan torpe.

Lo extraño mucho, pero la crisis hizo que tuviera que cerrar su negocio y desgraciadamente ello hizo que tuviéramos que separarnos. No he vuelto a verlo desde entonces.

Vuelvo a la realidad y coloco la palmera en un plato antes de hacer lo mismo con la taza de café antes de colocarlo todo en la bandeja y hacerla llegar a la mesa de la clienta.

- Aquí tiene su pedido.

Primero le coloco la taza de café sobre la mesa. Como es lo más complicado, por eso de que se puede derramar y hacer el ridículo de por vida. Después la palmera y por último la cajita con la factura.

- ¿Es alérgica a la canela?

- No, al contrario, me encanta.

- Me alegra oír eso. Disfrute de su desayuno. Que aproveche.

- Gracias bonita – sonrío.

- A usted.

Meto diez bandejas con las diferentes barras de pan y cuatro bandejas de cruasanes. La verdad es que no me esperaba a una clienta tan pronto.

Apenas me había dado tiempo a preparar la primera tanda de bollería. Suerte que no ha pedido pan, sino lo llevaba crudo, tanto como el propio pan jajaja.

Salgo para ver si sigue ahí la clienta, que no quiero que el segundo día de trabajo ya venga una a hacerme un simpa y me toque a mí ponerlo de mi bolsillo. No he cobrado y ya estoy pagando.

Me acerco a la mesa de la señora cuando veo que se lo ha zampado todo y le sonrío antes de preguntarle, que no quiero ser muy agresiva.

- ¿Quieres que le retire ya los platos? – la mujer solo asiente mientras lee el periódico y yo coloco todo en la bandeja que siempre llevo, incluida la caja con la factura.

Al llegar a la barra, sin que me vea, miro que lo que hay en la caja y no hay dinero, solo una nota apuntada tras el papel.

<< Bienvenida Sara, soy Candela, tu jefa >>.

Me quedo helada por segundos. Me he dedicado a servirla como lo haría yo si esto fuera mío, porque al no haber nadie de responsabilidad que me diera unas directrices de cómo servían aquí, me he tomado esa libertad. Y ahora me entero de que la clienta es mi jefa. Mierda. Me despide seguro.

Me acerco a la mesa donde se encuentra, ahora ya no la clienta, sino mi jefa. Lo justo es que ahora que ya sé quién es, me presente como es debido. No queramos meter la pata más profundo.

- Hola, soy Sara, como ya sabe. Disculpe que no me presentara como es debido, no sabía que era usted la dueña. La verdad es que como no había venido nadie como refuerzo, no sabía bien si la manera de atenderla en la panadería era la correcta.

- ¿Quieres que te sea sincera, Sara?

- Siempre.

- La verdad es que me has atendido como no he visto antes en los cuarenta y cinco años que lleva esta panadería abierta.

- ¿Pero en el buen o en el mal sentido?

- Si fuera en el malo ya habrías salido por esa puerta.

- Muchas gracias de no haberlo hecho – sonrío.

- Me gusta mucho como has tratado el detalle. Que hayas calentado un poco la palmera para que la melosidad del chocolate se adueñara del paladar. Ese toque sorpresa en el café que te tomaste la molestia en preguntar si era alérgica, son esas pequeñas cosas que nunca he visto en esta panadería y que hace sentir al cliente cuidado, mimado, que se preocupan por

él en todo momento, para que salga de aquí con una sonrisa en la cara.

- Me alegro mucho de que le haya gustado mi manera de trabajar.

- Hay algo que no me ha gustado y te lo tengo que decir.

- Claro, dígame.

- No me ha gustado que abandonaras a tu cliente en la sala mientras te ibas a la sala del horno.

- Lo sé y lo siento, pero es que estoy sola y si viene alguien en busca de pan, lo va a tener crudo – entiende el chiste y se ríe.

- Exacto, primero me molestó, pero después lo entendí. Has pasado la prueba de fuego con nota. Hago esto cada vez que entra alguien nuevo y esta es la primera vez que me han sorprendido de verdad.

- Me alegra oír eso.

El sonido del horno me transporta a otro lugar y disculpándome lo apago y empiezo a sacar las bandejas repletas de barras de pan y bollería, colocándolas en el carrito para sacarlas fuera.

Candela ya está tras la barra preparada para los clientes que se acerquen. Empiezo a colocar las barras de pan en los cestos que tenemos para ello y los cruasanes en el aparador mientras Candela me mira con escrutinio.

La puerta se abre entonces y alzo los ojos mientras acabo de colocar las pastas en la bandeja.

Joder...

## Capítulo 2: Marcos



Me levanto como puedo, la noche ha sido intensa. Laura está dormida en el sofá después de un buen polvo. La verdad es que me pilló desprevenido, estamos en proceso de separación y esto no nos viene nada bien ninguno de los dos.

Vale, ha estado bien, me cabalgaba como una verdadera amazona, pero no es esto lo que busco. No quiero que cada vez que se sienta sola venga a mi ático a consolarse conmigo.

No funcionamos, eso ha quedado más que claro. Me doy una ducha y me enfundo el traje de pingüino que tengo que llevar cada día a la agencia.

Me voy pronto, es mejor así. Nada de despedidas, nada de escenas ni lloros, ni tener que dar explicaciones por algo que nunca debió haber pasado.

Tomo el maletín y salgo por la puerta. Hoy me apetece ir caminando a la oficina, y como voy con tiempo, decido acercarme a cualquier cafetería, panadería o pastelería que haya abierta a estas horas de camino al trabajo que pueda abrir mis legañosos ojos.

Atravieso la calle Esperanza y veo una panadería abierta, puede que con suerte haya algo para desayunar a estas horas. Entro por la puerta y dos mujeres se me quedan mirando. ¿No han visto un cliente en su vida?

Una de ellas podría ser la madre de la otra y la verdad es que la joven está de muy bien ver, aunque en el trabajo tengo a chicas como ella a borbotones. Me siento en una de las mesas a la

espera de que me atiendan.

Podría tomarlo para llevar, pero es un lugar acogedor y la verdad es que tienen buen gusto, al menos estético, y parece que también contratando personal joven.

Me apetece un poco de diversión, ponerla nerviosa. No parece que lleve mucho aquí, la habría visto al pasar las veces que voy caminando al trabajo. Es una cara difícil de olvidar.

- Buenos días caballero, soy Sara y voy a atenderlo hoy. ¿Qué le apetece? – casi me susurra la novata, que viene a tomarme comanda.
- Me apetece conocerte – le respondo muy seguro mientras veo que se pone nerviosa y roja como un tomate.
- ¿Disculpa?
- Digo que quiero un café con leche. Y ponme un cruasán recién hecho, si eres tan amable.
- Por supuesto, en seguida se lo traigo. ¿Quiere un poco de canela en el café?
- Sí, échame toda la canela que quieras, que dicen que es afrodisiaca – le guiño el ojo y ella parpadea sin creérselo.
- Bien, ahora le traigo mejor el tarro y una cuchara para que se eche usted la que desee.

La muchacha sale despavorida hacia la protección de la barra antes de coger las pinzas y pellizcar uno de los cruasanes. Casi puedo ver cómo humean por estar recién hechos.

La princesita, a la que a partir de ahora voy a llamar ricitos de oro se acerca con el café y el cruasán recién hecho. La verdad es que ha sido rápida y lo que trae tiene muy buena pinta.

- Gracias dulzura – le guiño el ojo y ella se marcha rápido, como si pensara que en algún momento me la voy a comer... Quizá lo haga, quién sabe. Desde luego sería un cruasán de lo más jugoso.

Me lo como rápido, no me interesa llegar tarde hoy a la oficina, sobre todo porque tengo una reunión con mi abogado sobre un tema de suma importancia y no puedo retrasarme. Me encantaría regalarme la vista con Sara, pero hoy no va a poder ser.

Meto un billete de cinco euros en la caja que ha dejado en la mesa cuando me ha traído el pedido y tras apuntarle mi teléfono en el tique, me marchó. La verdad es que el café especiado estaba sumamente delicioso. Un detalle que tener en cuenta.

Como sea de las que les gusta los productos afrodisiacos, me va a resultar casi imposible no darle un mordisco a esa tentación de carne y hueso.

Camino a paso ligero y no tardo mucho en llegar a la oficina. El ambiente aún es tranquilo. Me siento en la silla del despacho y enciendo el ordenador junto a tiempo antes de que unos nudillos golpeen la puerta.

- Adelante.

- Buenos días, Marcos. ¡Qué madrugador! Tenemos que hablar de lo de tu ex, Ramona, la pechugona, ya tú sabes papito – coloco los ojos en blanco.

Pepe tiene más pluma que un pavo real, qué le vamos a hacer. Es mi amigo y abogado, y lo quiero, aunque no de la manera que a él le gustaría.

Sé a qué ha venido, pero como ocultarle datos solo nos puede acarrear problemas, sobre todo a mí, es mejor que me sincere y le cuente lo que pasó anoche.

- Pepe, tenemos que hablar. Ha ocurrido algo. Anoche me acosté con Ramona. Habíamos bebido y me arrepiento más de lo que te puedas imaginar. Quiero que salga de mi vida de una puta vez.

- Pues no lo parece. Meterla en tu cama no ayuda mucho. ¿Es que no puedes mantener al canario dentro de la jaula?

- Ya te digo que estaba muy borracho. Yo creo que me echó algo en la bebida tío, nunca había perdido el control de esta manera. Ni siquiera recuerdo cómo llegué a casa, solo el *polvazo* y ya.

- No tienes remedio. Espero que la sacaras al menos de casa cuando viniste al trabajo.

- La verdad es que la dejé en la cama. Se la veía agotada, pero pienso mandarle un mensaje.

Esto no puede volver a ocurrir. No la quiero ni quiero estar con ella, al contrario, quiero el divorcio.

- Y para eso estoy yo aquí. Por cierto, tú eres tonto. Si la dejas en casa, a saber qué puede hacer. Quizá sale tu ático ardiendo en llamas en las noticias de las tres, no me sorprendería nada. Está loca, ¿cómo te lo tengo que decir?
- Espero que no, sino la denuncia va a ser doble y me va a tener que comprar otro ático.
- Bueno, al grano, no me hagas perder más el tiempo. Tengo el documento redactado y he pedido un juicio express. Está programado para dentro de dos días.
- Cómo se nota el enchufe nene.
- Es lo que tiene ser el hijo de un juez. Aprende de los mejores – dice chasqueando la lengua.
- Para eso primero tengo que encontrarme con alguien mejor que yo – lo molesto a propósito.
- Que te den nenaza – se rebota.

Nos pasamos la mañana repasando el papeleo y la estrategia. La idea es que hagamos separación de bienes, pese a que no fuera eso lo que firmamos al casarnos. No sé por qué me case con esa petarda en Las Vegas.

Yo era joven y con tantas aspiraciones en la vida... Ella una modelo ingenua que se quedó prendada de su jefe a lo telenovela de sobremesa.

Lo pasamos bien un tiempo, pero mientras que mis arcas menguaban, su fama aumentaba, su ropa cara y su cuenta en las Maldivas.

Pronto descubrí que me estaba robando más que el corazón. Yo perdí la fe en el ser humano y ella las bragas con un futbolista que le prometió el oro y el moro, y sí, era moro, por eso lo digo, sin ánimo de parecer racista.

- Anoche me vino llorando porque sus padres se habían separado y ella estaba muy frágil. Además lo había dejado con su famoso futbolista, quería volver a la agencia y me echaba de menos. Jamás hubiese cedido después del daño que me hizo. La verdad es que no

recuerdo bien lo que pasó. Recobré la consciencia casi al final del polvo y ya, ¿qué iba a hacer?

- Tío, parece que no la conozcas, es el mismo cuento de siempre. Los padres están en Rivera Maya gastándose tu dinero de viaje de luna de miel. Sus bodas de plata. Eso no te lo ha dicho, ¿verdad?
- No, no sabía nada.
- Algo quiere, no sé si desestabilizarte para volver a cazarte y que sigas siendo su banco España o aprovechar tu debilidad para que le cedas todo en la separación.
- Pues ni una cosa ni la otra Pepe. Me ha costado mucho llegar a donde estoy para que me lo arrebatase todo una modelo con un cerebro hueco.
- Lo sé amigo, por eso te ayudaré con esto. No quiero que salgas perjudicado. Firma aquí – me señala el acuerdo de divorcio amistoso.

Lo conozco desde que era pequeño, Pepe nunca haría nada que me perjudicara, así que firmo sin ni siquiera leerlo. Sé que estoy en las mejores manos y que si él es mi abogado ganamos seguro.

Me paseo por las diferentes salas de la oficina. En la mayoría de ellas hay fotógrafos y modelos posando. Es lo que tiene tener una agencia de modelos. En otras clientes negociando presupuestos con mis empleados.

Es el pan de cada día desde hace años y ya no me imagino haciendo otra cosa. La verdad es que me gusta mucho mi trabajo y por suerte hemos creado una gran cartera de clientes que siempre acuden a nuestra agencia en busca de modelos que representen sus marcas.

Este año ha sido muy productivo. La empresa ha generado dos millones de euros y solo llevamos nueve meses. Promete y mucho. Hasta estoy pensando que es posible que podamos expandirnos.

Tras firmar algunos papeles, tener un par de reuniones con los inversores de capital más alto y que algunas de las modelos de la agencia intenten flirtear conmigo para conseguir vete a saber qué, me vuelvo al despacho.

La verdad es que a veces me siento acosado por mis propias empleadas y no sé si eso me gusta.

La verdad es que las chicas están bien, pero yo busco algo más, el físico para mí no lo es todo.

No sé si es que buscan acercarse a mí con el fin de que suba sus carreras como la espuma o que simplemente les atraigo, pero en ese tipo de situaciones no me siento del todo cómodo.

Según dice Pepe, es porque estoy, palabras textuales: de toma pan y moja. Para mí soy del montón, pero qué voy a decir.

Me siento en mi silla del despacho y escucho un pedo sonoro al hacerlo. Algún que otro cliente me mira de soslayo. Mierda, ¿por qué no habré cerrado la puerta al entrar? Me levanto y veo el típico artículo de broma.

Esto es cosa de Pepe seguro. Maldito crío. Yo buscando madurar y él parece uno de los niños perdidos de Peter Pan. Le gusta más ser niño que a un tonto un lápiz. Qué le vamos a hacer, él es así.

Pepe asoma la cabeza y ve mi cara de mala leche. En realidad me estoy partiendo la caja, pero no se lo pienso hacer saber, al menos de momento.

- Ven aquí ahora mismo, ratilla de cloaca – veo que entra con una sonrisa en los labios y el rabo entre las piernas, aunque ya lo tiene así de serie.
- Yo no sé nada, Marcos.
- Esta trampa tiene tu nombre firmado y huele a ti, así que no me vengas con historias para no dormir.
- Vale, es que sabes que no puedo evitarlo, me viene en los genes, mi padre era payaso, literalmente, así que no puedes enfadarte conmigo si quiero seguir sus pasos.
- Estás fatal. Escucha, tengo que contarte algo más.
- ¿La has vuelto a cagar? ¡Pero si no te ha dado tiempo!
- No es eso. Esta mañana he ido a desayunar a una panadería y he conocido a la chica de mis sueños tío.

- No tío, otra vez no. Te va a comer la oreja, te enamorarás y te volverá a sacar hasta el higadillo. No aprendes.
- Esta vez es diferente. Es una simple panadera, pero es que es el tipo de chica que me gusta. Parece sensible, dulce, lista, no es solo una cara bonita. Además parece tener cerebro, no como Ramona o la mayoría de las que se pasea por estos pasillos.
- ¿Y qué piensas hacer?
- Quiero conocerla.
- Vamos a hacer una cosa, si realmente te interesa esa chica, deja que la investigue un poco a ver si te conviene y cuando tengas mi informe completo decides con cabeza. ¿Te parece?
- Está bien, pero no voy a dejar de verla. Puede que no vaya más allá a la espera de tu informe, pero no puedo evitar sentirme atraído por ella y ya sabes cómo soy yo cuando me encapricho de algo o alguien.
- Está bien, me daré prisa con el uniforme entonces.
- Te lo agradezco, amigo mío – lo abrazo antes de que salga por la puerta y es entonces cuando veo a una de mis modelos con un vestido de tarta de fresa y me río negando, sin poder evitarlo.

Lo tengo decidido. Mañana volveré a ir a ver a Sara a la panadería. A dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre de cruasanes, digo a modo melodramático antes de sentarme a trabajar.

Mando dos mil millones de mensajes y recibo otros tantos, algunos, más de los que me gustaría, de chicas con ganas de modelar que lo más modoso que me enseñan es su pezón travieso. Debería hacer un filtro de correos o mi salud mental va a empezar a peligrar.

No puedo sacármela de la cabeza joder, con esa sonrisa complaciente y ese rostro de ángel cubierto de rizos de oro.

Ni siquiera me ha llamado, aunque le dejé el teléfono en el dorso de la factura. ¿Y si lo ha tirado sin darse cuenta de que le anoté el número?

Por eso tengo que volver a ir mañana, esto no puede acabar así, es solo el principio y pienso llegar hasta el final. Soy bastante testarudo y cuando algo me gusta mucho peleo hasta las últimas consecuencias. Sara me gusta y, aunque aún ella no lo sepa, va a ser mía, cueste lo que cueste.

No soy una persona obsesiva, eso se lo dejo a Ramona, pero sí que soy bastante cabezón, de no ser así no habría construido esta empresa de la nada ni tendría el patrimonio que tengo con solo treinta y dos años.

- Marcos, ¿te apetece cenar esta noche conmigo? – veo a la morena de ojos verdes, al igual que los míos, que me mira con una sonrisa ladina.

Lleva un vestido rojo ajustado y unos tacones negros, que combinan perfectamente con su maquillaje. Es un bellezón de los que quita el hipo, es mi secretaria, la preferida de mi empresa, y sobre todo, es mi musa.

- Por supuesto, hermanita – le saco la lengua antes de volver al trabajo al tiempo que ella cierra la puerta.

- Por cierto cariño, te he dejado la merienda en el primer cajón de la mesa – dice tras volver a abrir la puerta.

- ¿Cuánto te debo?

- Ya sabes, la voluntad, como dice la iglesia.

- Jajajaja vale.

Abro el cajón y veo un saco, como esos de los japoneses, cómo se llaman, ah sí, los saquitos de hojas de arroz, y si no se llaman así, me lo invento. Qué más da.

He perdido a dos inversores por culpa de las modelos ligeritas de cascos. En general a los clientes no les molesta, pero hay algunos con principios que cuando las chicas se arrodillan para suplicarles, entiéndase para bajarse al pílón, ellos se agobian y rescinden los contratos. A veces me gustaría que no fueran tan promiscuas.

Confirmando la cancelación de ambos contratos y les mando la rescisión ya firmada por mí, la verdad

es que debo tener más ojo a la hora de contratar a las chicas nuevas o me va a costar el negocio.

Me levanto del despacho al terminar ya la jornada. La verdad es que ha sido agotadora. Tengo los dedos atrofiados de tanto escribir al ordenador. Suerte que Vanessa y yo vamos a cenar fuera, así desconecto un poco.

Vamos al New Xperience, un restaurante del centro de esos que se ponen un trozo microscópico de lo que hayas pedido, pero la factura no es microscópica que digamos. Es más, tienes que vender tu casa y la de tu acompañante para pagar un solo plato.

Esta vez por suerte paga Vanessa, ya que con las pérdidas que he tenido hoy pronto me veo en la indigencia comiendo pedazos de hamburguesas que tiran los estudiantes a las papeleras de las calles.

- ¿Qué tal nos va, mariquita?

- A ver, Vanessa, solo te lo diré una vez más, me la metió en la boca cuando estaba dormido. Fue una jugarreta de mal gusto. Ya pasé página y lo borré de mi memoria. Punto.

- Pinocho, fue más de una vez, si casi te llega a la garganta, anda que no me reí cuando Pepe me mandó el vídeo ni nada.

- A mí no me hizo ni puta gracia. Pepe me las pagó y muy caras. No creo que se le vuelva a ocurrir hacerle eso a nadie en la vida.

- Ya ves, las pasó canutas.

- Es lo que tiene meterse con un Segura.

- Si hijo sí, tú eres como la compresa, fino de paladar y seguro de ti mismo.

- Mamá nos educó para que nos sintiéramos seguros de nosotros mismos siempre para conseguir ser unos triunfadores.

- Lo sé.

- Y por cierto, a ver si tienes mejor tiento a la hora de escoger a las modelos. Me han hecho perder hoy a dos buenos clientes.

- Querrás decir nos ha hecho perder. Y pensé que Sofia y Marta eran profesionales.
- Son profesionales de la felación, que es lo que pretendían hacer a nuestros clientes.
- Pobres, habrás descubierto que de lo que una vez fue solo quedan cacahuets – suelta Vanessa al tiempo que pasa un camarero.
- Disculpe señora, lamento informarla de que no nos quedan cacahuets hoy – Vane y yo nos miramos y empezamos a reírnos a carcajada limpia. Será entrometido el camarero...
- No se preocupe, pediré entonces una buena butifarra – le suelta en respuesta antes de secarse las lágrimas de la risa con la servilleta.
- ¿Entonces les tomo ya la nota? ¿Se han decidido ya?
- Bueno, mi hermano no lo tiene claro aún, pero yo siempre siento una gran predilección hacia las butifarras de la casa – le doy una patada bajo la mesa antes de mirar al camarero.
- Yo pediré bacalao – las risas de Vanessa se oyen por todo el restaurante. Todo dios nos mira.
- Estaba claro por qué se iba a decantar al final. Tomaremos vino y tráigale un poco de ketchup para ese bacalao. Quién sabe...

Tomamos la cena entre risas y anécdotas de este último año, que la verdad es que no nos faltan, hasta que llega el tema peliagudo; Ramona. Le explico la situación y le hablo de Sara.

La verdad es que no sé ni por qué lo hago. La he conocido hoy, por amor de dios, pero es que me siento un quinceañero que acaba de conocer a la mismísima Sharon Stone.

- Ui, hermanito, nunca te había visto tan empollado.
- ¿Empollado?
- Sí, para una mujer es enchochada, así que imagino que para un tío es empollado.
- Estás loca...
- ¿Y ahora te enteras? Has tenido treinta años para descubrirlo. Endevé.

La llevo a casa en el coche cuando acabamos de cenar y paga la factura, y durante el trayecto le voy contando lo sucedido en la panadería y mi intento fallido de facilitarle el teléfono a Sara.

Subo a mi ático y tras abrir la puerta me voy directo a la ducha. Estoy bastante cansado, pero la parte positiva es que ahora no tengo por qué ponerme a hacer la cena.

Abro la caja fuerte para guardar mi Rolex, que siempre me pongo para trabajar, sobre todo para que los inversores vean que somos una empresa pudiente, no de las que necesitamos limosnas.

No hay nada. La caja fuerte está vacía. Corro hacia el despacho y abro con la llave el primer cajón, donde también guardo las cosas de valor y todos los expedientes que ha ido haciendo Pepe de las empresas con las que hacemos negocios por si la cosa sale mal, para cubrirnos las espaldas.

Él saca los trapos sucios de la empresa y de esa manera nos aseguramos tener siempre un as en la manga por si se ponen farrucos. Será hija de la gran... Entro corriendo a mirar mis cuentas y todas tienen el saldo a cero. Joder, joder, joder, hasta la de la empresa.

Corro a coger mi teléfono móvil y marcar temblando el teléfono de Pepe, ahora necesito más que nunca su ayuda.

- Pepe, ¿recuerdas que Ramona durmió anoche aquí después de lo que pasó?
- Sí, por qué, ¿qué pasa?
- Me ha robado todo tío. Se ha llevado lo de la caja fuerte, los informes de las empresas y ha transferido todo el dinero de la empresa y el mío particular a su cuenta, estoy desesperado, no sé qué hacer.
- Hija de puta. Era una trampa. Seguro que te drogó para que te llevara a su casa. Fue todo una estrategia desde el principio. ¿Te vio alguien entrando con ella en casa?
- No lo recuerdo, pero creo que no.
- Vale, que no cunda el pánico. Lo tenemos jodido, pero voy a hacer todo lo posible para que esto se solucione. Podemos rastrear las transferencias e informar al banco que te han hackeado para que puedas recuperar el dinero. Ahora debes ir a poner una denuncia por robo. Solo habla de los objetos de valor, no debes decir nada de los informes, ya que no es

legal que los hagamos y del tema del banco ya me ocupo yo. ¿Estamos?

- Sí, tío.

- No la llames, ni hagas nada. Que no vea que estás nervioso. Haz como si no hubiese pasado nada y cuelga alguna foto en Instagram que tengas disfrutando en el club, no queremos que crea que ha ganado y que te ha hundido.

- Vale.

- Te dejo, tango mucho que hacer ahora con este nuevo percal. Y deja de una puñetera vez la polla dentro de los pantalones. Hablamos colega – me cuelga antes de que me pueda despedir.

Salgo de casa para ir a presentar la denuncia por robo y no tardo mucho en volver al piso ya con los papeles de esta. No puedo hacer más por hoy, pero esa zorra me las va a pagar, y con creces.

## Capítulo 3: Sara



Es un jodido dios griego. Lo más parecido a la perfección que he visto nunca y dios sabe que los tíos con traje me mojan toda la almeja. Encima se me ha insinuado como quien no quiere la cosa.

Me ha dejado algo de propina que no esperaba y su teléfono anotado en la parte de atrás de la factura. Llevo horas aquí en la panadería tentada de llamarlo, pero no lo haré, necesito que pasen esas horas de cortesía para no parecer una desesperada.

Mañana lo llamaré por la tarde para no parecer que estoy más salida que un mandril, ahora tengo que concentrarse y dejar de pensar en Mister Sexy, que si no al final Candela me va a echar mi segundo día y no volver a volver a verlo, bueno ni a él ni a mi sueldo.

- ¿Todavía pensando en ese zagal, Sara?
- Sí, es que tú lo has visto, ¿verdad? No han sido imaginaciones mías. Ha bajado del olimpo para regalarnos las vistas.
- Ains niña, si yo tuviera treinta años menos, me lo llevarías y hasta a pasear con correa.
- Me ha soltado unas indirectas un tanto insinuantes y la verdad es que no sé si realmente se estaba riendo de mí para después humillarme o lo piensa de verdad.
- Ya sabes lo que dicen, el cliente siempre tiene la razón, no lo olvides. Y si él te da su número particular de teléfono, no es para una broma. Si él te tienta es que quiere algo. Ves, yo tengo la razón.
- Pero tú no eres clienta.
- ¿No lo fui una vez? – recordando esta mañana, cuando nos conocimos.

- Vale, tu ganas.
- Por cierto, quiero comentarte algo. Me encanta tu manera de hacer en mi panadería, pero no creas que con eso será suficiente. Cada día voy a examinarte de un producto de la tienda que tendrás que cocinar, aunque nunca sabrás hasta que llegues a la panadería de qué producto se trata, así evitamos la tentación de mirar la noche anterior en Google. ¿No crees?
- Lo veo justo, que sea lo que dios quieras.
- Por hoy ya has acabado, yo recogeré y cerraré, ya que has empezado antes y te has encargado tú de abrir.
- Genial, mucha gracias, Candela.
- De nada, Sara. Esperemos que tu caballero griego se presente mañana también y así nos obsequie la vista, y nos dé pequeños infartillos de buena mañana.

No contesto, solo me río mientras me despido y camino hacia la salida. Estoy deseando llegar a casa y darme una ducha.

Son las seis de la tarde y debería aprovechar estas horas libres, pero el cansancio me puede, no es que haya dormido mucho y el cuerpo lo sabe y lloriquea para que priorice el colchón y no las compras.

Le hago caso y me voy directa a casa. Mamá y papá no están, así que me hago una sopa, de esas de tetrabrik, porque son más rápidas de hacer, no por otra cosa, y me la zampo en dos segundos. Tengo prisa la verdad, la almohada me llama incesantemente.

Me doy una rápida ducha y me meto en la cama. No puedo con mi alma, así que me relajo y dejo que mi mente vuele allá donde quiera, acabando en la cama con Mister sexy, él con un bonito conjunto de lencería y tacones negros y yo con sus calzones.

Me río sin parar mientras Don Sexy me hace una demostración de su danza del vientre antes de quitárselo todo y hacerme el amor como nadie me lo ha hecho antes.

Un sueño de lo más extraño, aunque imagino que lo de la ropa de chica es para humillarle yo un poco por la vergüenza que me hizo pasar en la panadería.

Me despierto por culpa del reloj, que me avisa que se acabó mi sueño húmedo y empieza la vida real, donde hay que trabajar para llevarse un trozo de pan que llevarse a la boca, nunca mejor dicho.

Me aseo antes de vestirme y cogiéndome una manzana y mi termo de café, me encamino de nuevo hacia la panadería. Hoy es miércoles, ya solo quedan tres días para el fin de semana. Solo llevo dos días trabajando y ya estoy soñando despierta con los fines de semana.

Llego a la panadería y la puerta está abierta, parece que hoy la que ha madrugado ha sido Candela y ha abierto ella. Eso o que nos han forzado la puerta y han venido a robarnos unos bollos.

El tintineo de la puerta se escucha y alzo la mirada para ver si se trata del dios griego, pero no es así. La verdad es que siento algo de decepción, aunque no debería, puede que esté enfadado porque no lo llamé y no vuelva a verle el pelo por aquí. El ego es muy malo.

Un anciano con tacataca entra con una sonrisa de oreja a oreja y cuando consigue llegar al mostrador, el pobre más lento que una tortuga. Lo le sonrío con calidez a la espera de que me diga qué es lo que quiere.

- Buenos días señor, mi nombre es Sara, ¿en qué puedo ayudarle? – Candela sale entonces del horno. Es la primera vez que la veo. Me tira un beso y yo le saco la lengua.

La verdad es que me llevo genial con Candela, como si fuera una amiga más, o a juzgar por su edad una segunda madre. Siempre, cuando nos miramos, sabemos exactamente lo que la otra quiere decir, y eso que solo nos conocemos desde hace dos días, literalmente.

- No me agobies niña, cuando sepa lo que quiero ya te lo diré – Mister simpatía octogenaria parece haberse comido un pepinillo amargo o habérselo metido en algún lado, porque ha cambiado de actitud radicalmente. Quizá es bipolar...

Cuando el señor se decide y chasquea los dedos llamándome como si fuera un perro, se sienta en

la mesa sin decir una palabra y yo cojo la libreta, pareciendo profesional y me dirijo a él con toda la ternura del mundo, esperando a que el Gremlin vuelva a encerrarse en su cuerpo y aparezca en bueno de la película.

- ¿Ya se ha decidido, señor?

- Claro, sino no te hubiese llamado. Quiero una cruasán relleno de nata y un capuchino en taza grande.

- Por supuesto, en seguida se lo preparo.

Me encamino hacia la cafetera y voy preparando el café al tiempo que saco la nata de la nevera para prepararlo todo. Corto el cruasán para rellenarlo de nata y entonces se acerca a mí sonriendo.

- Ains hija, a mí también me gustaría que me rellenaran de nata, pero no hay manera.

- ¡Candela!

- ¿Qué? Soy sincera, no hay nada de malo en ello. Por cierto, veo que has conocido a Carmelo, el viejo caramelo.

- ¿Por qué dices eso?

- Porque le encanta el dulce, pero cuando no le corre por las venas es tan amargo – río mientras cierro el cruasán ya relleno de nata y coloco la leche en el café, calentándola para conseguir toda la espuma posible, que parece gustarle a Carmelo. Le pongo un poco de polvo de caramelo, en vez de canela, para que haga justicia a su nombre,

Me acerco a la mesa con su pedido en la bandeja y la cajita con la factura. Espero que Carmelo no me escriba su número de teléfono en el anverso. Que a mí eso de la canción: “A mí me gustan mayores”, vale que un poco, pero no tanto, que podría ser mi abuelo.

Coloco los platos, tanto el de la taza de café como el del cruasán y lo ataca sin previo aviso ni sin darme las gracias al menos, obviamente. También le dejo la caja con la factura y vuelvo a la caja, donde Candela me espera tosiendo para disimular la risa.

- Ya verás que cuando se lo coma todo como un niño nuevo, está más suave que mis bragas de terciopelo.
- Eso espero, porque la verdad es que es bastante arrogante.
- Y no has visto nada aún. Tenemos clientes de todo tipo. Carmelo es un cliente fijo desde hace veinte años. Día sí y día no viene a por su ración de azúcar, es como un adicto, pero al menos es al azúcar y no a algo más peligroso. Lo curioso es que el azúcar lo tiene siempre perfecto. Se lo monta bien el cabroncete – río por lo bajini.
- ¡Niña, necesito ayuda, por favor!
- Voy – me acerco lo más rápido que puedo a Carmelo y dirijo la mirada hacia donde la tiene fija él.

Flotando en la taza de café está su dentadura postiza. Aguanto una arcada y miro a Candela para que venga a ayudarme. Se acerca y cuando ve el percal, dice que la están llamando y se escaquea la muy perra.

Me acerco a la barra de nuevo y cojo un colador del cajón de los utensilios y vuelvo a la mesa del señor Carmelo. Me dedico a cazar la dentadura con la cuchara coladora como si de un juego típico de feria se tratara.

Cuando consigo atraparla, suena el tintineo de la puerta y mister dios griego entra arrugando la nariz cuando observa lo que llevo en el colador. No digo nada, solo friego la dentadura, colocándola dentro del colador bajo el grifo y la dejo reluciente.

Respiro hondo, porque tengo unas ganas de vomitar increíbles. Veo como el chico guapo se sienta frente a Carmelo, en la mesa contigua y me acerco a la mesa del anciano para devolverle lo que es suyo. Me mira con cara de cordero degollado y sin dientes, parece un bebé, me da hasta penita.

Le acerco el colador de mano para que coja sus dientes, pero al sustentarlos con las manos, se le resbala y acaba en la cabeza del tío bueno. Joder. Da un brinco que ni los gimnastas olímpicos. Yo aguanto la risa de nuevo y me muerdo el labio negando.

El anciano se levanta a recoger sus dientes y el chico se mantiene hierático. Parece una estatua. Yo no sé lo que haría en este caso, la verdad es que creo que vomitaría por encima de la mesa.

Cuando el anciano, ahora ya con dientes, de marcha feliz, puesto que ya le ha hecho efecto el azúcar, y tras dejar una succulenta propina por el altercado. Miro de nuevo a mi míster y veo que se levanta y va directo al baño, no sé si para vomitar. Yo lo haría...

Al salir lleva el pelo mojado. ¿Se ha lavado el pelo en el baño? Eso parece. El pelo mojado y revuelto le queda de lujo, está muy sexy. Candela también lo piensa por la cara que pone. Me acerco a ella y le hablo bajo.

- ¿Quieres un babero? Pareces un caracol echando tanta baba – le digo picándola.
- Pues anda que tú... Voy a tener que colocarte directamente un cubo. Con la baba que echas podríamos regar los campos de toda España.
- Exagerada...
- Anda, ve a atender a tu príncipe húmedo, que a mí me ha puesto ya demasiado húmeda y se me va a notar el empape en el camel toe.
- Estás loquísima, ¿lo sabes? – le digo antes de encaminarme a la mesa del moreno de ojos verdes que se viste de mujer en mis sueños.
- Buenos días, ¿qué quiere que le ponga? – le digo sonriendo y con libreta en las manos.
- Hola Sara – responde.
- Siento mucho lo que ha ocurrido con la dentadura del señor Carmelo, no puedo estar más avergonzada.
- No ha sido culpa tuya, no te disculpes. Usé vuestro baño de ducha y ya he solucionado el problema.
- Me alegra oír eso. La verdad es que le queda bien el pelo húmedo - ¿Cuándo me he tomado yo la libertad de opinar de su pelo en voz alta para que pueda oír lo que pienso? Mierda.
- Te agradezco el cumplido, y también me gustaría que me tutearas, ahora que ya tienes mi teléfono.

- Está bien, podemos tutearnos si así lo deseas. Respecto a lo del teléfono, la verdad es que no sabía cómo reaccionar, me daba algo de vergüenza.
- Bueno, ahora que estamos aquí los dos de nuevo, ¿qué te parece si te invito a comer o a cenar mañana?
- Sí, la verdad es que me parece perfecto – estoy roja como un tomate y lo sé porque me arde toda la cara.
- Me encanta que seas así, tan tierna, eres exactamente mi chica ideal – y no sé cómo responder a eso, así que solamente sonrío y muerdo mi labio. – Si no dejas de morderte el labio, seré yo el próximo que lo haga,
- Tú la vergüenza la dejaste en casa, ¿no?
- No cariño, yo nací sin vergüenza – me río como una tonta y me reprendo por ello. Odio a las chicas tontas que ríen así y no tienen cerebro y este chico me está convirtiendo en una de ellas, parezco una zombi tonta.
- ¿Te pongo lo mismo que ayer?
- No, hoy me pones mucho más, pero es cuestión de ti que todo fluya como los dos queremos – me guiña el ojo con esa cara de ángel que me derrite entera.
- Está bien, Don Juan. Te pondré lo que a mí me apetezca, ¿sí?
- Claro, tú mandas preciosa – me dice alzando las manos en señal de que me está cediendo el control.

Le preparo una taza de capuchino, como a Carmelo, también con un chorro de caramelo, y le pongo un brazo de gitano pequeño de nata. Por un momento me lo imagino a él cubierto de nata y se me hace la boca agua.

Le meto un poco en el microondas el brazo, el de gitano eh, porque está congelado y como se lo coma así le va a hacer falta a él la dentadura postiza del anciano que se la ha puesto en el nido de su pelamen.

- Aquí tienes – le digo acercándome, pero resbalo por una servilleta, que seguramente se le

haya caído al viejo y le tiro el café en la entrepierna. – Oh, mierda, lo siento lo siento.

El café estaba caliente, bastante caliente. Veo que aprieta la mandíbula para no gritar por el dolor y lo primero que se me ocurre es coger otro de los brazos de gitano, bien congelados, y se lo pongo en la entrepierna para que al menos le calme el calentón, y no del bueno.

Corro en busca del trapo para que pueda limpiarse la zona sensible. La verdad es que me siento fatal. En todos los años que llevo de camarera, jamás he tirado una copa. Me siento fatal, la verdad.

- No te preocupes Sara, de verdad. No ha sido nada y a cualquiera le puede pasar.
- A mí no, llevo mucho tiempo sirviendo bebidas y jamás me había pasado.
- Siempre hay una primera vez para todo y me alegro de que haya sido contigo – y me guiña el ojo para que entienda la doble lectura, que por supuesto he captado a la primera, soy más lista de lo que cree.
- De todos modos, lo siento.
- No pasa nada, aunque si no quieres que pida la hoja de reclamaciones a tu jefa, tendrás que limpiarme este estropicio que me has hecho de café con nata.

Míralo que listo, quiere que le limpie la entrepierna para que le roce la manga pastelera. No sabe nada. Pero no quiero que esto me suponga el despido. Además acariciar su cuerpo tampoco es que sea una gran tortura, ya lo he hecho esta noche y más de una vez, para ser exactos.

- Y sabes Sara, el cliente siempre tiene la razón – me dice Candela cuando desvío la mirada hacia ella para que me aconseje qué hacer. Será perra...
- Está bien – cojo el trapo que había traído para que se limpiara él y empiezo a fregar la zona para retirar la nata y la mancha, poco a poco lo consigo.

El dios griego está disfrutando de lo lindo con cada uno de mis friegues, lo sé porque la cosa se está poniendo dura, más que una barra de pan después de una semana.

No voy a negar que un poco lo voy disfrutando. Suerte que no hay nadie más en la panadería, sino

se escandalizaría.

- Ya se fue la mancha, gracias Sara – me dice cuando su respiración se vuelve agitada y está más duro que una piedra.
- No hay que darlas – asiento y llevo el trapo a la barra, mientras Candela se humedece los labios viendo la escena a lo película porno. ¡Será voyeur!

Vuelvo a preparar su pedido ahora que las cosas se han calmado. El brazo a buena temperatura ya estaba preparado, así que solo tengo que preparar el café. Una vez todo está listo y en mi bandeja de servir, coloco las cosas sobre su mesa, incluida la caja de la factura.

La verdad es que está siendo una mañana un tanto extraña, ajetreada y surrealista. Esto sin duda no le pasa a mucha gente cada día y espero que a mí no vuelva a pasarme nunca, a ser posible.

Cuando termina con su desayuno, veo que se levanta para marchar, me imagino que a su trabajo. Me mira a los ojos cuando está a punto de salir por la puerta y me habla por última vez hoy.

- Por cierto, me llamo Marcos y me encantaría que me llamaras – me guiña el ojo antes de salir por la puerta.
- Joder con el dios griego, va directo a por su trofeo y parece que no hay nada que lo pare – me dice Candela.
- No te creas, soy una chica de armas tomar. Que empiece el juego.
- ¡Esa es mi chica!

Estamos a punto de cerrar y la clientela a estas horas ha bajado considerablemente. Cuando estamos recogiendo ya todos los pasteles y la bollería, suena el tintineo de la puerta y mi corazón da un vuelco.

Siempre que lo escucho levanto la vista por si es Marcos que viene a deleitarme la vista, pero no es el caso. Es una visita de lo más inesperada que jamás pensé volver a ver y menos en la panadería.

- Óscar, ¿qué haces aquí? – ¿Qué hace mi antiguo jefe en la panadería?

- Vaya, me esperaba un recibimiento más cálido – me dice con una sonrisa.
- Perdona – corro a abrazarlo.
- Te echaba de menos princesa. Ya sé que fue yo quien te echó de mi vida al prescindir de ti, pero es que tuve que cerrar el negocio, no podía pagaros – intenta justificarse.
- No te preocupes, te entiendo al igual que te entendí hace año y medio. Ahora tengo este trabajo y la verdad es que me va bien. Mi jefa es un amor.
- Me alegro mucho princesa. Tu madre me ha dicho dónde estaba trabajando ahora. He venido porque me gustaría invitarte a cenar. Te extraño. Podríamos ir después a mover el esqueleto.
- Vale, voy a avisar a mi jefa de que me marchó, ya que hace diez minutos que terminó mi turno. Espérame fuera y me cambio.

Cierro la panadería para que no entren más clientes y entro en la zona del horno, donde está Candela. Ella se ha agenciado de la zona porque es la más caliente y últimamente hace un frío que pela.

No es lista ni nada. Aunque como es la jefa puede hacer y deshacer como le dé la real gana.

- Candela, ha venido mi antiguo jefe y quiere salir a cenar. Como ha acabado mi turno hace diez minutos, ¿crees que podría marcharme ya?
- Sí que triunfas nena. Exjefe, dios griego... Estás que te sales. Claro que puedes irte ya. ¿Tienes ropa sexy para ponerte en la cita?
- No es una cita, Candela.
- De todos modos. Tengo en la taquilla del despacho un vestido muy mono ajustado y unos tacones que te quedarían monísimos de la muerte, sobre todo porque creo que tenemos la misma talla.
- No te preocupes, de verdad, es solo una cena y un par de bailes.
- No creo que con unos leggins, unas bambas y una camiseta de, ¿quién es ese? ¿Bambi? Vamos, que no. No saldría contigo así ni E.T. Desentonas que da gusto cariño, sin ánimo de

ofender, claro.

- Vale, te haré caso, como siempre.

- Lo vas a dejar boquiabierto. Te lo digo yo.

Tras vestirme con su ropa, que me queda como un guante, aunque los zapatos creo que un número más me hubiese venido de perlas.

Mis pies parecen chorizos embutidos en estos zapatos con un tacón más largo que una barra de medio.

Me maquillo lo mejor que puedo y un cuarto de hora después, tras la aprobación de Candela, asegurándome que parezco un putón verbenero, pero en el buen sentido, salgo por la puerta. Óscar me espera en su moto con una sonrisa en los labios y un casco en las manos.

El suyo ya lo lleva puesto. No sé cómo coño me voy a subir en su Harley con este minivestido sin que se me vea hasta el cordón umbilical, pero allá vamos.

Me subo como puedo y coloco mi chaqueta sobre las piernas para que no se me vea nada lo que dure el trayecto. Óscar está muy contento y hablador y yo solo asiento escuchando sus mil aventuras desde que ya no tiene el bar.

Parece ser que ahora trabaja en una empresa de cáterin, pero no como jefe, sino como empleado. Es mejor así, según dice, porque no tiene que preocuparse por nada y, además, si la empresa cierra no se siente mal por tener que echar a los empleados. Si a él le reconforta y está a gusto, bienvenido sea.

Cenamos en un restaurante de cocina casera. La verdad es que la comida es deliciosa y la charla amena. Lo pasamos bien y hablamos de nuestras familias. Sus padres están de viaje del imerso a Rivera Maya y que él está buscando el amor.

Yo le explico sobre la mía, pero omito mi situación amorosa. La verdad es que a nadie le importa, solo a mí. Tampoco sé por qué él me ha comentado la suya, pero no le doy más vueltas.

Tras la cena, nos decidimos por una discoteca del centro, bueno, él lo decide. La verdad es que no sé a cuál, tampoco me importa, solo quiero bailar, a poder ser sin zapatos, porque ya me han salido ampollas seguro y no sé si aguantaré mucho tiempo más.

El teléfono de Óscar suena, parece que es su exmujer. Le pide que si puede comprarle una inhalador a la niña para el asma, que tiene un ataque y no les queda en casa.

- No te preocupes Óscar, ya quedamos otro día, de verdad – le digo.
- No, no, ni hablar. Ya estamos aquí. Tú ves entrando y meneando esas caderas mientras yo voy a comprar y llevarle a mi niña lo que necesita. Vuelvo enseguida. Por favor, no te marches.
- Está bien. Iré entrando y pidiendo algo de beber mientras tú haces lo que tengas que hacer – le digo sonriendo.
- Gracias pequeña – me pellizca la nariz y corre a buscar la farmacia de guardia más cercana.

Entro en la discoteca que parece llamarse Clímax. Eso es lo que alcancé anoche soñando con mi dios griego. Que le vamos a hacer, es lo que tiene que los sueños se vuelvan húmedos sin tú controlarlos.

Entro en la pista y me acerco a la barra para pedir una copa y, mientras la preparan, me dedico a observar mi alrededor. La gente baila sudorosa fregándose los unos con los otros. Alzo la mirada para ver lo que ocurre en la zona vip y es entonces cuando unos ojos atrapan los míos.

- ¿Marcos?

## Capítulo 4: Marcos



Me he pasado la mañana apagando fuegos en la agencia, el mismo fuego que había apagado o quizá avivado Sara en mi entrepierna en la panadería. No había disfrutado tanto de un simple gesto en mucho tiempo.

Joder, no puedo describir lo mucho que me gusta, es algo que no me ha pasado en la vida. No me gusta sentirme vulnerable, puesto que estoy a merced del corazón y no de la razón. Nunca me pasó algo así, ni siquiera con Ramona, y eso que me casé con ella.

Creí que era amor, que era algo especial, pero no se parece ni por asomo a lo que siento por Sara y eso que no he hecho más que verla y hablar con ella.

No me puedo llegar a imaginar qué pasará si llego a tocarla, si le hago el amor, joder...

Vanessa está preocupada. Algunos de nuestros inversores y clientes han declinado los contratos al recibir el chivatazo de que los estamos investigando y les ha llegado a las manos los informes que Pepe hizo sobre cada una de las empresas para saber si nos podíamos fiar de ellos.

Ha sido todo cosa de Ramona, quiere hundirme porque descubrí que solo le interesaba mi dinero, que jamás intentaba hacer conmigo otra cosa que no fuera gastar y gastar.

Cuando le proponía hacer algo más normal; ir al campo, pasear, hacer tiro al arco, escalada... todo eran malas caras y refunfuñar porque ella era una señorita y no hacía nada de eso. A ver si se iba a romper una uña...

Definitivamente fue ahí donde vi que me había equivocado, que la mujer de la que me creía enamorado era otra de las guapas sin cerebro que recorrían los pasillos de mi empresa, y no la persona que yo creía, con la que compartir juntos todos los momentos de mi vida.

¿Que si puede ser Sara? No lo sé. Quizá Sara sea una Ramona 2.0, aunque me gustaría equivocarme, pero quien no arriesga no gana, o al menos eso dicen.

He decidido pasarme por el Clímax esta noche. Pepe me ha recomendado que haga vida normal y que guarde las apariencias de una falsa felicidad y tranquilidad colgando fotos feliz en Instagram.

La verdad es que necesito despejarme. La empresa hoy ha sufrido muchísimas pérdidas por culpa de la maldita Ramona. Más de la mitad de mis clientes se han dado de baja y como esto siga así me voy a quedar sin ninguno y tendré que cerrar.

No tardo mucho en llegar al Clímax tras cenar algo en la oficina que me ha traído una empresa con la que tengo un contrato de cáterin. La verdad es que quizá si esto sigue así deba prescindir de ella y de algunos empleados.

Me siento en mi sofá particular de la zona vip. Comprar esta discoteca como inversión en su momento y reformarla, fue todo un reto para mí, pero al parecer es lo único ahora mismo que me reporta algo de beneficios. Al menos el dinero de esta caja fuerte no me lo han robado o eso creo.

Le doy un sorbo a mi copa y es entonces cuando la veo. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo me ha encontrado? Sara está en la barra pidiendo algo de beber con los ojos fijos en los míos, al igual que los míos en los suyos.

Llamo a Ramón y le señalo a la chica para que me la traiga a mi zona vip. Menos mal que tras el día de mierda que he tenido, acaba con algo bueno digno de recordar.

Sara coge la copa que el barman le ha preparado y la paga antes de que Ramón se le acerque y la invite a donde me encuentro. Ella acepta no muy convencido de si ese tipo es de fiar, pero lo acompaña hasta la zona vip.

- Hola Sara, qué curioso verte aquí. La verdad es que no me lo esperaba – es una puta broma del destino, pero de las buenas.
- Tampoco me esperaba yo verte.
- ¿Quieres sentarte aquí conmigo?
- La verdad es que he venido con alguien, o más bien espero que venga alguien con quien he quedado.
- Bueno, pero mientras esa persona llegue, puedes quedarte aquí, si quieres – le propongo. La verdad es que quiero saber si ha venido con un hombre o una mujer, si es con un hombre, sinceramente eso me encela más de lo que me gustaría admitir.
- Sí, me quedaré contigo – y esas palabras me sonarían a gloria en otro contexto.
- ¿Qué bebes? – pregunto curioso.
- Gimlet.
- Buena elección, aunque yo hubiese escogido algo más fuerte.
- Vengo de cenar y beberme una botella de vino entera, si sigo bebiendo a este ritmo no voy a reconocer ni a la persona que espero cuando llegue.
- Bueno, eso no es problema. Ya estás en buena compañía – la veo colocar los ojos en blanco y me dan ganas de desnudarla y darle unos azotes.
- Desde luego, una excelente compañía – sonrío y yo solo quiero saborear esos labios rojizos.
- Sara, ese vestido te queda como si llevaras una segunda piel, pareces una diosa.
- Y tú un dios, griego eh, no vale cualquiera. Así te hemos catalogado Candela y yo.
- Así que habláis de mí.
- A todas horas, la verdad es que no te saco de la cabeza. Ui, creo que tendría que dejar de beber, estoy hablando demasiado. Con el alcohol se me suelta la lengua.
- Me gusta que se te suelte la lengua y todo lo que quieras soltar – le guiño el ojo y pido a Ramón que nos traiga más bebidas y una botella de champán. Quiero que se sienta la reina del lugar.

Parece una maldita esponja. No bebía yo tanto desde que iba a la universidad y hacíamos fiestas de hermandad, como los americanos. Tampoco yo me estoy portando como un santo esta noche.

- Sara, deberías bajar el ritmo – le sugiero.
- Tienes razón, estoy algo mareadilla – me dice y tiene los ojos algo vidriosos y la nariz enrojecida. Dios, que bonita está.
- Quieres besarme, ¿verdad? – me suelta como quien no quiere la cosa.
- Sí Sara, cada vez que te veo quiero besarte, morderte y succionarte los labios. ¿Eso es lo que querías escuchar? – le confieso.
- ¿Y por qué no me besas?
- No quiero aprovecharme de tu situación, ahora que estás algo contenta.
- No estoy tanto como te piensas, lo que pasa es que el alcohol ayuda a perder la vergüenza y algunas cosas no podría decirlas en un estado de sobriedad.
- Ya veo – sonrío ladino y bebo otro trago. - ¿Quieres jugar, Sara?
- Sí, quiero jugar y ganar.
- Quitate las braguitas y dámelas – le digo con voz ronca por el deseo.
- Y si te digo que no llevo braguitas – joder con Sara...
- Te diré que eres una chica muy muy mala.

Veo cómo de manera sutil, sin llamar mucho la atención se agita y friega, haciendo que la tela bajo el vestido se vaya desprendiendo y pronto veo unas tiras negras que baja hasta sacarlas por los tacones antes de colocar la tela en mis manos.

Es un pequeño tanga de color negro. Lo guardo en uno de los bolsillos de mi chaqueta y sonrío. La tía tiene un par y con unas copas pierde la vergüenza y todo lo que haga falta. Sin duda es mi mujer perfecta.

- ¿Quieres besarme, Marcos?
- Hombre, preferiría que me tocara un millón de euros. Por pedir que no quede, pero sí, ya sabes que sí – le respondo.

- ¿Y por qué no lo haces?

- Porque cuando te bese de verdad quiero que estés plenamente consciente para que puedas recordar nuestro primer beso, no quiero que sea así y que mañana ni te acuerdes de que nos vimos. Lo entiendes, ¿verdad? – veo que asiente haciendo un pequeño puchero.

Es lo mejor. Si fuera por mí la besaría hasta que no se sintiera los labios y no recordara su nombre, pero no lo haré. Ella es especial y quiero que ese momento sea especial, algo para recordar.

- Quizá sea mejor que te acompañe a tu casa – le sugiero.

- Sí, estoy cansada y Óscar me ha dejado plantada - ¿quién coño es Óscar? ¿Su novio? ¿Tiene novio? ¿Por qué flirtea conmigo y me da su ropa interior si tiene pareja?

- Sara, ¿tienes novio? – le pregunto mientras la saco de la discoteca para llevarla a casa.

- No, no tengo – me dice con los ojos achinados, medio dormida.

- ¿Quién es Óscar entonces?

- Es mi exjefe, ha venido a verme y me ha invitado a venir aquí después de cenar. No te preocupes, eres el único con la categoría de dios griego – me hace gracia como habla, como si lo hiciera a cámara lenta.

- Tu dios griego – le susurro.

La veo parar a un taxi y me quedo algo sorprendido, pensé que me dejaría llevarla a casa. Me imagino que quizá, aunque tenga su tanga en el bolsillo, no tenemos la suficiente confianza como para que sea dónde vive. Lo acepto, aunque me sentiría mucho más seguro si pudiese hacerlo.

- ¿No quieres que te acompañe yo a casa, Sara? – le pregunto.

- No, prefiero ir con taxi, si no te importa – me besa en la mejilla y se sube en el taxi dirección a su casa.

Y ese beso en la mejilla es lo más cerca que he estado de sentir sus labios, pero estoy seguro de que merece la pena esperar, la recompensa será muchísimo mejor, estoy seguro de ello.

Voy a casa caminando, la verdad es que la tengo a dos calles y prefiero no coger el coche si he

bebido. Si hubiese tenido que acercarme a Sara sí, porque no estoy en malas condiciones, pero como no ha sido así, prefiero caminar bajo la luna.

Ya en casa, me siento frente al ordenador y abro otra cuenta bancaria para que todos los ingresos de la discoteca, para que Ramona no pueda meter mano. Aprovecho para diseñar y colgar un nuevo anuncio de la agencia.

Sé que ese no es mi trabajo en la agencia, sino de Vanessa, mi hermana, pero es una situación crítica y hay que conseguir como sea nuevos inversores y clientes si queremos que la empresa remonte después de la jugarreta de Ramona, que a estas alturas ya debe de haber entregado los expedientes hasta al papa de Roma.

Me he tirado más de media noche ofertando los servicios de la agencia a unos precios irrisorios para poder captar más clientes.

También he mandado una carta de despido a las modelos ligeritas de cascos y he creado un nuevo book a partir de un programa que me recomendaron para que en la web puedan ver a nuestras nuevas modelos.

La web había estado algo abandonada, y era una de mis funciones, pero al no dar abasto, teníamos en catálogo a modelos que ya no trabajaban para nosotros.

Le he mandado a Vane un mensaje explicando lo ocurrido con Sara, ya que le prometí que la mantendría informada, eludiendo el tema de su ropa interior, que ahora sujeto entre mis dedos trezándola como si de lianas se trataran entre mis dedos.

No las huelo, no soy tan perverso, simplemente las guardo en mi cajón de ropa interior. Me meto en la cama tras una ducha y cierro los ojos imaginando a Sara mientras mi mano va directa a mi pene.

La verdad es que estoy tan caliente por lo ocurrido que podría correrme con solo rozarme, pero quiero hacerlo bien. Ella me ha puesto así y ella va a acabar lo que empezó, aunque no de la

manera que a mí me gustaría.

En cuanto cierro los ojos aparece, está deliciosa con ese vestido negro ajustado que marca su perfecto cuerpo.

Me acaricio mientras observo su baile sensual, cómo acaricia su cuerpo mientras se contonea al son de una música que mi mente ha puesto como banda sonora.

Se quita los zapatos y los retira para continuar disfrutando del baile, o quizá lo estoy disfrutando más yo. Coge el bajo del vestido y empieza a subirlo lentamente, para que me deleite con las vistas.

No lleva ropa interior. Miro mi mano derecha y me encuentro con su tanga negro. Sonrío pícaro por lo que tengo entre los dedos y ella sigue subiendo el vestido hasta quitárselo del todo, quedándose solo con el sostén.

Se lo quita y me lo tira a la cara, lo que me provoca una risa incontenible mientras su cuerpo sigue moviéndose al son de la música, hasta que se sienta sobre mí, mirándome a los ojos y fregándose contra mi entrepierna.

Acaricio su cuerpo y entro dentro de ella mientras cabalga desbocada sobre mí. La beso como he querido hacerlo desde la primera vez que la vi y es exactamente como había soñado.

Jadeo sobre sus labios y me levanto con ella para follarla contra la pared, sintiéndome así más dentro de ella si es que es posible estarlo más.

Y entonces me corro, como no me he corrido antes, entre mis dedos y jadeando. La verdad es que ha sido maravilloso, y eso que solo he soñado despierta. No me imagino cómo puede ser cuando la tenga de verdad entre mis brazos.

Me voy una ducha y me meto de nuevo en la cama, ahora muchísimo más relajado. Voy a dormir como un tronco, lo tengo clarísimo. Cierro los ojos y me dejo llevar por la inconsciencia en busca de la paz que la realidad no me da.

- Sara...

## Capítulo 5: Sara



Me acabo de despertar con el maldito son del despertador, que es una tortura para mis oídos. Es como cuando tu novio empieza a contarte sus mierdas del trabajo que no te importan y suenan como a pitidos que te taladran el cerebro poco a poco, pues lo mismo.

Me levanto y me aseo antes de vestirme y prepararme para ir a la panadería. Esta semana Candela me ha dicho que abre ella, así que puedo dormir media hora más, que me viene genial porque entre que llegué tarde por ir al Clímax y que tengo una resaca de dos pares de narices, no sé yo si, si hubiese dormido media hora menos, me hubiese mantenido en pie.

No me puedo creer que óscar me dejara tirada en la discoteca. No volvió tras comprarle el inhalador a su hija y llevárselo. La verdad es que no me extraña. La vez que tuvimos otra especie de cita cuando trabajaba para él, tampoco se presentó.

Era y es mi amor platónico, pero cuando me deja tirada pierdo un poco la ilusión y las ganas. Así que, como estoy acostumbrada a que me dejen tirada, y no solo lo digo por él, no me molesta tanto como parece.

Tras comerme una manzana, me encamino al trabajo, donde seguro acabaré picoteando algo. Candela siempre me invita a las cosas que no se venden y se van a poner duras, no pensar mal eh. A este paso como no coma sano voy a parecer un tonel en dos días.

Miro el teléfono móvil mientras voy caminando por las calles dirección a la Esperanza. Tengo

llamadas de Óscar, veintisiete para ser exactos, pero no voy a responder.

Que sufra un poco después de dejarme plantada. Si quiere algo ya sabes dónde trabajo.

Candela está sacando los cruasanes del horno con una sonrisa de oreja a oreja. Esta ha hecho arroz, o ha follado, una de dos.

- Qué contenta te veo, ¿has hecho arroz?
- ¡Qué cabrona! – me dice riendo.
- Lo sé, no hace falta que me lo digas, estoy bastante dormida porque anoche salí, como ya sabes. Te traeré mañana lavado el vestido.
- No te preocupes por el vestido, lo que me interesa saber es cómo fue la noche. Cuéntamelo todo con pelos y señales.
- Pues fuimos a cenar a un restaurante de comida tradicional y después íbamos a ir a la discoteca Clímax, pero le llamé su ex para que le comprara a su hija un inhalador para el asma y no he vuelto a verlo desde entonces, aunque me prometió que volvería a la discoteca. Quizá le pasó algo.
- Pues si le pasó algo te podía haber llamado.
- Lo ha hecho, pero a las 5 de la mañana. Llegamos a las 11. No sé. No quiero hacer conjeturas sin saber realmente lo ocurrido. Hablaré con él cuando salga de trabajar para que me dé sus explicaciones.
- Así me gusta nena, hazte la dura, que no vean que te tienen en las palmas de la mano.
- No te he contado lo mejor Candela.
- Cuéntame niña, que me tienes en ascuas.
- Marcos, el dios griego, estaba en el local. Parece que es un alto cargo allí, un socio o quizá el dueño.
- Qué casualidad Sara. Aunque bueno, así tuviste compañía, ya que te habían dejado tirada – me guiña el ojo mientras coloca las barras de pan que ya han salido en las cestas.
- La verdad es que lo pasamos bien, charlamos y bebimos. Fue interesante. Me sugirió

llevarme a casa con su coche, pero íbamos bebidos, y si nos para la policía... Además, vivo con mis padres, es el anti morbo si quieres hacer cualquier cosa, ya sabes.

- Te entiendo perfectamente. Una vez me quise llevar a un hombre a casa, yo vivía sola con mi hijo claro, pero él estaba jugando a la consola en el comedor y eso de que oyera mis gemidos como que no, ya saber, por la mañana incómoda del día siguiente, así que me perdí un polvo por un hijo.

- Vaya chasco...

- No pasa nada, encontré una solución. El Satisfyer siempre arregla todo tipo de situaciones.

- Por eso estabas tan contenta esta mañana. Ya decía yo que el arroz no había sido... - me guiña el ojo riendo y yo entro en el horno para sacar la bollería y meter más.

Saco las diferentes bandejas y me dedico a poner los productos en el mostrador para que los clientes los puedan ver y decantarse por ellos, sobre todo ahora, que acaban de salir del horno y están calentitos. Hasta les sale humillo.

- Sara, tengo una mala noticia. Bueno, dos, si me apuras.

- ¿Me vas a despedir por venir con resaca al trabajo? Perdóname, Candela, pero no me despidas, por favor.

- No te voy a despedir loa, tranquila, no montes una escena. Solo quería decirte que hoy tienes examen sorpresa de bollería y que mañana tendremos un cumpleaños infantil en la panadería. A veces los acepto para ganar un poco más. Son un grupo numeroso de niños, unos quince, y estaremos solas. Así que, que la fuerza nos acompañe. Mañana será un día duro.

- Ni que los jures, pero bueno, somos unas profesionales y lo haremos de maravilla. Dejaremos el nombre de la panadería a la altura de la torre Eiffel.

- Di que sí, pequeña saltamontes.

Ya tenemos la panadería con suficientes productos para pasar las primeras cuatro horas y como los chorros del oro de reluciente. Estoy atendiendo a una pareja de gais cuando el tintineo de la

puerta resuena por doquier y al mirar veo a Marcos.

Una sonrisa aparece sin apenas darme cuenta en mi cara y él la secunda. Se sienta en su mesa y yo me acerco, libreta en mano, para tomarle la comanda. Parece más fresco que una lechuga y eso que seguramente habrá dormido las mismas horas que yo: tres.

- Buenos días Sara. ¿Cómo has dormido?
- Poco y sin tanga, aunque eso ya lo sabes, ¿verdad?
- Me puedo hacer una idea – me guiña el ojo.
- ¿Me lo devolverás?
- ¿El beso en la mejilla o el tanga?
- ¿Tú que crees?
- Lo dudo bastante. Lo que pasa en las Vegas se queda en las Vegas, o en una de mis cajoneras de casa para ser más concreto.
- Anda, que voy a ir a por tu pedido. Lo de siempre imagino. Tienes suerte, los cruasanes acaban de salir y están calentitos.
- Mi cruasán sí que está calentito cuando se acuerda de lo que pasó ayer – coloco los ojos en blanco y me acerco a la máquina de café para hacer el medido de Marcos cuando se me acerca Candela para susurrarme al oído.
- Nena, mira a la pareja de gais disimuladamente. Mira bajo la mesa. Estos no necesitan Satisfyer.

Miro disimuladamente a la pareja y veo que uno de ellos roza con el pie de manera descarada la entrepierna del otro, que se muerde el labio de una manera exagerada, poniendo cara de castor.

- Es si que tiene el brazo de gitano bien relleno de nata. Como lo caliente un poco, se va a desamar la nata – digo y ambas aguantamos como podemos la risa.
- Ha vuelto tu Miguel Ángel, ¿no?
- Eso parece. La verdad es que me encanta que me regale las vistas.
- Y a mí – dice antes de marchar hacia su despacho sabedora de que como no hay mucha

gente no necesito ayuda.

La pareja se marcha tras estar más calientes que el palo de un churrero y me siento en la mesa de Marcos. Creo que después de darle mi ropa interior, tengo la suficiente confianza como para sentarme con él.

- Ahora te traigo lo tuyo, pero antes dime una cosa. ¿Eres cliente, inversor o dueño del Clímax?
- Dueño.
- Ah, vale. Es que tenía esa duda.
- También yo tengo un duda – me dice.
- Dispara.
- ¿Por qué no quisiste que te llevara a casa anoche? – sabía que me lo iba a acabar preguntando.
- Vivo con mis padres y ya sabes.
- Entiendo, no te preocupes – asiento y voy en busca de su desayuno.

Lo coloco sobre la mesa de Marcos un cruasán con nata y un café con leche, además de la caja de la factura, por supuesto. Me dispongo a retirar la mesa de la pareja mientras Marcos desayuna.

Cuando voy a los restaurantes chinos, no soporto que me estén mirando mientras como o que me retiren el plato mientras estoy dando el último bocado, por eso yo no pienso hacerlo aquí en la panadería.

- Sara, puedes venir un momento – me acerco a Marcos cuando me llama.
- Dime, ¿qué necesitas?
- Quiero que vengas hoy de nuevo al Clímax. Me gustaría mucho enseñártelo, ya que ayer no pude hacerlo. Esta vez las copas sin alcohol eh... ¿Te apetece?
- No sé, me lo pensaré, mañana tengo un día duro en la panadería. Te mando un mensaje al salir del trabajo y si no estoy muy cansada, voy. ¿Vale?
- Está bien. Ahora tengo que irme a trabajar. Muchas gracias por el desayuno, estaba

delicioso – me dice y es entonces cuando me besa la mejilla antes de marchar, al igual que hice yo anoche.

Vuelvo a la mesa de Marcos y la recojo mientras se acerca Candela con una sonrisa en el rostro. Joder con el Satisfyer, parece que es la hostia. Tendré que comprarme uno para venir a trabajar con esa cara. Aunque puede que Marcos sea mi nuevo juguetito sexual.

- Vaya tela con el Adonis, besito incluido, ¿no? Salgo del despacho y le veo con sus labios en tu mejilla.
- Ayer me despedí de él así. Supongo que me ha querido devolver el gesto – le explico.
- Plántale un buen beso en toda la boca y dejaos de tonterías, que ya tenéis una edad.
- Oye, que yo soy una “milenial”, eh.
- Lo que tú digas, pero al final se te va a pasar el arroz, ese que me has dicho que he hecho esta mañana.
- Lo que tú digas Candela.
- Ahora en serio, aprovechando que no hay clientes, toca examen de cupcakes. Tenemos que hacer bastantes para la fiesta de mañana, así que aprovecharé para examinarte de ellos.
- Está bien.

Me pongo a hacer magdalenas y Candela pone algo de música ambiente. También preparo diferentes bases de nata con edulcorante alimenticio de colores, sobre todo para hacer las diferentes coberturas superiores.

Finalmente abro una bolsa que tenemos en la nevera de artículos de decoración comestible.

Hago lo que puedo con lo poco que sé de repostería y cuando saco las magdalenas del horno, puesto que ya parecen listas, Candela las pincha y por dentro son sopa. Mierda. Suspendida.

- Te doy dos oportunidades más. Si no apruebas en una de esas dos, te tendré en el horno un mes y no podrás ver a tu Adonis, ¿estamos?
- Está bien.

- Te daré una pista: ves pinchando la magdalena como he hecho yo hasta que veas que está hecha por dentro y baja el fuego de la parte superior para que no se te queme la cabeza de la magdalena – me guiña el ojo y vuelve a su despacho.

Hago una nueva tanda de magdalenas en el horno y ahora sí que controlo el punto con un palillo. La verdad es que ahora sí, consigo que se haga bien por dentro y las saco para enseñárselas a Candela y que pruebe una.

Vuelvo a la sala para atender a un par de clientes mientras que ella hace la cata. Vengo seis barras de pan entre las dos personas. Por el amor del cielo, si que come pan la peña, con lo que engorda...

Vuelvo al despacho de Candela y me mira negando. Joder la he vuelto a pifiar de nuevo. Ya solo me queda una oportunidad. Vamos a ver qué es lo que he hecho mal esta vez.

- ¿Qué ha pasado esta vez Candela?

- ¿Dónde has hecho la mezcla, Sara? – me pregunta.

- En la sala del horno, donde lo preparamos todo.

- Parece que voy a tener que poner etiquetas a los tarros, porque le has puesto sal en vez de azúcar a las magdalenas. Las has hecho muy bien, pero yo las prefiero dulces.

- Vaya, no me di cuenta. Lo siento mucho. Volveré a hacerlas y me aseguraré de que esta vez sea azúcar lo que lleven.

- Recuerda que hay que hacer bastantes, es la merienda estrella mañana. Vamos a acabar tarde hoy. Yo iré preparando los bocadillos, los pretzeles, y la bollería estándar que he apalabrado con la clienta.

- Vale. Lo haré bien esta vez.

Vuelvo a la sala del horno mientras que Candela se queda fuera por si llega algún cliente. Preparo otra remesa de magdalenas, esta vez cerciorándome de que lo que echo es azúcar y no sal.

Cuando las horneo, me como una y joder, sabe a gloria. Me arriesgo y con la misma manera de

hacer, meto en el horno diez bandejas con diez cupcakes cada uno. Mientras tanto voy decorando las magdalenas que había hecho de prueba.

Los decoro todos, tanto los que ya tenía hechos, como los que acabo de hacer. Los decoro con las mangas que he creado con los diferentes colorantes y las decoraciones, como mariposas, perlas, caras felices, etc.

Las voy metiendo en la nevera especial que tenemos para que no se endurezcan demasiado, pero para que las decoraciones no se echen a perder.

Cuando está todo listo miro el reloj, son casi las nueve de la mañana. Parece que he perdido la noción del tiempo, debía haber acabado hace dos horas.

Oigo a Candela cerrar la persiana y entrar en el horno, donde estoy limpiando todavía. Se la ve cansada también. Imagino que ha habido mucha faena fuera y por eso no ha podido venir antes.

- Espero que no te enfades, pero he preparado ya los cupcakes de mañana y están en la nevera especial.
- ¿Y si no están bien? Perderemos todo el género.
- Créeme, esta vez están de lujo, los he probado y creo que es lo mejor que he hecho hasta ahora en lo que a dulces se refiere.
- Déjame probar – abro la nevera y le doy uno ya decorado para que lo pruebe. Tengo hechos de sobra y no creo que los niños se coman cien cupcakes, sobre todo porque solo son quince.
- Aquí tienes. Espero que te guste – veo que le pega un buen mordisco y se relame.
- Joder Sara, parece que esto es lo tuyo, ya te digo.
- Gracias. Pues parece que ya lo tenemos todo preparado para mañana.
- Sí. Mañana ven solo por la tarde, así descansas que hoy te has dado una buena paliza y estarás agotada.
- La verdad es que entrar de tarde me vendría genial – digo y en mi cabeza estoy bailando la

conga. - ¿Pero quién va a venir a echarte una mano, Candela?

- No te preocupes, vendrá mi hijo a ayudarme. Lo tengo siempre como plan B. Él estudia desde casa, con lo cual siempre que lo necesito puedo contar con él.

- Está bien, pero ya sabes. Si me necesitas, me llamas y vengo.

- Ains, qué bonita eres – me abraza y besa mi mejilla.

- ¿Qué pasa Candela, te ha dado envidia el beso de Marcos? – le digo bromeando y ambas nos reímos.

- Más quisieras. Buenas noches, chef Sara – río.

- Buenas noches, Candela. Descansa.

Salgo del trabajo y me voy directa al McDonald's. Es tarde y estoy hambrienta. Aprovecho, mientras me traen la comida a la mesa una vez la he pedido, para llamar a Marcos. La verdad es que estoy bastante cansada, pero una copita me tomaría.

Llevo pitillos negros, manolequinas y una camisa blanca, creo que eso será suficiente para que me dejen entrar al Clímax porque lleve suficiente ropa elegante.

- Hola Marcos – le digo cuando descuelga. – Soy Sara.

- Hola Sara. ¿Cómo estás?

- Bien, aquí esperando a que me traigan una hamburguesa. Acabo de salir del trabajo y me preguntaba si todavía estaba disponible tu oferta de salir a tomar algo al Clímax.

- Por supuesto. Voy a buscarte. ¿Dónde estás?

- En el McDonald's que hay al lado de la panadería.

- Dame quince minutos y estoy ahí.

- Es lo que tardo en cenar, así que perfecto.

La verdad es que me he hecho un poco la dura o la difícil, sobre todo cuando me pidió quedar esta noche, pero es que no quiero que se piense que estoy desesperada o que soy una facilona.

Me tomo la comida una vez llega la chica con la bandeja y aprovecho para ver un poco lo que la gente cuenta en Facebook. Más que nada para tener un poco de relaciones sociales, porque

últimamente estoy un poco desaparecida y tampoco me entero de lo que les pasa a los demás.

Marcos entra cuando estoy recogiendo tras acabar de comer y me sonrío al tiempo que se sienta en la silla frente a mí.

- Ahora soy yo el que me he permitido la libertad de sentarme en tu mesa.
- Y me ha parecido perfecto. ¿Todo bien?
- Siento el retraso, tuve que ir a echar gasolina.
- No te preocupes. ¿Nos vamos?
- Cuando quieras.

Nos subimos en el coche y nos dirigimos al Clímax. Marcos me ha prometido que esta vez bailaremos y disfrutaremos de la noche, pero que no beberemos, que todos sabemos cómo acaba todo al final.

También hablamos de no estar mucho tiempo, la verdad es que ambos hemos dormido poco y estamos cansados. Hay más días que longanizas y no es necesario quemar todos los cartuchos y la salud en un solo día.

No tengo intención de hacer nada, no se lo voy a poner en bandeja, aunque me muera de ganas de besarlo, tocarlo y ver de qué pasta está hecho. Pero todo lo bueno se hace esperar, ¿no?

## Capítulo 6: Marcos



Vaya día de mierda he tenido. Solo me alegra ver a Sara y eso hace más ameno el día. Pepe ha estado de reuniones con el abogado de Ramona con relación a la demanda de divorcio que he interpuesto.

Ramona me reclama, por si no tuviera suficiente con todo lo que me ha robado y lo que ha arruinado, un millón de euros o me denunciará por maltrato. No tengo un millón de euros, no tengo nada.

Todo lo que tenía de valor, todo el dinero que tenía, se ha evaporado de mis manos para pasar a las manos de Ramona.

Nunca la he maltratado, es más, la empresa dona a una ONG contra el maltrato anualmente. Pero parece que, obviamente, eso no va a servir para librarme. Es su palabra contra la mía.

Pepe dice que va a ser lo posible para que ni tengamos que ir a juicio, buscar otro acuerdo, pero no pienso pagar, si hay que ir a juicio para cerrarme la boca y que me devuelva lo que es mío, iremos a juicio.

He tenido, además, que despedir a la mitad de la plantilla, al menos por unos meses, hasta que esto se aclare, porque a día de hoy no puedo pagar a nadie.

Me he quitado el sueldo a mí mismo y a mi hermana por unos meses para ver si salimos de esta y todo lo que vaya ganando en la discoteca se lo inyectaré a la empresa para no perderla.

Me meto en el coche cuando Sara me llama para ir al Clímax. La verdad es que ni he comido, no me he enterado de la hora que era, enfrascado en el trabajo y en buscar una relación.

Verla es un soplo de aire fresco y pronto olvido todos los problemas cuando ella aparece frente a mis ojos.

Vamos en mi coche a la discoteca y entramos, como siempre, a la zona vip. Ramón nos trae unas coca colas para amenizar la noche mientras movemos el esqueleto al son de la música y hablamos.

- ¿Cuántos años tienes Sara?

- Treinta, ¿por qué?

- Pensé que eras más joven.

- Bueno, tengo veintinueve, pero en unos días cumplo treinta, así que prácticamente tengo treinta.

- Oh, interesante.

- ¿Y tú, Marcos?

- Y ¿qué has estudiado?

- Soy modelo, aunque la verdad es que nunca me he podido dedicar a ello. Estuve trabajando en un bar para pagarme la academia. Y ahora en una panadería porque todas las agencias de modelos que tienen mi currículum deben de haberlo tirado a la basura.

- Todas no, soy propietario de una agencia de modelos y nunca he recibido tu currículum, créeme, me hubiese fijado en ti.

- Quizá el currículum lo vio algún empleado y no tú.

- Es posible que lo viera mi hermana, ella se encarga de los castings para encontrar a las modelos que se adaptan más a aquello que precisan nuestros clientes.

- Claro. No sabía que tenías una hermana. Yo soy hija única.

- Sí, se llama Vanessa. Y descuida, le preguntaré dónde tiene los currículums antiguos a ver si te encuentro – veo que sonrías y esa sonrisa me llena el alma.

- Seguro que sí – me contesta.

- Sara, ¿te gustaría hacer de modelo mañana? No tengo chicas y tengo un trabajo pendiente. Yo te haré las fotos.
- Me encantaría. Mañana libro por la mañana, así que no me encontrarás a la hora del desayuno en la panadería.
- Entonces perfecto. Te paso a recoger, desayunamos juntos y te hago la sesión de fotos. ¿Te apetece?
- Por supuesto, ya estás tardando – me río con ganas, aunque con el tono tan alto de música, apenas se escucha.
- No puedo pagarte, pero al menos cogerás algo de experiencia que podrás incluir en tu currículum.
- Sí, la verdad es que me encantaría, y no te preocupes por el dinero, Candela me paga bien y yo lo hago por ayudar, no por interés – me contesta y con ese comentario me gusta más si cabe, es lo opuesto a Ramona.

Seguimos moviéndonos mientras nos miramos a los ojos y de vez en cuando damos un trago a nuestras bebidas.

Empezamos a estar un poco sudorosos y el cuerpo de Sara mojado y contoneándose me recuerda a mi sueño despierto, me tiene realmente excitado y creo que se ha dado cuenta de que en mi entrepierna hay un bulto peligroso.

- Marcos, deberíamos ir a descansar, llevo muchas horas trabajando y ya no puedo con mi alma, ni mis pies pueden conmigo.
- Claro, vámonos.

Salimos y de nuevo coge el taxi. Ya no le digo nada, no quiero incomodarla y sé el por qué lo hace, aunque no se me hubiera ocurrido jamás juzgarla por vivir con sus padres a los treinta años.

Esta vez ambos nos damos un beso en la mejilla. Me muero de ganas de besarla hasta dejarla sin respiración, pero iré paso a paso. No quiero que piense que solo quiero aprovecharme de ella.

Quiero conocerla, es más, lo deseo fervientemente, pero iremos a su ritmo para que se sienta más cómoda. Ella lo merece, se merece que sea especial, que sea pura magia.

Vuelvo al ático y me meto en la cama de cabeza tras una ducha bien fría tras el pequeño calentón del baile y de solo verla a ella, por supuesto. Le mando un mensaje a Sara antes de dormir.

<< Mañana te paso a recoger en el McDonald's a las diez y así no tengo que saber dónde vives. ¿Te parece? De Marcos.>>

<< Me parece perfecto. Te veo allí. Descansa y que sueñes con los ángeles. De Sara>>.

Entonces soñaré con ella, porque es un ángel, mi ángel. Cierro los ojos tras poner la alarma y ahora sí, me relajo para que ella invada mis sueños, como cada día desde que la conozco.

Los primeros rayos de sol me acarician el rostro y abro los ojos justo al tiempo que la alarma empieza a sonar. La verdad es que hoy me levanto con una sonrisa en los labios. Hoy es una mañana especial, no como el resto.

Hoy he quedado para desayunar con Sara y no me lo prepara ella a mí, sino un desconocido o desconocida a ambos. Además voy a llevarla a la oficina, le presentaré a mi hermana y podré hacerle una sesión de fotos.

Me las guardaré, por supuesto, aunque las use para el anuncio de prensa también, obvio.

Me pongo uno de mis trajes, el más desenfadado, no quiero que me vea e pingüino con un palo en el culo, sino como el Marcos que conoce del Clímax o de una situación más distendida.

Cojo el coche y conduzco rumbo al lugar donde hemos quedado y la encuentro allí, sentada en un banco con un vestido de rosa veraniego y unos peep toe crema. Está para comérsela. Sus rizos dorados ondeando al viento y los ojos chocolate enmarcados por un maquillaje natural, de un color tierra.

- Buenos días princesa – le digo desde el coche cuando bajo la ventanilla. - ¿Te llevo?

- ¿Dónde vas a llevarme?

- ¿Te parece bien al fin del mundo? – niega sonriendo y se sube en el coche, en el asiento de copiloto.
- ¿Has pasado buena noche?
- La verdad es que sí, he podido recuperar las horas de sueño. Me alegro de que hayas llegado puntual. Me gusta la gente que llega puntual a las citas.
- Así que esto es una cita... - le digo solo para ponerla nerviosa.
- Quién sabe...

La llevo a una de las terrazas que visitaba antes para desayunar, antes de conocer a Sara, por supuesto. No he vuelto a ir a desayunar a otro sitio desde que la conozco.

La terraza está llena de flores, tiene unas vistas maravillosas del centro y además estoy con la mejor compañía que puede existir. ¿Se puede pedir más?

- ¡Qué sitio tan maravilloso, Marcos!
- Me alegro mucho de que te guste, aunque sin duda, mi lugar favorito para desayunar es en tu trabajo, porque así puedo verte – sus mejillas se sonrojan y me parece el ser más bonito del mundo.

Desayunamos como unos señores. Unas tostadas con mermelada, unos zumos naturales y un café cada uno. Nada mejor que desayunar fuerte para estar activos todo el día, cosa que no hago yo muy a menudo, puesto que la mayoría de los días se me olvida hacerlo.

Una vez hemos desayunado, nos encaminamos hacia la agencia. Estoy deseando hacerle las fotos para este cliente, que es el único que nos queda y que no ha recibido, al menos todavía, el informe por parte de Ramona.

Entramos por las puertas y a Sara se le desencaja la boca. Imagino que nunca se había sentido parte de una agencia de modelos, puesto que no había trabajado antes, y ahora que va a participar en un anuncio lo ve como si acabara de entrar en el país de las maravillas.

La llevo a la sala de fotografía más grande que tenemos para una sesión de fotos. La empresa que

nos ha contratado es nada más y nada menos que Pronovias, así que tengo que hacer el catálogo de las novedades de este mes.

- Hoy vamos a trabajar para Pronovias, Sara. Necesito que te cambies en la habitación continua. Si necesitas ayuda para subirte la cremallera, dale dos toques a la puerta e iré para ayudarte. Estamos solos en la oficina, así que solo puedo ayudarte yo. Los demás entran en un rato.

- Está bien – me contesta con una sonrisa en los labios y un brillo de ilusión en la mirada.

Pasa un rato mientras se viste y yo preparo la cámara y abro el ordenador para dejar listo Photoshop, por si hay que retocar algo, aunque tengo la sensación de que la perfección de Sara no va a necesitar ningún tipo de modificación.

Oigo un par de golpes en la puerta tras la que se encuentra Sara. Imagino que necesitará ayuda para subir la cremallera del vestido. Entro en la habitación y me quedo sin aliento cuando veo la espalda desnuda de Sara.

Traigo saliva ruidosamente mientras me acerco y tomo la cremallera con una mano y la cintura de Sara con la otra.

La acerco más a mi cuerpo y beso su nuca antes de subirle la cremallera. No lleva sujetador y solo pensarlo me pone el vello de punta.

Es tal dulce, tan perfecta y frágil a veces que solo me apetece acostarme con ella en la cama y abrazarla mientras beso su pelo y la cuido como se merece. Huelo su pelo disimuladamente y es entonces cuando la puerta se abre.

- Hola hermanito – me separo de Sara y esta carraspea mientras se plancha el vestido con las manos.

- Hola Vanessa. Ella es Sara – le indico.

- ¿Sara, tu Sara? – pregunta Vanessa.

- A menos que conozca otra Sara, creo que soy esa Sara – Sara se acerca a Vanessa y ambas

se dan dos besos.

- Encantada de conocerte por fin, aunque creo que tu rostro me es familiar – sugiere mi hermana.
- Es posible que dejara algún currículum en la agencia y lo hayas visto.
- Es muy posible. ¿Eres modelo?
- Sí, o al menos eso intento.
- Sara me va a ayudar hoy con las fotos de Pronovias y así va cogiendo experiencia que puede añadir a su vida laboral – interrumpo la charla de ambas.
- Sabe que no podemos pagarle, ¿verdad? – me pregunta alzando la ceja.
- Sí que lo sabe, es lo primero que le dije, pero quiere hacerlo.
- Genial entonces. Ahora deberías salir de aquí, yo acabaré de peinarla y maquillarla, que conociéndote, en vez de ayudarla a ponerse el vestido, se lo acabarás quitando.
- Vanessa, no te pases.
- Era una broma, eh, Sara, que mi hermano solo tiene ojitos para mí. Ahora en serio, Marcos, fuera. Las chicas necesitan hacer sus cosas. Cuando esté lista saldrá. Aprovecha y pide algo para picar, estoy muerta de hambre.

Salgo de la habitación aunque no quiero hacerlo. A saber qué le cuenta Vane de mí a Sara. No quiero que la asuste porque en su momento fuera un picha brava y me acostara con la mayoría de mis modelos, ella es diferente, ella es única.

Aprovecho para llamar a la empresa de cáterin para que nos traiga algo de café y bollos y a preparar el decorado que servirá de fondo para las fotos. Alguna sábana, flores, un sofá en medio de la sala, etc.

Cuando salen ambas del cuarto, yo solo tengo ojos para Sara. Es una diosa del Olimpo. Jamás había visto una belleza igual y no es solo eso, no hay nada que no me guste de ella, es simplemente perfecta. Me encantan los hoyuelos que se le forman cuando sonrío, los adoraría si pudiese.

La sesión de fotos va de fábula. Parece que Vanessa y Sara se llevan fatal, y a juzgar por las

miradas que me echa Sara, no creo que mi hermana le haya contado nada malo de mí, al menos todavía.

Hacemos algunos parones para tomar café y bollos y hacemos el book de cinco vestidos en diferentes fondos, posiciones y luminosidad para que la empresa decida cuál es la que más les convence y añadirán al catálogo.

Debo decir que Sara está como pez en el agua, nada nerviosa, como si hubiese hecho esto toda la vida, aunque noto cierto nerviosismo bajo la capa de profesionalidad, sobre todo cuando le decimos que saldrá en revistas y en la página web de la firma. Está que no cabe en sí de felicidad.

Una vez acabamos la sesión, acerco a Sara a la panadería, ya que me comenta que esta tarde va a ser caótica, puesto que tiene un cumpleaños y puede ser una locura. Locura es la que me está entrando a mí con ella.

La dejo en la puerta mientras por la cristalera del local ya puedo ver saltar a los niños por la sala, bailar, disfrutar de su juventud y de sus diabluras. Amo a los niños.

## Capítulo 7: Sara



Odio a los niños. No es algo que pueda controlar. Esa animadversión por ellos me viene desde hace tiempo. No creo que pueda tener hijos nunca. Para mí son una mezcla de Gremlin con Gotzilla.

Saltan como monos de mesa a mesa y hay trozos de salami hasta en la cristalera. Entro y Candela viene corriendo y se tira a mis brazos desesperada, abrazándome.

- Menos mal que has llegado, casi me da un infarto. Necesito que me eches un cable ya. Esto se me está yendo de las manos y mi hijo se ha ido porque tiene más alergia a los niños que los gatos al agua.
- No es el único – digo por lo bajo.
- ¿Has dicho algo querida?
- No nada, ¿qué quieres que haga?
- Ya he sacado los refrescos y los bocadillos. Falta la bollería y los cupcakes. Podrías sacarlos tú.
- ¿Ahora mismo voy? ¿Y los padres?
- Están en la mesa del fondo, son esas cabezas de ahí. Les pondremos un par de bandejas de cupcakes a ellos. Hay dos en la parte de arriba de la nevera. Llevan un poco de anís dentro para que les alegre la tarde.
- Está bien loquilla.
- ¿Alguna novedad con tu Adonis?

- Hoy hemos pasado la mañana juntos – le digo mientras caminamos a la sala del horno. – He tenido un sueño caliente con él Candela, pero no te rías. La verdad es que estoy empezando a sentir cosas por él. Cuando estamos juntos siento esas mariposas y lo extraño cuando no lo tengo cerca, pero me pongo nerviosa cuando se va. Ya me entiendes.
- Sí, eso es lo que sentía yo por mi marido. Lástima que el señor se lo llevó antes de tiempo. Ahora lo tiene con él – suspira y me sonrío con pesar antes de marcharse a la sala para vigilar a los demonios.

Coloco los cupcakes en las diferentes bandejas, que dejo sobre la carretilla que tenemos para llevar toda la bollería a la sala.

No tardo mucho en repartir las bandejas de magdalenas en las diferentes mesas donde los Gremlin se han sentado a petición de Candela, que ha pegado un grito que parecía que se hubiese tragado un megáfono.

Les llevo otros dos platos a la mesa de los padres, que empiezan a devorar los cupcakes sin compasión. Con lo que cuesta prepararlos y lo poco que duran antes de ser machacados por unos dientes insensatos que los estrangulan sin piedad.

Los niños me tiran de la falda, del pelo, me pegan mocos de la espalda, se tiran pedos, vomitan en los vasos de los batidos, se cuelan en la sala del horno y el despacho de Candela. Son peor que un dolor de muelas.

Acabo de decidir que me voy a ligar las trompas. Si hace falta, me rajo en casa con el cuchillo jamonero y me hago yo un lazo a lo Indiana Jones.

Pasa un rato y algunos de los niños de la sala, casi la mitad, se ven algo más mansos. Aun así, los más movidos gritan por doquier hasta que, el que parece ser el cumpleañosero, también conocido como el líder del clan, grita la orden al resto de su compañía.

- ¡Guerra de comida!

Los cupcakes empiezan a volar por todos lados, y en el fondo el grupo de niños más activos

juegan a ver quién pega la magdalena en el techo por más tiempo. Miro a Candela, que se tira de los pelos y se acerca a mí con disimulo.

- ¿Cómo has conseguido que la mitad esté manda?
- Ni idea.
- ¿Les llevaste a los padres las dos bandejas de cupcakes con anís?
- Oh, mierda. Creo que ya sé por qué algunos niños están mansos y otro no. Lo olvidé y creo que ese anís tiene algo que ver con que los niños estén mansos. Supongo que como nunca han tomado alcohol, les ha hecho más efecto de lo normal.
- Joder Sara, se nos puede caer el pelo si los padres se enteran de que hemos emborrachado a sus hijos.
- Tranquila Candela, nadie se emborracha con una gota y es obvio que nadie se va a enterar de esto. A ninguna de las dos nos interesa que esto se sepa y solo lo sabemos nosotras, con lo cual...
- Está bien, calladas como putas, pero esto te resta un punto del examen y te tocará limpiarlo todo al acabar. Así aprenderás a estar atenta y no cagarla.
- Está bien. Ahora le voy a hacer uno de mis cafés estrellas a los padres para que estén más concentrados en el sabor que en si su hijo está somnoliento.

Me dedico a hacer cafés a destajo y los llevo a la mesa de los padres, que los acogen con mucho gusto, sobre todo cuando les digo que son gratis. Cortesía de la casa por dar anís a sus hijos.

Voy un momento al baño y tengo la cabeza llena de nata, un trozo de chorizo en el canalillo y mocos por todo el vestido, por no hablar de la calva que me han hecho tirándome del pelo cuando les servía los platos y trozos de servilleta pegados en los zapatos de tacón.

Definitivamente odio a los niños.

Me limpio lo que puedo y vuelvo a salir. Miro a mi alrededor y solo veo suciedad incrustada a la izquierda, a la derecha, arriba y abajo. Por suerte, las familias ya se están despidiendo y los

monstruos abandonan el local, algunos más tranquilos que otros. Dejémoslo ahí.

Me paso más de dos horas limpiando mientras Candela hace caja, se encarga de fregar los cacharros y lo prepara todo para mañana, para que solo quede hornear.

Yo me quito los tacones, ya no puedo más, y engancho un trapo a la punta del palo de la escoba para limpiar en techo, subiéndome en las mesas para ello.

- No sabía que te dedicaras al malabarismo.
- ¡Marcos! – lo miro sonriendo y es entonces cuando la mesa se tambalea y caigo, pero corre y me toma en brazos antes de que me rompa algo.
- Gracias – le digo mientras me vuelvo a colocar en pie.
- ¿Ha habido un apocalipsis zombi en la panadería y no me he enterado?
- Algo parecido, han venido unos demonios a celebrar el cumpleaños de alguno y se lo han pasado así de bien.
- ¿Te ayudo?
- No te preocupes.
- Que sí, yo te echo un cable – veo que se quita la chaqueta y se remanga antes de coger uno de los trapos y ponerse a limpiar las paredes con el cubo de agua que he dejado sobre una de las mesas.

Nos pasamos más de dos horas limpiando hasta que lo dejamos todo echo una patena. Nos miramos sonriendo por un trabajo bien hecho y es entonces cuando sale Candela, que también debe haber acabado de hacer su faena.

- Por las barbas de Merlín, se podría comer en el suelo aquí, y en el techo y las paredes. Sara, eres maravillosa.
- No lo he hecho sola, he tenido ayuda – señalo a Marcos, que sale de la esquina y saluda a la jefa.
- ¿Así que he contratado a otro empleado sin saberlo? – pregunta sonriendo.

- Es subcontratado mío Candela, no te emociones – le sugiero medio riendo.
- Me alegro del pinche que te has buscado entonces. Por hoy ya podemos ir a casa. Es tardísimo y mañana hay que empezar pronto. Te prometo que te doy la tarde libre, más que nada para que no te me mueras por cansancio, que a ver dónde busco yo a una chica que haga tan buenos cafés.
- Anda, ¡exagerada! Buenas noches, Candela.
- Buenas noches parejita – y lo dice así, tan pancha, como quien no quiere la cosa. Niego con la cabeza y ambos salimos a la calle. Estoy muerta no, lo siguiente.

Salimos de La panadería y Marcos sugiere que vayamos a cenar a ese McDonald's de la esquina. La verdad es que aunque en la sesión de fotos hayamos tomado café y tomado bollos, no he comido y creo que él tampoco, así que estoy muerta de hambre.

Me como dos menús y él ¡tres! La verdad es que ambos estamos famélicos. Al acabar, ambos salimos del restaurante y tras un beso en la mejilla cada uno sigue su camino, ya que tanto él como yo hemos venido caminando, sobre todo porque yo no tengo otra opción, no tengo coche.

Me meto en la cama después de tres cuartos de hora en la ducha. Me he quitado toda la suciedad del cuerpo y ya doy el vestido por perdido. Mañana pienso ir con bambas y chándal, ayer las pasé canutas por ir con vestido y tacones.

Los padres creyeron que era por la festividad del niño, pero no, era por la cita previa con Marcos. Y así me voy a la cama, con Marcos en la cabeza, y así me levanto cuatro horas y media después, con Marcos en la cabeza. Me pongo un chándal y unas bambas, porque lo prometido es deuda, y me encamino a la panadería hecha una mierda por el sueño y la tensión de ayer.

La verdad es que espero que no sea un día muy duro hoy, porque, aunque no tenga resaca, tengo todo menos vitalidad. Entro por la puerta y Candela, que ya está dentro, tiene la misma cara que yo. Ambas nos compadecemos de nosotras mismas.

- Estoy hecha una mierda – le digo.

- Yo también. Espero que hoy sea relajado.
- Ojalá. Por cierto, ¿ayer vino don dientes?
- Sí, nos dio las gracias de nuevo por recuperar su dentadura y me preguntó por ti.
- Dile que estoy casada y tengo veinte hijos, por dios.
- No en ese sentido loca – ríe. – Me preguntó por qué no estabas, que si te había despedido por lo que sucedió y que se te veía una buena chica.
- Pobre, se ha preocupado por mí. En el fondo es majo, pero muy en el fondo.

Me pongo a hornear la bollería y las barras de pan. Según Candela, ninguno de los padres notó nada ni ha avisado, nada de denuncias ni hoja de reclamaciones. Perfecto. Candela entra en la sala del horno, donde me encuentro y me habla.

- Nena, anoche cuando os vi justos, vi una magia en los ojos de ambos difícil de disimular. Estáis enamorados, ha sido un flechado sin lugar a duda.
- No creo que llegue a amor, pero la verdad es que me gusta más de lo que debería admitir.
- ¿Por qué no le pides una cita?
- La verdad es que me gustaría conocerlo de verdad. Ya llevamos días conociéndonos, quieras o no, pero no acabamos de hacer ese clic, de tirarnos a la piscina sin casco, ¿entiendes?
- Perfectamente. Quizá tiene miedo a dar el paso. Podrías darlo tú.
- Sí, lo haré hoy cuando venga. Si ninguno tenemos compromisos y nos gustamos, no hay nada malo en que queramos conocernos.
- Exacto. Ahora a trabajar cariño. Con suerte tendrás a tu príncipe y su corcel en breve en la panadería y hay que darle el desayuno.

Marcos no aparece en toda la mañana, que es tranquila, cosa que agradecemos, dada la tarde que tuvimos ayer.

Nos da hasta tiempo de sentarnos nosotras en una mesa y tomarnos un café con una tarta de manzana cada una. Después ella se va a su despacho a hacer cuentas y yo me quedo para atender a

la clientela.

No pasa mucho tiempo hasta que oigo el tintineo de la campana mientras recojo nuestras tazas de café y platos de la tarta. Me giro para dar la bienvenida al cliente y veo que es Óscar el que entra.

- Óscar, ¿qué haces aquí?

- He venido porque no me coges el teléfono. He esperado las horas de cortesía porque me he imaginado que estarías enfadada, pero como veo que no contestas a mis llamadas ni mis mensajes, he decidido venir a verte al trabajo.

- La verdad es que me ha molestado, aunque no tanto como te piensas. No es la primera vez que me lo haces, ni la segunda. Empiezo a acostumbrarme.

- Esta vez tengo una buena razón, tuvimos que llevar a la niña al hospital. No podía respirar y el Ventolín no funcionaba. Casi se ahoga, estaba muy nervioso. Tiene insuficiencia respiratoria y no sabíamos qué hacer. Pasamos toda la noche en el hospital y cuando recordé que te había dejado en la discoteca, te llamé.

- Vaya, lo siento. No sabía nada. ¿Cómo está tu hija?

- Ahora mucho mejor. La verdad es que los médicos han hecho un trabajo excelente.

- Me alegra oír eso.

- Yo venía para saber si querías acabar esa cita o salida o como quieras llamarlo conmigo.

- No sé si puedo salir todavía del trabajo. Voy a preguntarle a mi jefa y te digo cualquier cosa.

- Perfecto. Yo aprovecharé para poner el tique de la zona azul, que esos cabrones te roban lo que les apetece. Ahora parece que las motos también deben tener papel. Nos va a salir volando... - refunfuña mientras sale de la panadería y yo me dirijo al despacho de Candela.

- Hola Candela, son las tres de la tarde y como me dijiste que tendría la tarde libre he pensado que si ya no me necesitas podría marcharme ya – le digo algo triste y estoy segura de que ella sabe la razón.

- Alegra esa cara, que el príncipe desteñido no haya venido hoy no quiere decir nada.

- Igual piensa que soy demasiado seta y se ha cansado de mí.
- ¿Seta?
- Sí, no hemos hecho nada de nada, ni pasado de un beso en las mejillas. Creo que ha estado esperando a que pasáramos a la segunda fase, y como no ha sido así, se ha cansado de mí.
- Un hombre que realmente está interesado por una mujer espera lo que haya falta para estar con ella. Si realmente le gustas tanto como parece, esperará.
- Gracias por los ánimos, Candela.
- Ahora puedes irte a descansar cielo, llamaré a mi hijo para que cubra la tarde, que anoche se escaqueó de la lluvia de cupcakes con sorpresa – me guiña el ojo y se despide con la mano.

Salgo cuando me quito el delantal y me aseo un poco, maquillándome lo justo y necesario para no parecer una desquiciada somnolienta, y me encuentro a un Óscar sonriente. Lo quiero mucho, pero como amigo y estoy dispuesta a hacérselo saber.

A mí quien me interesa es Marcos y puede que me equivoque y que realmente Óscar solo me quiera como amiga, pero no es esa la impresión que me da.

- Me han dado la libertad. ¿Dónde quieres ir?
- ¿Qué te parece si vamos a la plaza de la justicia para comer algo en una de las terrazas de la zona?
- Me parece perfecto. Solo he escuchado la palabra comer, pero ya me vale. Tengo un hambre que me comería a un niño por los pies, literalmente, así poco a poco iría reduciendo el número.
- Por amor del cielo, qué animadversión.
- No sabes tú cuánta.

Nos vamos a la plaza en su moto y la aparcamos antes de sentarnos en una de las terrazas a tomar unas tapas con una cervecita bien fresca.

- Y qué, ¿cómo te ha ido hoy?

- He hecho un examen de caña de crema, he atendido a algún que otro cliente, he dormido menos que un búho de noche y he horneado pan y pastas.
- Interesante. Y ¿aprobaste el examen?
- ¿Tú que crees? – me acaricio el pelo a lo anuncio de L’Oreal.
- No dudo de tus habilidades culinarias, ya eras una crac en el bar, imagino que también en la panadería.
- Imaginas bien, piltrafilla – le digo antes de que ambos riamos.

## Capítulo 8: Marcos



Hoy no es una mañana normal. Pepe ha conseguido un juicio express para tratar el tema de Ramona, porque ni quiere devolver lo que no es suyo, ni cede al acuerdo, aunque tampoco ha puesto la demanda, a sabiendas de que no tiene fundamento ni consistencia.

Me visto con mi mejor traje y me encamino hacia los juzgados. Hoy no abriré la agencia, los pocos que quedamos allí somos conocedores de ello. Así que puedo levantarme algo más tarde.

La verdad es que estoy algo apenado, no podré ver a Sara esta mañana, que es lo que me enchufa en vena la adrenalina para aguantar estos días de mierda que estoy pasando, pero Pepe está en casa diciéndome todo lo que pasará y como debo responder a las diferentes preguntas que me haga tanto el abogado de Ramona como el juez.

Hemos conseguido las pruebas de las transferencias fraudulentas y, no sé cómo, Pepe ha conseguido las grabaciones de una cámara de un Cash Converter donde Ramona se ha dedicado a vender las cosas de valor que tenía en casa.

Además, hemos conseguido convencer a uno de nuestros clientes, que también había recibido el sobre de Ramona con el informe que había hecho Pepe sobre dicha empresa, para que testifique en su contra a cambio de que trabajemos de manera gratuita y de por vida para ellos. Lo que sea para destrozar a esa zorra.

Pepe me ha asegurado que se ha ocupado de todo, que no hay flecos y que todo saldrá bien, pero no ver a mi talismán me hace que vuelvan las inseguridades y que dude de que esta historia vaya a

acabar con un final feliz.

Ambos salimos de mi ático en dirección a los juzgados. Pepe va con traje, es de las pocas veces que lo he visto con este atuendo, yo con otro, el mío más usado. Vanessa nos espera junto con el testigo en la puerta de los juzgados.

Entramos todos a la vez y nos encaminamos a la sala que nos han asignado, la siete. Cada uno se sienta en su sitio; Ramona ya está allí y me mira con una cara de asco difícil de disimular.

- Bien, ahora que ambos implicados se encuentran en la sala, damos por iniciado el juicio. El abogado del acusado, inicie su alegato. Quiero que exponga los hechos y qué piden al demandado como compensación.
- Buenos días, señor juez. Mi clienta acepta firmar la sentencia de divorcio a cambio del ático que tenían en común y una manutención de dos mil euros mensuales dado el patrimonio del demandado.
- Bien, me queda claro lo demandado por parte de la parte denunciante. Que tiene que decir la parte demandada sobre dicha petición/solicitud.
- No aceptamos la petición de la demandante. Es más, nosotros tenemos una petición un tanto distinta, señoría.
- Expóngala entonces.
- La demandante, Ramona Ramírez, ha realizado transacciones fraudulentas desde la cuenta de mi cliente a su cuenta particular, vaciando la misma. Tenemos pruebas que lo demuestran
  - Pepe entrega unos documentos en una carpeta al juez y otro al abogado de Ramona.
- Explique qué nos ha entregado en esta carpeta, por favor.
- En la carpeta que les he entregado aparecen las transacciones de las que estaba hablando, que realizó la señora Ramírez en el portátil de mi defendido cuando lo drogó para acostarse con él en el pisto de este. De todos modos, en busca de llegar a un acuerdo pacífico. También encontrarán una denuncia que interpuso mi cliente por el robo de algunas cosas de valor que tenía y las cámaras de un local han verificado que fue ella la que robó

dichos artículos y los vendió.

- Protesto, no podemos saber si los artículos que aparecen en las imágenes son los mismos que denunció el demandado, puesto que no presenta imágenes – salta el abogado de Ramona.
- Tiene razón abogado, la prueba no constará como válida en el juicio – mierda.
- Bien. Tenemos una tercera prueba también expuesta en el informe. La demandante entregó a los clientes de la agencia de mi cliente, documentos de nuestros inversores e informes privados de la empresa sobre sus clientes para que mi defendido tuviera grandes pérdidas en su trabajo y posible cierre del mismo. Para ello hemos traído una testigo que verifica esta información.
- Que pase la testigo para declarar, si es tan amable.

La dueña de la empresa Belle Style se acerca al estrado y tras jurar se sienta para explicar su versión. La deja por tierra, y aunque no está muy contento con la empresa tras lo que hemos hecho, el trato la tienta más que el cabreo que siente.

Una vez el juez escucha su alegato, la manda retirarse y vuelve a mirarnos a nosotros, dando a entender de que ya ha llegado a una conclusión y que tiene el veredicto, no tanto del divorcio, que creo que es más que obvio, sino las cláusulas que conlleva.

- He tomado una decisión. A raíz de las pruebas que me ha ofrecido el abogado del demandado y viendo que ambos tienen claro que quieren un divorcio express, sabiendo además que no firmaron previamente a la boda un acuerdo de separación de bienes en el caso de un matrimonio fallido, he acordado en cederle a la señora Ramírez el coche y la mitad de los bienes que se transfirió a su cuenta y al señor López el ático en el cual vive y la mitad del importe que la señora Ramírez le robó. Esta tiene un plazo de quince días para devolverme el importe convenido en el contrato de divorcio que a continuación firmarán. Me he decantado por ofrecer al señor López el inmueble, que tiene más valor que el vehículo, porque usted, señora Ramírez a cometido varios delitos. Puede aceptar este

acuerdo o puede ser juzgada por dichos delitos, como desee.

- Los aceptamos – dice el abogado de Ramona.
- Nosotros también aceptamos – dice Pepe.
- Bien, pues que las partes implicadas vengan a firmar el contrato que acaba de redactar mi transcriba.

Tanto Ramona como yo nos acercamos y firmamos el contrato mientras el juez le recuerda a ella que si no transfiere el dinero que me debe en un plazo máximo de quince días irá a la cárcel por expropiación de bienes sin consentimiento. Ella asiente y firma, después lo hago yo.

No tardamos mucho en salir del juzgado y en la puerta, Ramona se me acerca con muy malas pulgas y una cara de haberse comido un pepinillo en mal estado. Su abogado se queda un poco más alejado.

- Espero que estés contento. Te has salido con la suya, pero pienso convertir tu vida en un infierno, no lo dudes – me dice.
- Espero que no esté amenazando a nadie señorita Ramírez, de lo contrario puedo meterla entre rejas – dice el juez, que ha aparecido detrás de Ramona.

Esta se queda más tiesa que un San Jacobo congelado. Disimulo una sonrisa y cuando voy a girarme para marcharme plaza través, me encuentro con los ojos de Sara, que sonrío con un más que atractivo acompañante, aunque algo mayor para ella.

Yo haciéndome ilusiones con ella y Sara aprovechando para salir y conocer a otros tíos. Qué iluso he sido... Y pensar que podría enamorarla y que ella sería mi sueño, más bien se está convirtiendo en mi pesadilla.

La miro con una mezcla de odio y decepción antes de correr hasta mi piso sin mirar atrás. Debería estar contento por cómo ha ido el juicio.

Aunque deba darle a esa zorra la mitad de mi patrimonio, recuperaré suficiente pasta para que ni la agencia se vaya a pique, ni mi estabilidad, ya que con eso me podré comprar otro coche.

Sara está con otro tío y eso me cabrea, mucho. Estoy celoso y yo nunca he estado celoso. Mañana iré a la panadería a pedirle explicaciones.

No soy su pareja y no puedo pedírselas, pero pensé que teníamos algo especial, que nos íbamos a conocer e intentarlo, pero parece que eso solo estaba en mi cabeza.

Solo le interesaba jugar conmigo y con mi corazón. Mañana hablaré con ella y pasaré página, no volveré a ir a la panadería después, verla me duele si sé que otro la desea, la besa, la toca...

Me meto en la cama y cierro los ojos. Solo quiero que este día de mierda acabe ya o que haya sido una pesadilla de mal gusto.

El reloj suena, apenas he dormido dos horas y media, pero ya toca inyectarse cafeína en vena para aguantar un día más. Voy a ir directo a la panadería, necesito hablar con Sara, que me dé las pertinentes explicaciones.

Tras asearme y vestirme, salgo del ático y cojo el ascensor para bajar, aunque normalmente use las escaleras. Hoy no me apetece hacer deporte. Naty, la anciana que vive en el piso de abajo se sube cuando el ascensor se para por primera vez.

Cuando vamos por la cuarta planta, el ascensor se para y la señora empieza a pulsar el botón de auxilio, la hago que se relaje, porque ya tengo yo suficiente con lo que tengo. Tengo claustrofobia y que ella esté agobiándome no ayuda.

- Tranquila señora, solo relájese para que también pueda hacerlo yo.
- Pero niño, tengo que salir de aquí, no puedo aguantar.
- Yo también siento agobio, pero vamos a hablar y relajarnos hasta que venga el técnico y nos saque de aquí – pulso el interfono de ayuda.
- ¿Hola? – se emite desde el interfono.
- Hola, buenos días, nos hemos quedado encerrados en el ascensor. No se mueve de planta ni aun pulsando a todos los botones y soy claustrofóbico.
- Bien, dígame el código del ascensor y mandaré a un técnico, está anotado en la puerta.

- 57392

- Perfecto. Como muy tarde, en un par de horas estamos allí. Tenemos a dos técnicos de baja y el tercero está en otra urgencia, pero en seguida va a ayudarles.

- ¿Cómo que dos horas? – pero mi interlocutor ya se ha marchado.

- Lo siento niño, pero no puedo aguantar más – la abuela se tira el pedo más sonoro y oloroso que yo he escuchado y olido jamás. Joder, está podrida.

- Es que he desayunado una fabadita y me ha dado un apretón y, es que me voy niño, no sé cuánto tiempo podré aguantar sin que se me escape encima.

- Usted apriete el ano fuerte, que de ahí solo pueden salir engendros del mal – digo mientras pinzo mi nariz. – ¿Lleva colonia en el bolso?

- Sí, la llevo.

- Pues échela por dios, que está usted muerta por dentro.

- Oye, sin ofender eh – dice mientras saca del bolso el bote de Varon Dandy y empieza a derramarla por el suelo del ascensor. – Es que siempre la llevo en el bolso porque mi marido se olvida de asearse a menudo.

- Por el amor del cielo, no eche esa colonia – pero ya es tarde.

La mezcla del líquido y el pedo es todavía peor y verme entre estas cuatro paredes solo hace que mi agobio aumente, igual que mis sudores. Me siento en el suelo y la señora hace lo mismo mientras esperamos a que vengan a rescatarnos.

Aprovecho para sacar el móvil y avisar a Vanessa de la situación en la que me encuentro. Me dice que no me preocupe y que va a avisar a los bomberos para que me saquen de aquí.

Ella sabe lo que me aterran los lugares cerrados, lo descubrió cuando de pequeños jugando me encerró en un baúl que tenía mamá de ropa antigua, de esa que huele a naftalina.

Me tuvo allí encerrado más de dos horas porque daban unos dibujos que a ella le gustaban y no quería que le robara el mando. Críos...

Cuando salí estaba en estado de shock y tuvo que venir la ambulancia a por mí. Tuve que ir a un psicólogo durante un año para superarlo, el cual empalmé con la terapia por el fallecimiento de mis padres en un accidente de tráfico mientras viajaban por España con su autocaravana.

- Niño, lo siento mucho de verdad. Te prometí aguantar todo lo posible, pero ya no he podido más, el dique se ha roto.

Se levanta y hay un charco inmenso de color marrón y no, no es chocolate derretido. Por el amor de dios. Me quito la americana y cubro el charco para que no emane tanto olor mientras hago que la anciana se limpie como pueda su trasero con unos pañuelos que tengo.

- Gracias niño, de verdad que lo siento – me dice dándome un abrazo y manchando mi camiseta. Mierda.

Esta situación es insostenible y ya me estoy mareando, no sé si por el olor o por el agobio. Y es entonces cuando lo oigo. Es el de mantenimiento o eso parece, porque está forzando la puerta para que podamos salir.

Me levanto como si tuviera un resorte en el culo y me ilusiono sabiendo que mi reclusión va a acabar. Al menos están siendo más compasivos que mi hermana.

Cuando las puertas se abren veo que son un par de bomberos y que mi hermana está tras ellos con cara de preocupación. La verdad es que jamás la había visto así, ni cuando la plantaron en el altar por un tío, sí, sí.

Salgo lo más rápido que puedo mientras los bomberos sacan a la anciana y corro a abrazar a Vanessa, que casi llora mientras su cabeza se apoya en mi hombro y sus brazos me rodean el cuello.

- Espero que al menos esto sirva para que me perdones por lo del baúl.

- Por supuesto, aunque te puedes creer que he pensado en ello ahí dentro.

- Suele pasar. Cuando uno revive un trauma, suele recordar el primero. Joder Marcos, hueles a mierda.

- Naty se cagó y me ha abrazado, llenándome de mierda después de limpiarse el trasero con mis pañuelos. La verdad es que no gano para disgustos. Entre lo de ayer y ahora esto...
- Te refieres a Ramona? Creí entender de que todo había ido bien cuando escuché en el juicio. Luego fuimos a celebrarlo, pero ya te habías ido. Bebimos por ti también.
- Es por Sara.
- ¿Qué le ha pasado?
- Está con otro. Me la está pegando.
- No sabía que ya estabais juntos.
- No lo estamos, es solo que quería conocerla, y ella parecía querer lo mismo. Supongo que me equivoqué.
- Quien sabe... Las cosas no son a veces lo que parecen, sino mira a mi ex, que le gustaba más un brazo de gitano que una buena ostra.

Y ese comentario me hace sonreír, no por lo que Vanessa imagina, sino porque recuerdo cuando fui a ver por segunda vez a Sara a la panadería. Me tiró el café y después restregó un brazo de gitano por mi entrepierna. Es tan inocente y provocadora a la vez...

Sacudo la cabeza para intentar sacármela de los pensamientos y le digo a mi hermana que mi intención es ir a verla a la panadería para hablar y que me explique si realmente quiere que nos conozcamos o está picoteando de flor en flor. Si es así, que no cuente conmigo para sacarme el polen y después dejarme tirado.

Subo un momento al ático para cambiarme la camisa. Me pongo una blanca y tiro directamente la que está manchada de chocolate, del que huele mal. Bajo nuevamente al piso de entrada. Para un día que cojo el ascensor... Nunca más.

Abrazo nuevamente a Vanessa para agradecerle lo que ha hecho y me despido rumbo a la panadería, donde puede ser el principio o el fin de algo con Sara, depende de lo que sus palabras me transmitan y cómo me vea ella a mí.

No tardo mucho en llegar, puesto que voy a paso ligero. La verdad es que tengo algo de frío, sobre todo porque no llevo americana, ya que la dejé en el ascensor empapada de mierda, literalmente. Eso ya es irrecuperable.

La verdad es que soy una pésima persona. Ni siquiera me preocupé cuando salimos de cómo estaba Naty, pero la verdad es que mi cabeza estaba en otras cosas y ninguna era ella, no nos vamos a engañar.

Entro en la panadería y veo como Sara alza la mirada, me siento en una de las mesas y ella se acerca a mí demasiado seria. ¿Ella? ¿Ella está molesta? Yo soy el que debería estar enfadado después de lo que vi ayer.

- Vaya, ¿vienes solo hoy? Pensé que te traerías a tu chica, la que te acompañaba ayer.
- No te hagas la víctima. Te vi con ese amiguito tuyo muy sonriente. Pensé que nos estábamos conociendo, que nos gustábamos, pero me has decepcionado. Eres una fresca que se dedica a poner los cuernos a todo el que te rodea.
- Pero, serás... No te atrevas a hablarme así ni a reclamar nada cuando no eres nadie en mi vida, solo un cliente más.
- Pensé que éramos algo y ahora no puedo ni entrar por la puerta de la cornamenta que llevo. Espero que estés contenta. Te ha salido bien el reírte de mí, pero una y no más Sara, una y no más – su jefa sale por los gritos.
- A ver si te enteras Marcos que yo no tengo por qué darte explicaciones porque no somos nada – coge unos chuchos de crema cubiertos de nata de la bandeja que tiene al lado, la de reposición imagino, y me los pone tiesos en la cabeza a mala leche. – Ahora sí te he puesto dos cuernos bien dulces.

Le levanto con muy mala leche y me voy directo al baño a limpiarme. Cuando entro y me miro al espejo, veo dos dulces en forma de cuernos cubiertos de nata que simulan dos cuernos como una catedral.

Me limpio como puedo y salgo por la puerta de la panadería. La verdad es que ahora mismo estoy demasiado cabreado para seguir discutiendo con ella. Y más cuando al salir veo a su jefa riendo a carcajada limpia. Venía a pedir explicaciones y me he convertido en el bufón.

Esta me la va a pagar Sara, que no le quepa duda. Me encamino a la oficina. Hoy no podía haber empezado peor el día, veremos cómo acaba.

## Capítulo 9: Sara



Miro a Candela, que se está riendo de lo lindo y la secundo. La verdad es que el momento ha sido gracioso, aunque, sinceramente, ahora me siento un poco mal.

No quería humillarlo de esa manera, no tengo derecho ya que, como yo mismo he dicho, no soy nada en su vida, ni somos pareja ni nada serio como para poder tener el derecho de pedirle explicaciones.

- Vaya tela con Marquitos, ha pasado de dios griego a unicornio en un abrir y cerrar de ojos  
– me dice Candela.
- ¿Crees que me he pasado?
- Un poco, pero también se ha pasado él.
- Eso es cierto. Quizá deberías hablar las cosas como personas adultas que somos y no como críos, que es como nos hemos comportado hoy.
- Pues va a ser que sí.
- La verdad es que me gusta mucho. Íbamos muy bien. Es cierto que no teníamos exclusividad, pero pensé que era el inicio de algo bonito.
- Y lo puede ser. Habla con él, poned unas normas y decidid de una vez por todas si os conocéis en exclusividad o seguís mareando la perdiz como estáis haciendo hasta ahora.
- Tienes razón, o nos tiramos a la piscina o dejamos de jugar por el borde.
- Pues listo. Mañana libras, podría ser un buen momento.

- Mañana iré al Clímax, que estoy segura de que lo encuentro allí y hablaremos.

Hoy ha venido Carmelo por la mañana y me ha dado un abrazo. La verdad es que estaba preocupado por si me había pasado algo, aunque solo hacía un par de días que no me había visto. En el fondo es un buen hombre.

Le he hecho un desayuno que quitaba el hipo para que viera que le tengo gran estima. Y así me he pasado la mañana, preparando cafés, bollería, facturas, limpiando, horneando... Mi pan de cada día, nunca mejor dicho.

Acabo de llegar a casa y son las ocho de la tarde. He decidido que en vez de mañana, que es mi día libre de la semana, voy a ir hoy. Es sábado y pinta que va a estar hasta los toques, pero si voy hoy mañana me puedo levantar a las tantas.

Me pongo mi vestido gris y unos tacones negros, con sujetador siempre, por supuesto, aunque no me pongo braguitas rosas, las que tenía preparadas para la ocasión, brasileñas, sino que las guardo en el bolso como ofrenda de paz hacia Marcos por si todo ha sido un malentendido, que lo dudo.

Cojo un taxi y poco después estoy frente al Clímax. Mi madre ha metido un bote de pimienta en mi bolso, lo sé porque cuando abro el bolso en la puerta para enseñar el DNI, aunque en realidad el gorila creo que me conoce y solo lo hace para reírse de mí, lo veo y yo ni lo he comprado ni dejado allí.

Entro en el Clímax y me encuentro a Ramón. Se acuerda de mí y me sonrío mientras me encamino hacia la barra. Pido un mojito y veo que se acerca y me susurra al oído.

- Sé que estás conociendo a Marcos, pero si te aburres o te decepciona, llámame.

Me da una tarjeta y yo la tomo sin saber muy bien qué hacer con ella. La verdad es que no la quiero, pero no quiero hacerle el feo, se ha portado muy bien conmigo las veces que he estado aquí.

Finalmente me guardo la tarjeta en el bolso antes de que me entreguen la bebida y le sonrío. Me

pide que lo siga y acabamos en la zona vip, como siempre que he venido a esta discoteca.

Entro y voy directa al sofá de Marcos, que me mira algo desafiante y sorprendido a la vez. Como no se relaje, no va a ir muy bien la cosa y no quiero montar la escenita en su club.

- Hola Sara – me dice algo tirante.

- Hola Marcos – le respondo yo con un tono algo más cálido. – He venido porque quiero que hablemos tanto de lo que sucedió ayer, como lo que pasó esta mañana.

- Sí, yo también quiero hablar contigo. Después del trabajo, he estado hablando con Vanessa. Creo que perdí los nervios porque me he dado cuenta de que perder esto que nos une, que aún no sé bien lo que es, me duele más de lo que hubiera imaginado.

- Empiezo yo entonces. Ayer por la tarde vino a verme la persona que me dejó plantada la primera vez que nos vimos en el Clímax. Su nombre es Óscar y es mi antiguo jefe. Se estaba disculpando sobre por qué no volvió y es que a su hija le dio un ataque de asma y tuvieron que llevarla al hospital. Me invitó a comer para compensar el desplante y fin. Ni estoy con otra persona ni he engañado a nadie, solo tomé algo con un viejo amigo. No tienes de qué preocuparte en ese sentido.

- Ya me dijo mi hermana que todo tendría una explicación, pero cuando me pasan estas cosas me pongo de los nervios. No sería la primera vez que me engañan y estos días estoy algo alterado.

- No te preocupes, te perdono. Y perdóname tú a mí por mi arrebató y por plantarte los chuchos de crema en la cabeza.

- Estás más que perdonada.

- ¿Entonces todo aclarado?

- Todo aclarado.

- Ya que estamos los dos aquí podríamos aprovechar y acabar la noche como dios manda – me dice mientras tomo un trago de mojito. - ¿Te apetece bailar?

- Antes creo que lo que tengo en el bolso te va a interesar – le guiño el ojo mientras sigo

bebiendo un poco más mientras Marcos abre mi bolso.

- Vaya, espero que esto no lo hayas traído por si me ponía como esta mañana – me enseña el spray de pimienta que me ha puesto mi madre.
- No, eso es un regalo de mi madre, que se preocupa mucho por mi seguridad.
- Vale, busco otra cosa entonces – lo veo revolver en mi bolso. – ¿Y esto? Pensé que tu intención al venir esta noche al Clímax era arreglar las cosas, no empeorarlas. – Me enseña la tarjeta con el teléfono de Ramón.
- Él me la dio en la barra cuando estaba pidiendo algo de beber por si algún día necesito alguna cosa. Imagino que un paso vip cuando no estés o que entre sin estar en la lista. Cosas así, no te preocupes.
- No creo que sea por eso, pero te creo. La idea es empezar a confiar el uno en el otro.

Y entonces se escucha al Dj parar y hablar por el megáfono, pidiendo que todos los presentes se callen un momento. Se hace el silencio tanto en la zona vip como en la pista y entonces anuncia lo que desea.

- Bien, siento decir esto, es un tanto embarazoso, pero hemos encontrado un monedero y unas bragas rosas sobre la barra. El monedero corresponde a Sara Martínez, según pone en el DNI, imagino que la ropa interior también. Se ruega que vaya a recoger sus pertenencias a la barra si es tan amable.
- Mierda – no sé dónde meterme, la verdad.

Miro a Marcos, que ríe sin parar y yo estoy roja como un tomate y cabreada como una mona conmigo misma.

- Así que lo que querías que encontrara eran esas braguitas, me imagino.
- Sí. Ahora, por favor, sácame de este marrón. Ves tú a por mis cosas, por favor.
- Está bien, pero quiero algo a cambio.
- Lo que quieras, pero ve Marcos, por favor.
- Quiero un beso, pero no quiero más en la mejilla, quiero un beso de verdad – sonrío

asintiendo.

Veo como Marcos se aleja para recuperar mi monedero y mi ropa íntima mientras yo disimulo mirando el móvil y bebiendo. Ya no me queda mojito, pero los hielos lo disimulan bien.

Marcos vuelve poco después y me entrega el monedero disimuladamente. Yo sonrío y le doy las gracias en silencio, que no quiero que nadie más se percate de nada.

- Las bragas no pienso dártelas, se quedan en el bolsillo de mi americana como parte de mi colección. Ahora bailemos y así se te olvida este mal trago.

- Vale.

Tomo su mano cuando me la ofrece y me dejo llevar a la pista, donde nos mezclamos con la gente y empezamos a mover el esqueleto como solo nosotros dos sabemos hacerlos. Nuestros movimientos se acompañan a la perfección y parecemos solo uno.

Entrelaza nuestros dedos y seguimos bailando al ritmo de la música mientras algo va cayendo del techo de la discoteca. ¿Es espuma? La sala empieza a llenarse de ella, al igual que nuestros cuerpos.

Uno de los copos de espuma me cae en la nariz y él, sin apartar un segundo los ojos de los míos, y la retira con el dedo. Sonrío cuando veo que su pelo es un algodón de azúcar con forma de cono.

- Estás monísimo – le digo.

- No más que tú – coge algo de espuma y me la coloca a mí en el pelo.

- ¡No! Me acababa de lavar el pelo. Ahora deberé hacerlo de nuevo cuando vuelva a casa.

- No voy a dejar que vuelvas a casa ni voy a dejar que te me escapes más.

- ¿Y cómo vas a hacerlo? No me puedes atar con una correa – le guiño el ojo.

- Pero puedo atarte con un beso – y entonces sus labios, cubiertos de espuma se pegan a los míos, de la misma guisa.

Rodeo su cuello con mis brazos y profundizo ese beso húmedo y caliente. Una de sus manos retira la espuma de mis ojos para que pueda mirarlo, ya que él me mira a mí con los ojos ardientes y

llenos de deseo.

Aprovecho para pegarme más a su cuerpo y su lengua entra en mi boca como respuesta, enredándose con la mía. Jadeo en su boca y eso lo enloquece, lo puedo sentir en su entrepierna pegada a mí sin compasión.

- Vente a mi casa Sara – me suplica rompiendo el beso y yo asiento.

Toma mi mano y tira de mí para que vayamos a la salida y salgamos hacia su casa, pero mis tacones entre tanta espuma me juegan una mala pasada y acabo en el suelo en medio de la pista de baile espantada y sin bragas que cubran mi patata.

Me levanto lo más rápido que puedo, pero vuelvo a resbalar, el suelo empapado de la discoteca no es para nada amigo de los tacones. Y es entonces cuando Marcos me coge entre sus brazos y me saca así de la discoteca, a lo guardaespaldas.

No tardamos mucho en subir a su coche y arrancar rumbo a, creo, la casa de él. La verdad es que el momento salida de discoteca en brazos se me grabará para siempre en la memoria, juntamente con la apertura de patas por caída con muestra de pitorro incluida.

Subimos por las escaleras, parece que su ascensor está averiado y además la planta de abajo huele raro. Me quito los tacones y los llevo en las manos para poder subir más cómoda, ya que me están matando y al final me saldrán ampollas.

Entramos en su ático y cierra la puerta antes de tomarme por la cintura y pegarme contra dicha puerta. Enredo mis piernas en su cintura mientras le quito la americana y tiro de su corbata para que caiga en el suelo, al lado de mis tacones, que han caído en cuanto ha tirado de mí.

Me besa con ese desespero con el que lo hacía en la discoteca y ambos gemimos cuando sus dedos acarician mi sexo, húmedo y sin una película de tela que lo cubra.

- ¡Joder, qué mojada estás! No sé si voy a aguantar mucho más sin hacerte mía.

- Estoy deseando que me hagas tuya – le contesto.

Tiro de la camisa por los botones, a cada lado, para que se abra y los botones desaparezcan para dar paso a un torso liso, musculoso y demasiado apetecible para ser real.

- Mierda, al final va a ser verdad que eres un Adonis – le susurro mordiéndole el labio.

Su respuesta es deshacerse de mi vestido por la cabeza y retirar mis sostén mientras yo busco desesperadamente un acceso que me permita quitarle el cinturón para que sus pantalones se evaporen de su cuerpo y con ello la ropa interior.

- Este Adonis es tuyo, todo tuyo, todo el tiempo que desees.

- ¿Y si deseo que sea por mucho tiempo?

- Tienes suerte, porque es lo mismo que deseo yo.

Me lleva en brazos a la cama y me tumba en el colchón antes de abrir el cajón de la mesita de noche y sacar mi tanga negro de él. Sonríe de lado y se va de la habitación, dejándome sola en el cuarto.

Aprovecho para coger mi teléfono móvil, ya que parece que está trasteando algo en la cocina y mando un mensaje a mi madre para que no se preocupe, informándola de que voy a pasar la noche fuera.

No tardo en recibir respuesta de su parte preguntándome si he mojado. ¿Qué madre le pregunta a su hija si ha mojado?

La dejo en visto y me vuelvo corriendo a la cama, no vaya a ser que por irme, vuelva antes Marcos al cuarto y se enfríe todo. Adiós *polvazo* con el Adonis en su pedazo de palacio.

Me tumbo en la misma posición en la que me dejó antes de marcharse al baño y cuando vuelve lo hace con mis braguitas rosas, su cinturón y un cuenco con... ¿eso es hielo?

Me ata las manos al cabezal de la cama con el cinturón sin decir nada y cada una de las piernas con mi braga y mi tanga a las patas de la cama.

Me muerdo el labio provocativa mientras muevo las caderas en círculos buscando tentarlo.

Funciona, se desnuda completamente, erecto y más que preparado para hacerme vibrar, para calentarme con su barra de pan, porque también está bien dotado, por si fuera poco.

Coge un gajo de limón y suelta un poco de líquido en cada uno de mis pezones antes de agarrar un vaso con, por lo que huele, tequila. Lo chorrea en mis pezones y succiona con fuerza, haciendo que me retuerza de placer ahogando un gemido.

Hace derramarse de nuevo el gajo de limón en mi entrepierna, pero lo deja ahí, sin hacerle más caso. Sin embargo, se chupa el dedo ante mi atenta mirada y lo mete en el cuenco, sacándolo cubierto de ¿sal? ¿azúcar?

No es difícil atar cabos y saber que tequila y limón casan mejor con sal que con azúcar. Pasa su dedo desde entre mis pechos hasta mi ombligo y después retira la sal con la lengua. ¿Se está bebiendo un chupito en mi cuerpo?

Un escalofrío recorre mi cuerpo al completo, que tiembla mientras aguanto un suspiro de placer que me tienta para que lo libere.

Y entonces se coloca entre mis piernas y vuelca el pequeño vaso de tequila que había cogido hace un momento para derramarlo en mis pezones, entre mis piernas, en la raja de mi sexo. Lo hace con cuidado y suma lentitud.

Estoy expectante, sin saber qué va a hacer ahora para sorprenderme y que me vuelva loca de deseo, calentándome hasta niveles insospechados.

Sabe que tiene el control y eso le encanta. Mete uno de los dedos en mi interior mientras su lengua retira con pericia el tequila con limón que retiene mi sexo.

Se relame de placer mirándome a los ojos y sigue degustando mi entrepierna, acompasando su lengua a su dedo que perfora mis interior con un doloroso placer.

- Marcos, no aguanto más. Quiero sentirte dentro de mí – le digo entre jadeos y gemidos.
- Mmmm estás deliciosa. Yo si que no aguantó más – me desata las piernas tirando mis

braguitas y mi tanga al suelo antes de hacer lo mismo en con el cinturón que retiene mis manos a la altura de la cabecera de la cama.

Se coloca sobre mí y yo enredo mis piernas en su cintura incitándolo a que entre dentro de mi cuerpo para no volver a salir jamás. Lo beso, lo beso con todas las ganas que tengo y cuando muerdo su lengua, siento cómo entra dentro de mí, con un golpe seco e inesperado.

Me coloco sobre él en un giro rápido y empiezo a cabalgarlo como si de un corcel se tratase, clavando las uñas en su pecho mientras gruñe preso por el deseo. Me pellizca los pezones y yo acelero el ritmo, volviéndolo frenético, volviéndonos locos.

Me toma de la cintura y me coloca de cara al colchón, a cuatro patas, mientras me posee de todas las formas inimaginables, cambiando a posiciones imposibles que no sabía ni que existían en el Kamasutra.

Nos dejamos llevar por la pasión mientras fregamos nuestros cuerpos sudorosos y acabo en volandas, cogida en brazos como a la salida de la discoteca, y me lleva a la ducha, para darnos allí otro homenaje. Me imagino que querrá marcar con el fuego de nuestra pasión todos los rincones de su hogar.

Acabamos derrotados tras una primera noche de pasión difícil de olvidar. Ahora, exhaustos, cerramos los ojos para descansar mientras enredar nuestras piernas para que ninguno de los dos pueda separarse del otro, al menos por esta noche.

## Capítulo 10: Sara



Ya es de día, lo sé porque los rayos de sol calientan mi cuerpo. Extiendo la mano en busca de Marcos, pero no está. No puede ser que se haya ido a la oficina, es domingo, hoy no debería trabajar.

Me levanto y visto al tiempo que se oye el tintineo de las llaves en la puerta. Quizá ha ido a buscar algo de desayuno.

Sonrío y salgo para darle los buenos días, pero no es a Marcos a quien me encuentro en el salón del ático, sino a la mujer con la que lo vi el otro día en la plaza de la Justicia. Aquella perra que quizá me lo quería robar.

Pero no saquemos conclusiones precipitadas, quizá sea la señora de la limpieza. Marcos está en la ducha, acabo de localizarlo. Lo sé porque el agua suena con fuerza.

Miro a la chica con cara de meterse por el culo pepinillos a dos manos y espero a que hable por ese buzón de correos que tiene por boca, esa por la que caben veinte mazorcas, por no decir otra cosa.

- Lo siento, pero hoy el señor no va a requerir de sus servicios, puede retirarse – le digo imaginando que será la señora de la limpieza de Marcos, más bien cruzando los dedos para que lo sea.
- De qué coño vas mocosa de mierda. No te equivoques, aquí la única que recoge mierda

eres tú. Ahora coge tus baratijas de mercadillo y márchate de mi casa y la de mi marido. –

¿Marido?

- ¿Marido?

- Vaya, ¿no te lo ha contado? Imagino que tampoco te ha contado que se ha dedicado a espiarte. Tu vida, tus gustos, tu dirección, tus secretos... - tira un expediente sobre la mesa y yo lo cojo antes de que se arrepienta y lo retire.

Lo miro por encima. La chica tiene razón y no se si me jode más porque la tiene y por tanto es cierto lo que dice, que es su mujer, o que Marcos me haya estado investigando como si fuera un trozo de carne que fuera a afectar a su negocio o su vida.

No miro más, ya tengo suficiente con lo que he visto. Dejo el dossier sobre la mesa y salgo por la puerta tras coger el bolso, sin bragas y con la misma ropa que llevé ayer a la discoteca, pero ¿qué más da, no?

Entro en casa dando un sonoro portazo. La verdad es que no sé por qué lo he hecho, la puerta no tiene la culpa, pero es que estoy demasiado cabreada.

Mi madre me mira con preocupación viendo que me voy directa a la habitación y cierro la puerta. Golpea esta con los nudillos.

- Cariño, ¿puedo entrar?

- La verdad es que no me apetece hablar, mamá – le respondo.

- Pero te vendrá bien, te lo digo yo, que ya he pasado por esto.

- Está bien, pasa.

Veo que entra y se sienta a mi lado, encima del colchón y me mira sonriendo con pesar. Sé que se preocupa mucho por mí, es una madre excelente, la envidia de todo el resto de madres del mundo.

- Dime qué es lo que ha pasado, mi niña.

- Pues la verdad es que me ha decepcionado mamá, como todos los hombres. Al final me hago lesbiana, te lo digo así de claro.

- Anda, no digas tonterías, que quiero muchos nietos correteando por casa.
- Pues anda que conmigo lo llevas fino.
- Bueno, ya cambiarás de opinión, y dime, qué es lo que te ha hecho ese cabrón.
- Mamá, esa lengua. La verdad es que no sé por qué me he hecho ilusiones con Marcos.
- ¿Es el chico que me dijiste de la panadería? ¿El que tenía en el torso más tabletas de chocolate que Candela en toda la tienda?
- Bueno, quizá exageré en eso.
- Así que te ha decepcionado.
- Sí. Esta noche ha sido mágica. Ha sido como si nos conociéramos desde hace tiempo. Nuestros cuerpos se han reconocido al instante y todo ha sido maravilloso. Te ahorraré los detalles. Como tú me decías, es cuando papá y mamá se quieren mucho – se ríe y eso me provoca a mí también que ría.
- Vale, te metió la zanahoria en la boca del conejo, hasta ahí lo pilló. Pero ¿qué paso para que estés así si todo ha sido tan perfecto?
- Cuando me he levantado esta mañana, Marcos estaba en la ducha y alguien ha entrado en su casa. Pensé que esa chica era la de la limpieza, pero no, es su mujer mamá, me han engañado como a una tonta.
- No te preocupes mi niña, saldrás de esta. Eres una chica fuerte. Ya sabes que siempre voy a estar aquí para ayudarte. No dejaré que caigas, te lo prometo. Además, conozco a un par que por cien euros le pueden partir las piernas. S un dinero bien invertido, ¿qué me dices?
- ¡Mamá, estás loca! – me río sin poder evitarlo y le doy un fuerte abrazo. Qué haría sin ella...
- Loca de amor por ti – besa mi frente y se levanta. – Voy a prepararte un cola cao con unas oreo, que sé que te encantan.
- Pero, ¡ya no soy una niña!
- Tú siempre serás mi niña – me tira un beso al aire y se marcha a la cocina.

No pasa mucho hasta que me quedo dormida. La verdad es que ni recuerdo ese cola cao

prometido, simplemente me relajó y dejó que mi cuerpo, que está tenso por doquier, se marche al mundo de la subconsciencia.

Me despierta el sonido del teléfono. Tengo más de veinte llamadas perdidas de Marcos. No pienso llamarle.

Ha jugado conmigo y, aunque en uno de sus mensajes que ahora mismo estoy leyendo, me dice que una tal Ramona, me imagino que es la mujer a la que confundí con su limpiadora, no es su mujer, no me lo acabo de creer. ¿Por qué sino tenía las llaves de su casa?

Recibo otro mensaje de Marcos. Quiere explicarme las cosas, vernos y decirme todo lo que ha ocurrido de trasfondo desde que nos conocimos y que no sé.

Tecleo un mensaje en el teléfono, pero no para Marcos, sino para quedar con Óscar. Ya está bien de llorar, necesito olvidar a Marcos, pasar página de una vez.

Desde que conocí a Marcos, he sentido los mejores y peores sentimientos en mi corazón. Ha sido una sensación extraña, vertiginosa, pero me ha hecho volar hasta niveles insospechados.

Poco después estoy con un modelito de infarto, un maquillaje que ni una Drag Queen experimentada y caminando hasta el final de mi calle, donde he quedado con Óscar. Mi madre siempre dice que un clavo saca a otro clavo.

El clavo de Marcos está bien clavado y además es bien gordo, sin pensar mal, así que necesito que Óscar, que sé que siente algo por mí, me lo saque de la cabeza.

Sé que soy una zorra sin corazón por jugar con mi exjefe así, pero en este momento tengo el corazón y necesito que me lo recompongan, aunque sea con una tirita usada.

- Hola preciosa.

- Hola tiarrón, ¿cómo está tu hija?

- Está perfecta.

- Me alegro de ello. ¿Vamos a tomar esa copa? En verdad la necesito.

- Claro, sube a mi moto y te llevo a un bar que conozco te prepara unos cócteles que te mueres.
- Hombre, sinceramente, prefiero seguir viviendo si es posible – le digo sonriendo, se acabaron las lágrimas, esas las dejo para los payasos.
- No seas tonta – ríe negando mientras me da uno de sus cascos para que lo ponga antes de subir a su moto.

No tardamos mucho en llegar al local del que me habla. Espero que en este no esté Marcos ni sea el dueño, porque la última vez que me quiso enseñar un sitio acabé sola y con Marcos comiéndome con la mirada. También me había comido algo más que la mirada.

Intento desechar esas ideas de mi cabeza, ya que si quiero olvidarme de él y pasar página, recordarlo sin parar como que no ayuda.

Por suerte no está en el local, así que podemos disfrutar de una tarde noche entre charla, tapas y cócteles que suben a la cabeza como la espuma, esa que caía en nuestras cabezas la primera vez que nos besamos.

Niego con la cabeza como si esta fuera una maraca, intentando que la idea desaparezca de mi memoria traicionera. Acabo de prometerme a mí misma que no volveré a pensar en él ni me fastidiará la tarde-noche.

Nos ponemos morados por tantos cócteles. Me he tomado uno de cada color. Creo que he completado el arco iris tres veces.

He picado tapas de todos los sabores, como las grajeas de Harry Potter, algunas deliciosas y otras que sabían a culo de mapache, y que conste que nunca he comido u olido culo de mapache.

Acabamos por los suelos, básicamente, hasta que la del bar, que ya ha finalizado su turno hace más de media hora y quiere plegar para planchar la oreja, nos saca de allí a golpe de escoba, barriéndonos hacia fuera.

Vamos caminando hasta el piso de óscar. Dice que no se ve con ánimos de llevar la moto con

semejante papa que lleva encima, y la verdad es que yo no lo dejaría aunque quisiera.

Cuando atravieso su puerta, me quito los tacones, que me están matando y voy directa al sofá. Me tiro en plancha en este y pongo la tele. No sé por qué me tomo tantas libertades, porque sé que no es mi casa, pero en este momento me la sopla todo.

Óscar se sienta a mi lado y empieza a acariciarme la pierna. La verdad es que no me importa, tengo el cuerpo tan encharcado de alcohol que podría venir E.T y meterme su dedo gusiluz por la boca de mi conejo, como dice mi madre, que ni me importaría ni lo sentiría.

- Sara, no he dejado de pensar en ti en todo este tiempo. Me gustas mucho y si a ti no te importa que sea ya un vejestorio, me encantaría que pudiéramos intentarlo como algo más que amigos, ya sabes.
- Óscar no lo estropees.
- No lo estoy estropeando, lo que quiero es llevarlo a una segunda base, algo mejor, para los dos.
- No estropeemos la amistad.
- Aunque estemos juntos, podemos seguir siendo amigos. Las parejas también son amigos al fin y al cabo – y pico pala señores.
- Mira Óscar, la verdad es que yo... – no me da tiempo a terminar la frase, sus labios aprisionan los míos y me tumba en el sofá sin dejarme respirar.

Lo aparto un poco para tomar oxígeno y es entonces cuando me armo de valor para decir lo que creo que sobria no podría hacer nunca. Lo que ni yo misma me diría frente al espejo si no llevara unas copas de más.

- Lo siento Óscar, pero no puedo, estoy enamorada del capullo de Marcos – le digo antes de que mi cabeza dé mis vueltas y cierre los ojos para que pare, aprovechando que pueda creer que me he dormido y que todo acabe aquí.

No quiero hacerle daño, en verdad es un buen hombre, un poco mayor para mí, pero ya se sabe

que el amor no entiende de edad.

Pero le he acabado confesando, o puede que por fin me haya confesado a mí misma, que me he enamorado de Marcos y lo que buscaba ser un clavo que quita otro clavo como venganza ha acabado siendo una confesión que ni yo misma quería escuchar.

Se marcha a su cuarto, o eso imagino, al pensar que me he quedado dormida en el sofá. Quizá sea mejor así.

Encontraré a alguien mejor con quien realmente sea feliz y dentro de unos años recordaremos esto como una anécdota divertida de cómo dar calabazas a alguien con una tasa de alcohol en vena que triplica lo permitido.

Cuando me recupero de mi estado de embriaguez, creo que tres o cuatro horas después de llegar a casa de Óscar, me veo tapada con una manta y con las bragas puestas. Bien, no he hecho ninguna locura estando dormida ni he violado a Óscar pensando que era Marcos.

Llego a casa y entro de puntillas, sin hacer ruido y me meto en la cama para acabar de dormir esas horas que no he dormido en casa de Óscar, pero el timbre de mi puerta suena y abro antes de que mis padres se despierten. Ambos roncan como osos hibernando, así que no creo que se hayan enterado de nada.

Abro la puerta corriendo, casi sin aliento, tropezando con todo lo que me encuentro alrededor y veo a un Marcos despeinado, sudoroso y con los ojos muy rojos.

- ¿Te has fumado un porro antes de venir a mi casa? – le digo con los brazos cruzados a la altura del pecho.

- No, he venido corriendo porque llevo toda la tarde y parte de la noche llamándote porque quiero hablar contigo para solucionar las cosas, y lo sabes, pero no me has cogido el teléfono.

- Es que estaba muy ocupada. Salí a dar un vuelta – lo veo apretar los dientes.

- Será mejor que pases, no quiero despertar a los vecinos, aunque ya te dije que no quería

que vinieras a mi casa. Vivo con mis padres. Me imagino que la habrás visto en ese expediente que me hiciste, mi dirección.

- Sara, déjame explicarte.

- Entra, dame tus patéticas excusas y vete – a la mierda o a donde vea que quiere ir, aunque he omitido esa parte.

# Capítulo 11: Marcos



No puedo más, necesito verla y explicarle lo sucedido. La maldita Ramona, por si no tuviera suficiente con robarme la mitad de mi fortuna, ha decidido también joder mi vida personal ahora que estaba empezando bien con Sara.

Hacer el amor con ella fue pura magia, lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Me sentí libre, sin ataduras, para hacer lo que me apeteciera, pero poniendo sobre todo por encima su disfrute.

Disfrutaba lo mismo que ella o más solo con ver cómo le gustaba lo que le hacía.

Ha visto el dossier donde Pepe me informó de todo lo que tenía que ver con ella. Ramona vino en casa con su copia de llaves y se hizo pasar por mi mujer para comerle la cabeza y que se fuera, no sin antes enseñarle el informe de Pepe.

Estoy decepcionado y cabreado a la vez, pero no por Ramona, aunque también, sino por ser tan estúpido de no contarle las cosas antes para que esto no ocurriera y sobre todo por no haberle pedido las llaves de mi casa a esa perra. Se me pasó por completo, solo tenía cabeza para Sara y olvidé todo lo demás.

Quiero y necesito ir a verla y explicarle todo lo ocurrido, así que, a riesgo de que no quiera volver a verme por lo que voy a hacer, pero espero que algún día me perdone.

Usaré la dirección del expediente de Sara para ir a verla a su casa ya que no me coge las llamadas.

Necesito que me escuche y, aunque sé que vive con sus padres y que no le va a hacer ni puñetera gracia que vaya, debo hacerlo si quiero que tengamos alguna oportunidad.

He llegado a su casa, y tal y como esperaba, está enfadada por ello, aunque sabe perfectamente de dónde he sacado la dirección. Me permite entrar en su casa para que le dé las explicaciones pertinentes, pero espera que tras ello, me vaya.

Nos sentamos en su cama, dice que si nos sentamos en el sofá de su salón para hablar, sus padres pueden despertarse y es lo último que quiere. Me quito la americana y la dejo a los pies de su cama antes de empezar a hablar.

Creo que ambos nos merecemos la verdad, porque si realmente queremos un futuro juntos, así que le contaré lo que ha pasado desde el día en el que nos conocimos hasta el día de hoy, para que si está conmigo sea porque tiene toda mi vida en sus manos, no detalles que después pueden romper nuestra futura pareja, si es que me perdona.

- Sara, quiero contártelo todo, desde el día que nos conocimos. Estaba casado sí, en ese momento en el que nos conocimos, aunque en trámites de divorcio. Estaba cansado de que mi mujer solo me quisiera por mi dinero y se dedicara a derrocharlo con su familia. No es que sea materialista, el dinero solo es dinero al fin y al cabo, pero cuando te faltan cincuenta mil euros en tu cuenta corriente porque tu mujer se ha ido de fin de semana de lujo con su familia sin ni siquiera preguntarte ni incluirte en los planes, molesta.
- Sigue – me insta a continuar.
- Cometí un error, me acosté con ella cuando ya le había pedido el divorcio, justo la noche antes de conocerla en la panadería. Cuando volví a casa, ella había saqueado mi cuenta personal y la de la agencia y se había transferido todo el dinero, además me había robado todas las cosas de valor de la casa y los informes de cada una de las empresas con las que trabajo en la agencia.
- Y mi informe, por lo que parece.

- No, eso irá después.
- Sigue entonces.
- La cosa es que denuncié el robo a la policía. Pepe, mi abogado, y yo descubrimos que había vendido mis cosas de valor y además pudimos rastrear las transferencias que hizo a sus cuentas para usarlo todo como pruebas llegado el momento.
- Así que te desplumó – me dice.
- Sí, pero eso no es lo que más me preocupa. Si que es cierto que tuve que despedir momentáneamente a empleados y modelos porque no podíamos pagarlos, y ellos cobran por día y sesión, no por mes, sino no hubiese habido problemas. La cuestión es que Ramona se dedicó a entregar los informes a las diferentes empresas con las que trabajo.
- Así que me imagino que se han desvinculado de la agencia después de ver cómo las has tratado y espiado, como si buscaras sus trapos sucios – dice Sara reflexionando.
- Exacto, me he quedado sin inversores o empresas que soliciten mis servicios. La verdad, y aunque no lo creas, es que los informes eran solo para saber si eran empresas de fiar o no nos valía la pena trabajar con ellas, al igual que los inversores. Solo nos queríamos cubrir las espaldas para evitarnos marrones, no queríamos sacar a la luz la mierda de nadie, pero todo se ha ido al traste.
- ¿Y qué pasó después?
- Pedimos un juicio express tanto para el divorcio como para resolver el tema del dinero, dado que con el tema de los informes ya no podíamos hacer nada, estaban entregados, aunque hubo una empresa que se atrevió a testificar a cambio de trabajos gratis de por vida. La prueba de la venta de mis cosas fue desestimada porque no podía asegurar el juez que fueran mías. Conseguí incriminarla por el tema de las transacciones no autorizadas y los informes.
- ¿Y qué concluyó el juez para el divorcio?
- Como estábamos casados sin separación de bienes ella se ha quedado el coche y la mitad del dinero que me robó. Tiene que devolverme en menos de quince días un millón de euros.

Con eso reflotaré la empresa y me compraré un coche nuevo, porque a día de hoy no tengo un duro y vivo de lo que me da la discoteca, que lo invierto en el alquiler de ambos edificios: discoteca y agencia.

- Entiendo.
- El día que me viste en la plaza de la Justicia, salía del juzgado, de celebrar el juicio, por eso estaba conmigo.
- Ni siquiera me había fijado en su cara, por eso no la reconocí en tu casa.
- No es mi mujer, es mi exmujer y puedo enseñarte los papeles del divorcio si hace falta para que me creas.
- No es necesario.
- La única empresa que a día de hoy me queda es la de Pronovias, y como no tenía personal, porque no podía pagarlo, te pedí ese favor. Por eso te hice yo las fotos y te dije que no podría pagarte.
- Entiendo.
- Anoche entró en casa porque supongo que nos vio y quiso joderme un poco más, por si no tuviera suficiente. No recordé pedirle las copias que tenía de mi piso.
- ¿Y mi expediente?
- El día del juicio, por la tarde, pasó un momento por la oficina, yo no estaba, pero Pepe sí. Buscaba las llaves del coche, para eso sí que se dio prisa, pero no para devolverme mi dinero... La cuestión es que Pepe tenía allí el informe sobre ti. No sé cómo lo hizo para coger la copia que tenía mi abogado en su despacho, pero lo hizo, imagino que cuando él se giró o despistó. Y eso es todo Sara. De verdad que no te miento. Ayer por la noche fue la mejor de mi vida, contigo me siento bien, feliz, me siento yo y no quiero que esto acabe, de verdad.
- No sé Marcos, la verdad es que necesito pensar. Aunque, ya que nos estamos sincerando debes saber que esta tarde-noche quedé con Óscar para irnos de copas. Acabamos

borrachos y en su casa, pero no pasó nada porque mi jodida cabeza no deja de pensar en ti. Pero eres demasiado complicado y mi corazón está resentido. Tengo que pensar, que pasen unos días y ver si realmente te echo de menos o ha sido solo un capricho. Si realmente quieres estar conmigo, quiero que me des ese tiempo que necesito para darme cuenta de las cosas y reflexionar sobre lo que quiero, lo que necesito y lo que me hace feliz.

Está bien. Cuando estés lista para empezar algo tú y yo, si es que es realmente lo que quieres, llámame, ¿vale? – veo que asiente y beso su mejilla antes de marcharme a casa. Me levanto, cojo la americana y salgo por la puerta.

La suerte está echada y solo puedo esperar a que decida qué es lo que va a hacerla feliz de aquí en adelante, aunque, sinceramente, espero ser yo y no ese gilipollas de su jefe, que podría ser su padre. Maldito asaltacunas.

Ya hace una semana que no veo ni sé nada de Sara. No la he llamado para no agobiarla, pero voy todos los días caminando al trabajo para ver si está en la panadería y al volver, me asomo también, pero nunca la veo.

Quizá ha cambiado de trabajo, quizá ha pasado página y no quiere volver a verme, quizá haya elegido a su jefe, quizá, todo está lleno de quizás por los que me muevo como arenas movedizas, porque juro que estoy haciendo todo lo que puedo por darle tiempo, pero estoy perdiendo la cordura.

Quiero estar con ella, necesito estar con ella, no me la saco de la cabeza ni un puto segundo. Pero seré paciente porque la quiero y quiero que esté segura de lo que ella quiere antes de dar el paso, que no se equivoque y a los dos meses, cuando esté locamente enamorado de ella me dé la patada.

El sábado ya no puedo más con la espera y entro en la panadería para preguntar a la dueña por

Sara. Se llevan muy bien o eso me ha parecido las veces que he venido y estaban ambas, así que puede ser que sea enrollada o que me cuente una milonga para encubirla.

- Buenos día, Candela era, ¿verdad?

- Sí, esa soy yo.

- Solo quería preguntar si sabes cómo está Sara. ¿Le ha pasado algo? Hace días que no la veo cuando paso por la panadería y quería saber si está bien.

- Ella está bien, solo le he dado unos días libres, aunque acaba de empezar, porque realmente se los merecía.

- Podrías decirle que la echo de menos cuando la veas.

- Lo haré.

- Gracias. Me sentaré para merendar algo si te parece bien – sugiero.

- Claro, para eso están las panaderías, pastelerías, cafeterías y todos los ías que quieras – me dice sonriendo y me guiña el ojo. – Mi compañera te atenderá.

Me siento en la mesa de siempre a la espera de que Candela me haya mentido y que esa compañera de la que habla sea Sara que salga del baño o de vete a saber dónde para sorprenderme y decirme que todo saldrá bien.

En vez de Sara, aparece una señora ya entrada en años con malas pulgas y coño canoso que busca agradar, pero no da. Intento ser amable con ella, pero ese trozo de espinaca entre sus dientes no ayuda mucho, me dan ganas de reír y vomitar a la vez.

- Buenas tardes, soy Maruja y hoy te atenderé yo. ¿Qué deseas tomar?

- Un café y una magdalena, por favor.

- Oye, ¿te puedo hacer una pregunta?

- Adelante – le digo.

- ¿Cuánto me cobrarías por hacerme un cunnilingus? Tengo dinero, no es problema.

- Perdona, pero no soy de ese tipo de chicos.

- Ah, perdona, es que como eres guapete, con buen cuerpo, buen paquete y bien peinado,

pensé que eras de esos. Perdona si me confundí.

- Te confundiste y mucho – joder con la vieja, está más salida que un mandril. A esta le pegaría el viejo de los piños voladores, ese si que le haría un buen cunnilingus sin dientes.  
Puto asco.

La verdad es que me haya confundido con un gigoló y esos comentarios soeces que me ha hecho, me han revuelto el estómago, así que cuando se acerca a la vitrina a coger mi pedido, me encamino hacia la puerta.

- Sabes qué, se me ha quitado el hambre. Ya vendré otro día. Adiós.

Salgo de la panadería y me voy al parque que hay a la vuelta de la esquina, necesito relajarme y no pensar en nada mientras la brisa acaricia mi rostro. Nadie me espera en la oficina o en casa, así que es momento de desconectar de todo y cuidar de mi cordura.

Me siento en uno de los bancos del parque mientras veo como el río pasa bravo frente a mí. El sonido me relaja y el agua me recuerda a la noche con mi querida Sara, cuando derramaba el tequila sobre sus pezones.

Me la imagino frente a mí, expuesta, bailando frente a mí como en la discoteca, pero desnuda. Estoy tan caliente que como no deje de pensar en ella voy a humedecer mi pantalón.

Pero ¡qué coño! Mi pantalón sí está húmedo de verdad. Vuelvo a la realidad y veo a un pequeño caniche que está meando en mi pierna, como si fuera un árbol.

Me levanto como si tuviera un resorte en el culo y hago que el perro salga corriendo mientras llega su dueño con cara de vergüenza puta y me pide disculpas más de diez veces.

Tras disculparlo, acabo volviendo a casa para quitarme esta ropa. La verdad es que entre la cagada de la vecina y la meada del perro ya estoy cubierto por un tiempo.

Me doy una buena ducha y miro mi cuenta corriente. La perra de Ramona ya me ha ingresado el dinero, por fin. Seguro que ha esperado unos días para que le generara beneficios en su cuenta.

Los codifico con un par de contraseñas para que nadie más que yo pueda efectuar movimientos en mis cuentas. Cuando ya está todo listo, me siento en el sofá y me pongo la tele para sentir algo de ruido en una casa tan vacía, en un mundo tan vacío sin Sara.

Estoy desesperado. ¿Y si le ha pasado algo? La llamo, pero no coge el teléfono, voy a su casa, pero no está, le he enviado flores a casa y al trabajo, aunque me temo que vendrán devueltas. Todo porque no tengo paciencia. Soy lo peor.

Ya es lunes y vuelvo a pasar por delante de la panadería a ver si la veo. Está lloviendo y las gotas, que me empapan los ojos, no me dejan ver bien lo que hay dentro. Estoy decidido a recuperarla y que me perdone.

No está, como ya viene siendo costumbre. La dueña me dice que no, que no la ha despedido, pues era lo que me temía. Suerte un suspiro de alivio y me acerco más a Candela para que la vieja salida no pueda oírnos.

- Necesito que me hagas un favor.
- Marcos, tranquilo, no voy a despedir a Sara. No está aquí porque va de tarde, es solo eso, no te pongas nervioso. Joder, no pensé que te había dado tan fuerte con ella, realmente sientes cosas muy fuertes por Sara, ¿verdad?
- Sí, estoy jodidamente enamorado de ella desde el día en que la conocí.
- Es una chica maravillosa. Ahora dime, ¿qué favor necesitas?
- Quiero darle una sorpresa cuando venga esta tarde, si es que es verdad que lo hace. ¿Crees que podría vestirme de pastelero para darle una sorpresa cuando llegue? Me meto en la sala del horno o no sé, limpiando el baño si hace falta, pero que no se espere que esté aquí. Así no me podrá esquivar más, por favor.
- Sabes que esto me puede costar mi amistad con Sara.
- Ella te perdonará, te quiere muchísimo.
- Lo sé, y a ti también. Está bien, lo haré. Espero que esto salga bien, porque aunque no la

conozco desde hace mucho, no le había visto ese brillo en la mirada hasta que tú apareciste por la puerta y se apaga cuando te vas para volver a encenderse cuando vuelves. Digamos que eres su llama.

- Y quiero serlo todo el tiempo que ella me deje – Candela asiente y me da un gorro y unos guantes antes colocarme ella misma una especie de delantal.

Desde luego parezco más un chef que un panadero, pero supongo que cualquier cosa me vale para recuperar a Sara.

A primer hora de la tarde, sobre las tres de la tarde el tintineo de la puerta me hace alzar la mirada mientras limpio unas mesas y me encuentro la cara cansada y triste de Sara. Parece que ha estado llorando bastante a juzgar el color de sus ojos rojizos, al igual que la punta de su nariz.

Ni siquiera me ha visto, se va directa al baño a cambiarse imagino, y cuando sale se da cuenta de mi presencia y se queda parada sin creer lo que sus ojos están viendo, incluso se los roza porque cree que está soñando.

- Hola Sara, te he echado mucho de menos.

- ¿Qué haces aquí, Marcos?

- Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma – le sonrío con pesar.

- Mahoma necesitaba pensar qué era lo que quería de verdad – me acerco a ella.

- La montaña te extraña en cada bocanada, que le falta desde que siente tu ausencia. Te quiero en mi vida Sara, te quiero en mis sueños, te quiero en mis desvelos, en cada uno de mis pasos y tropiezos, te quiero en cada victoria y derrota y ya no sé cómo decirte que ya no quiero vivir sin ti.

- He estado toda la semana pensando en por qué deberíamos darnos una oportunidad y por qué no. He hecho una lista de mil maneras, a cuál mejor o peor y créeme que me he vuelto loca. Pero en toda esa locura que sentía, cuando cerraba los ojos solo te veía a ti, que me calmabas con solo pensarte. No sabes lo mal que lo he pasado. Ha pasado muy poco tiempo desde que nos conocemos y todo esto que sentimos asusta, asusta muchísimo, pero

he decidido que si tengo que pasar miedo, que sea a tu lado, que si tengo que atravesar un túnel oscuro, que sea de tu mano. Si me encuentro un muro ante mí, que me ayudes a escalarlo.

Tomo su rostro entre mis manos mientras una lágrima se me escapa. Los suyos están cubiertos de ellas. La beso con toda la ternura que puedo ofrecerle, quiero que lo recuerde el resto de su vida.

- Te quiero Sarita – le digo mientras ella me quita el gorro de chef.
- Y yo Marquitos – ambos sonreímos en los labios del otro.
- Por el amor del cielo, ¿os pago un hotel? Voy a vomitar confeti de colores fosforito – oigo la voz de la vieja que rompe un momento tan hermoso.
- Señora, vaya a hacerse un dedo al baño, ya verá cómo el mundo se vuelve un poco menos amargado para usted – Sara y Candela empiezan a reír a carcajada limpia.
- Maldito niñato... – es lo único que responde, pero la tía se va al baño. Ese baño ya no volverá a ser lo mismo, se va a desvirgar con ella, y desde luego yo no voy a poder volver a entrar en él.

No quiero sepárame de Sara, pero ambos tenemos que trabajar. He dejado la agencia sola todo el día y Vanessa tiene que estar maldiciendo a toda mi familia, que por desgracia también es la suya.

Cuando me ve entrar por la puerta me pone una cara de perdonavidas que no puede con ella, pero me ve pletórico y ata cabos corriendo a abrazarme contenta porque haya arreglado las cosas con Sara.

- Me alegro mucho hermanito, así no te tendré lloriqueando como un alma en pena por la oficina. Dime lo que te da esa chica para que le compre un poco por si os volvéis a pelear. Esa coca es de la buena.
- No seas burra. Se llama amor y no se comprar nena.
- No hay nada que no se compre en esta vida. Ya buscaré yo un par de rallitas de ese amor.
- Estás loca. Voy a sentarme en el despacho a ver qué novedades tenemos hoy.
- Eso te lo puede decir esta loca que tienes por hermana. Hemos conseguido a dos nuevos

clientes y estoy negociando con un posible inversor, dame tiempo, casi lo tengo en el bote.

- Todo tuyo. Yo seguiré haciendo difusión por redes a ver si hay suerte.

Me paso lo que queda de tarde trabajando, pero más motivado que un anciano con una pastillita azul entre sus manos. Acabo bastante tarde, pero estoy satisfecho de lo que he hecho.

Pido al cáterin algo de cena para los dos y veinte minutos después lleva el repartidor con la cena de Sara y de un servidor.

Me imagino que no tendrá nada para cenar y agradecerá algo caliente según sale de la panadería.

Abro al repartidos para que me entregue la comida y veo que no es otro que el amiguito de Sara, también conocido como su antiguo jefe. Mi semblante cambia por momentos y él parece reconocermme también.

- Tú eres el que tiene hecha polvo a Sara, ¿no?

- Y tú el que le quiere echar un polvo, ¿no?

- No te la mereces, yo la cuidaré de verdad, no la haré desdichada ni haré que llore todas las noches como haces tú. Si hasta te mentaba en sueños cuando estuvo en mi casa y durmió conmigo el otro día.

- ¿Cómo que durmió contigo? – digo cabreado.

- ¿Acaso eres sordo? Creo que ya ha elegido tío y entre bomberos no nos pisamos las mangueras, así que retírate, ahora que aún te queda algo de dignidad.

- Ni lo sueñes, he estado esta tarde con Sara y quiere que lo intentemos, así que ni tú ni nadie va a hacer que cambie de opinión ni que se estropee lo que tenemos.

- Ya veremos niñato, ya veremos – tira la bolsa con la comida al suelo y se marcha malhumorado, pero con la cabeza alta el muy fanfarrón.

Cojo la bolsa y salvo la mayoría de la comida antes de marcharme para ir a buscar a Sara. Sé que acabamos de decir que vamos a intentarlo, pero necesito que me explique lo que pasó de verdad con este tío la noche que ella me contó que se besaron, o siempre lo tendré rondando por la cabeza

y nunca podré disfrutar de verdad de lo nuestro.

La encuentro cerrando la persiana de la panadería, imagino que hoy le habrá tocado cerrar a ella al haber entrado por la tarde. Me acerco por detrás y la agarro por la espalda tapándome la boca y cambiando la voz.

- Deme tomo lo que tiene señorita.
- Está bien, pero no me haga nada.
- Sobre todo deme su amor condicional.

La suelto y al girarse me da un bofetón de aúpa. Puede que después de todo no haya sido muy buena idea eso de jugar a ser un ladrón.

- Lo siento mucho Sara, solo era una broma.
- Jolín, me has asustado mucho. Te perdono, pero no lo vuelvas a hacer, ¿sí?
- Te lo prometo.
- ¿Qué es lo que llevas en esa bolsa?
- La cena porque sé que tienes un hambre voraz. ¿Me equivoco? – ella niega sonriendo.
- No te equivocas para nada. ¿Cenamos en tu casa?
- Por supuesto, aunque esta vez vamos a tener que ir andando o puedes subirte a mi espalda y te llevo a caballito. Ya no tengo el coche, ¿recuerdas?
- Lo sé, no te preocupes. Con mi primer sueldo te compraré una bici – ambos reímos.

Caminamos hasta mi ático y pronto nos disponemos a cenar para que no se poche más la comida después de que el gilipollas de su exjefe la tirara al suelo a mala leche.

Quiero comentarle lo ocurrido y lo que dijo para que me explique, pero no quiero romper el buen rollo y la magia del momento. Mañana será otro día y entonces se lo comentaré.

Nos acostamos poco después, ambos estamos agotados y solo me apetece abrazarla entre mis sábanas, nada más que eso. Ya habrá tiempo para disfrutar de los cuerpos dejemos que esta noche disfruten las almas.



## Capítulo 12: Sara



He tomado mi decisión y creo que es lo mejor que he hecho en la vida. Entre sus brazos me encuentro en paz y no quiero estar en otro sitio que aquí, donde realmente soy feliz.

Ha sido duro traspasar todas las barreras envueltas en miedos, inseguridades, dudas, pero lo he conseguido, también debo decir que la inestimable ayuda de mi padre ha sido decisiva para decantarme hacia un lado u otro de la balanza.

Nos hemos dicho en la panadería cosas que pensé que jamás saldrían de mi boca o de la suya, pero nos ha salido natural, porque lo sentimos, sin sentirnos forzados, solo nos hemos dejado llevar por los sentimientos, nada más.

Tras darle un beso en la punta de la nariz, me visto con la ropa de ayer, puesto que en su casa no tengo otra, y me encamino a la panadería.

Hoy me toca abrir a mí y estaré con Candela. Maruja, que ya ha vuelto de sus vacaciones, o como ella dice, de su retiro espiritual, y se encargará del turno de la tarde.

- ¿Otra vez con la misma ropa Sara? Eso me suena a que has dormido en su casa.
- Correcto, pero nada de interrogatorios a primera hora de la mañana sin un café. Deja que mis neuronas despierten primero, ¿vale?
- Está bien, esperaré al culebrón, pero máximo una hora, ¿entendido?
- Madre mía, tú eres la que deberías llamarte Maruja.

Entra un cliente, veo que es un chico joven. No tendrá más de veinte años. Miro a Candela, que está sacando las primeras barras de pan, recién salidas del horno. Las coloca en las diferentes cestas mientras yo le pregunto al cliente qué desea.

Candela parece haberle hecho una radiografía, porque lo ha escaneado de arriba abajo la muy descarada. Coloco los ojos en blanco mirándola para que se percate y deje de examinar al chaval, que lo está poniendo nervioso.

- Quiero una baguette, gracias – me pide.
- Pero si ya la llevas de serie. Se te ve la baguette chaval. Sí, sí, esa que te asoma por la cremallera que te has dejado abierta, para que se escape el pajarito – Candela podría cerrar la boca un poco, aunque bueno, mirándolo de otro modo, le ha salvado de un bochorno posterior. Al menos aquí solo lo hemos visto nosotras. Se sube la bragueta corriendo.
- Gracias por el aviso señora – le doy la baguette, la de pan, que la suya la lleva de serie y me deja un par de euros en el mostrador. No me deja ni que le devuelva el cambio, desaparece como si fuera el mismísimo Houdini. Candela provoca ese efecto en los hombres. Huyen de ella.

Nos pasamos la mañana atendiendo a los clientes y decorando tartas de cumpleaños, que parece que se ha puesto media ciudad de acuerdo para cumplir años hoy.

Nos tiramos más de media mañana en el obrador, alternando nuestras entradas con la atención de los clientes de la sala principal.

Una chica entra a la panadería con bastante prisa. La verdad es que se la ve algo payasa, y no es por lo que haga, sino porque su atuendo así me lo confirma. Lleva la cara pintada a lo payasa y ropa de colores llamativos.

- Buenos días, soy Sara y seré quien la atienda. ¿Qué desea? – le pregunto a la chica.
- Quiero tres lionesas, por favor – me pide.

Se las preparo en un plato imaginando que las tomará en una mesa, ya que no me ha dicho que sean para llevar. Lo meto un poco en el microondas, porque están congeladas y sino se puede romper hasta un diente.

Una vez que ya está todo listo, le dejo el plato para que pueda cogerlo y llevarlo a la mesa, pero en vez de cogerlo, agarras las lionesas con las manos y empieza a hacer malabares frente a mí. Me imagino que querrá que le eche unas monedas por entretenerme o algo.

Se dedica a tirarlas y recogerla después al vuelo, como si fuera un malabarista de semáforo.

Yo la miro alzando la ceja y es entonces cuando Candela sale de su despacho llamándome, haciendo que la chica se desconcentre y las lionesas se caigan en el suelo a la vez que óscar entra por la puerta.

Es una situación surrealista, sobre todo porque Candela pisa una de las lionesas y cae de culo al suelo. Óscar corre a socorrerla y ambos se quedan mirando como dos tontos en apuros. Cojo la fregona y recojo el destrozo mientras Candela sigue en los brazos de Óscar.

Parece la típica película a lo Casablanca, donde los protagonistas se quedan mirándose estáticos sin que se mueva un pelo de la cabeza de ninguno, como si alguien le hubiese dado al pausa.

Acabo de limpiar el suelo y me dedico a atender al resto de clientes de la cola. La verdad es que los tortolitos están allí charlando en una esquina y no quiero molestar. Quién sabe, quizá sale una pareja de la panadería.

- Hola Sara, ¿qué tal estás?

- Desde luego no mejor que tú – le guiño el ojo.

- No conocía a tu jefa y joder, está de toma pan y moja.

- Pues está soltera y creo que le gustas. Mira, esa es la puerta de su despacho, a ver si tienes huevos y vas a pedirle una cita.

- No empieces con esas, que ya sabes cómo acaba todo cuando dices eso de no tienes huevos.
- Pues por eso lo hago – río mientras le cobro una barra de pan a una señora.
- Escucha, venía a pedirte perdón por lo que pasó el otro día y aprovechar para comentarte que si el tal Marcos te menciona algo de mí es porque parece ser que trabajamos para él, bueno, la empresa. Lo digo porque le eché la charla el otro día y dije cosas que no quería. No quiero acarrearle problemas. Quizá deberías hablar con él para que no creas que tú y yo...ya sabes.
- Gracias por avisarme, así lo haré.

Veo a Óscar caminar muy decidido hacia el despacho de Candela y yo ya estoy bailando castañuelas. Ya me veo cogiendo a sus doscientos hijos que harán, por supuesto, sobre la mesa del despacho de la panadería, como tiene que ser. Que se amasen bien.

Salgo a mediodía cuando veo entrar a Maruja, que es la que me releva. Óscar ya se ha marchado con una sonrisa en los labios. No quiero saber lo que ha pasado, pero a juzgar por el pintalabios corrido de Candela que sale del despacho mientras se recoloca la camisa rosada, ahí ha habido tema, pero vamos, como dice Enrique Pastor.

Me marco guiñando el ojo a Candela y despidiéndome de Maruja, salgo de la panadería en busca de Marcos, que me espera sentado en uno de los bancos de la calle, según me ha dicho en el mensaje que me ha mandado.

Hablamos sobre Óscar y lo que pasó, me lo cuenta todo, dejándome mucho más tranquila. Yo le doy mis explicaciones y le digo que si en algún momento mi jefe dio a entender que había habido más de un beso y que había dormido en el sofá.

Tras las pertinentes explicaciones, nos marchamos a la playa, porque a Marcos le apetece pasear por la orilla y, sinceramente, a mí también. Es algo que no hemos hecho juntos y quiero hacer todo lo que sea humanamente posible con él, hasta tirarme en paracaídas.

Caminamos descalzos por la orilla. Algunas personas están en el agua, otras tomando el sol y algunos jugando a juegos de pelota. La verdad es que es un buen sitio para desconectar de todo mientras nos relajamos con el sonido de las olas del mar.

Nos paramos un momento justo en medio de la playa, mientras caminamos dirección al chiringuito para tomar algo, y Marcos me acuna el rostro entre sus manos mientras me mira con pura ternura.

- No puedo asegurar que seas la mujer de mi vida, al igual que tú tampoco puedes asegurar que yo sea tu nombre, pero me gustaría que me dieras la oportunidad de compartir tu camino, de caminar juntos de la mano por el sendero de la vida. ¿Quieres que vivamos nuestra historia de amor?

Abre una caja y me ofrece una sencilla gargantilla con un infinito cubierto de pedrería. Lo miro con ojos vidriosos y asiento tirándome a su cuello para besarnos y haciendo que ambos caigamos en la arena.

Lo beso sin parar importándome bien poco lo que piense la gente que está viendo semejante espectáculo, hasta que Marcos se remueve un poco bajo mi cuerpo, como si algo le molestara.

- Sara, ¿te importaría no pellizcarme el culo?

- Yo no te estoy pellizcando nada – me levanto y se gira para descubrir a un cangrejo que le está pellizcando el trasero.

Salgo despavorida hacia el chiringuito chillando y riendo a la vez. Parece que no soy la única que se ha enamorado de Marcos, aquí hasta los animales quieren sobarle el culo a mi novio. ¿Yo he dicho novio? Supongo que es lo que somos, ¿no?

- Quieres que te cuente un cotilleo – le digo cuando ya estamos disfrutando de nuestros cócteles en el chiringuito.

- Dispara.

- Óscar y mi jefa se han comido los morros y no sé si algo más en el despacho de ella. Creo que se avecina parejita.

- No me lo puedo creer, aunque me alegro, así dejará de pensar en ti y se dedicará a tu jefa.
- No seas malo, estamos juntos, pero no revueltos. Siempre vamos a tener algún tipo de relación, jefa o exjefe con empleada y amigos, pero te aseguro que el único que ocupa mi corazón eres tú.
- Por cierto, espero que no te importe, pero le he dicho a Vanessa y Pepe que se pasen. A mi hermana ya la conoces, pero me gustaría que conocieras también a Pepe, mi abogado y mi mejor amigo.
- Claro que no me importa, al contrario, quiero conocer a toda tu familia.
- Bueno, la única familia de sangre directa que me queda es Vanessa, nuestros padres murieron en un accidente, pero no te preocupes ni pongas esa cara de pena, ya lo he superado – me besa y toma otro sorbo de su bebida.

Nos dedicamos a charlar de nuestro pasado mientras esperamos a que los invitados lleguen. Marcos quiere celebrar nuestro amor yendo los cuatro a comer una paella, sobre todo ahora que ya ha recibido el dinero que le había robado su ex, o al menos una parte.

Cuando llegan, nos abrazamos y Marcos me presenta a Pepe, nos abrazamos los cuatro, uno a uno eh, que no estamos tan mal.

Nos encaminamos a un restaurante de costa que tiene unos precios que hacen que mis piernas tiemblan. Una paella para cuatro vale todo el sueldo de una semana.

Marcos dice que él nos invita y la verdad es que suspiro en silencio, como tenga que invitar yo, vamos listos. Cuando vuelvo de lavarme las manos, me siento al lado de Marcos y miro a Pepe alzando la ceja.

- Así que fuiste tú el que me espiaste para hacerme un informe.
- Bueno, no exactamente, pagué a alguien para que lo hiciera, pero supongo que sí, que técnicamente fui yo.
- Que sepas que ya te lo puedes currar para que te perdone porque es una de las cosas que

me ha cabreado como una mona, y cuando yo me cabreo, cuesta mucho que se me bajen los humos.

- Vaya Marcos, parece que te ha tocado una fiera como pareja – le dice a mi chico.

- Y tan fiera, te lo digo yo de primera mano – le doy una patada lateral para que se calle.

Seguro que lo dice porque le clavé las uñas en el torso cuando estuvimos juntos.

Tras una comida deliciosa con una charla distendida, cada uno se va a su casa, bueno, en mi caso, a casa de Marcos, avisando previamente a mi madre para que no se preocupe.

Se lo cuento todo versión reducida en un audio y la verdad es que se alegra por mí, o eso me dice, aunque manda otro audio amenazando de muerte a Marcos por si se le ocurre hacerme daño de nuevo y destrozarme.

Nos pasamos lo que queda de tarde en el sofá, con la manta y las palomitas, viendo películas antiguas, a los dos nos gustan. Con antiguas me refiero a del año 2000 en adelante, eh, no las mudas en blanco y negro.

Pedimos algo de comida india para cenar y la verdad es que nos ponemos las botas. Nunca había comido ese tipo de platos y la verdad es que son los especiados que mi cuerpo al segundo bocado, al no estar acostumbrado, ya dice basta, pero he aprendido a rebuscar como un topillo hasta encontrarle la pepita de oro.

Ambos nos damos una ducha y nos metemos en la cama. Los dos sabemos lo que queremos, los cuerpos se están llamando y queremos volver a sentir las mismas sensaciones que la primera vez.

Esa unión magnética de cuerpo y algo que nos hizo vibrar, temblar y volar más allá de los límites de la imaginación.

Y así hacemos. Nos abandonamos a la pasión en cada uno de los recovecos del ático, dejando atrás miedos y tabúes y priorizando las sensaciones que acarician cada poro de nuestra piel.

- ¿Sabes qué, Sarita?

- Dime, Marquitos.

- Estoy enamorado de ti desde el día en que te conocí.

## Capítulo 13: Marcos (2 años después)



- Venga Marcos, vamos a llegar tarde, ¿te has puesto la pajarita?
- Sí, ya lo tengo todo. ¿Tú estás lista, nena?
- Solo me queda maquillarme, te prometo que solo tardo cinco minutos.
- Eso dijiste hace quince minutos.
- A ver listillo, no es fácil en mi posición. Me gustaría a mí verte como mujer ahora mismo.
- Vale, lo siento cariño. Voy sacando el coche del parking y te espero en la calle, ¿vale?
- Así me gusta, que seas un niño bueno – me asomo a la habitación y veo que está sentada en el tocador colocando la base de su maquillaje. Está realmente preciosa. Parece un diamante con este vestido de pedrería que le regaló mi clienta de Pronovias.

Bajo al parking y el vecino ha vuelto a rayarnos el coche. Maldito inútil. Ya no aguanto más, siempre está igual y a riesgo de que haya cámaras en la zona y puedan pillarme, me arrodillo al lado de su puerta de piloto y cojo las llaves de casa para dejarle un mensajito en la puerta grabado a fuego, o en este caso grabado a llave: *inútil, aparca bien*.

Ahora, más contento que unas castañuelas, salgo del parking dentro de nuestro nuevo coche y espero a Sara en la puerta.

Ya hace más de dos años que empezamos este cuento y cada vez es mejor, con cada capítulo que pasamos y con cada contratiempo con el que nos encontramos, lo afrontamos juntos de la mano. No pude haber escogido mejor.

Estos dos años me han servido para madurar como persona y pareja, para darme cuenta de qué es realmente lo que quiero y cuidarla lo más que puedo para que jamás quiera separarse de mí.

Sara llega con cincuenta mil bolsas y las deja en el maletero antes de sentarse en el asiento del copiloto y mirarme con una sonrisa. Es un ángel, mi ángel.

Llegamos a la playa y allí están Vanessa, Pepe, Candela, Óscar, el viejo de los dientes voladores, la vieja más salida de un mandril, y mucha otra gente que igual conoce Sara, pero yo no.

Mi chica y su jefa se han hecho inseparable. Ahora Sara ya no trabaja en la panadería, no porque la hayan echado, es que decidió hacer lo que realmente la hacía feliz y por lo que había estudiado.

Se convirtió en la modelo principal de la agencia. Le hicimos un book y las empresas se la rifaban, incluso pujaban por ella.

Nos hizo ganar mucho dinero y, por supuesto es juntamente con Vanessa, las encargadas de seleccionar a las chicas según las necesidades del cliente y le he cedido el tema de las redes, ya que no le puedo dedicar el tiempo que me gustaría.

Ahora se está tomando un tiempo, como es normal, así que se dedica sobre todo a las redes, la selección y a tratar con las empresas para la selección de la ropa.

Hemos decidido seguir trabajando con la empresa de catering, lo he hecho por ella, porque es su jefe y un amigo, porque si fuera por mí, después del gesto tan feo que tuyo, hubiese roto de inmediato con ellos.

Sara me convenció para que Óscar no perdiera el trabajo. Hasta para eso es una maravilla de mujer, siempre piensa en los demás por encima de lo que ella quiere, pero para eso estoy yo, para preocuparme de su felicidad, de que tenga lo que necesita y para que se sienta cuidada.

Saludamos a todos los presentes, aunque a la mayoría no los conozco. Nos sentamos en los asientos que alguien ha colocado, meticulosamente adornados y esperamos a que empiece, lo que yo llamo, el espectáculo.

Entrelazo los dedos de mi mano con la de Sara, que me mira enamorada, tal y como yo la miro a ella. Está preciosa y con esa sonrisa en el rostro que no se le borra ni aunque le peguen, tiene una luz que enamoraría a un muerto.

- Queridos amigos aquí presentes, nos hemos reunido hoy para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio – dice el cura.

A Sara le sudan las manos, está realmente nerviosa. La verdad es que no estoy prestando mucha atención a lo que dice el cura, solo cierro los ojos y veo a Sara con aquellos vestidos de novia de Pronovias aquel día en la fotografié, aquel día que me atreví a acercarme un poco más mientras le subía la cremallera, pero estaba deseando bajársela.

- ¿Recibe usted a esta mujer para ser su esposa, para vivir juntos en sagrado matrimonio, para amarla, honrarla, consolarla y cuidarla, en salud y en enfermedad, guardándole fidelidad, durante el tiempo que duren sus vidas?

Sara me da un pequeño golpe en el torso con su bolso para que salga de mi ensoñación mientras escucho a un cura que parece que se haya bebido todo aquello de la barra que no fuera agua bendita.

- Sí, quiero – el cura mira entonces a la novia.

- ¿Recibe usted a este hombre para ser su esposo, para vivir juntos en sagrado matrimonio, para amarlo, honrarlo, consolarlo y cuidarlo, en salud y en enfermedad, guardándole fidelidad, durante el tiempo que duren sus vidas?

- Sí, quiero – responde ella al cura.

Sonrío y miro a Sara, que se está limpiando las lágrimas con un pañuelo. Las hormonas en Sara están a flor de piel últimamente. La abrazo de lado y beso su pelo. Parece que con ello consigo que se tranquilice un poco.

Una vez los anillos se han puesto y Sara ha gastado los dos paquetes de pañuelos que llevaba en el

bolso y el que yo llevaba por si las moscas en el bolsillo del pantalón, llega el turno de levantarse mientras la música de fondo suena.

- Y con este acto tan puro y hermoso, yo os desposo. Ya pueden besarse los futuros marido y mujer. Amén.

Todos aplaudimos mientras Candela y Óscar se besan tras unir sus vidas de aquí hasta que sus corazones dejen de latir.

La verdad es que estoy mucho más tranquilo desde que Óscar puso sus ojos y tu pene en dirección a Candela, dejando a mi Sara en paz, no me gustaría pasar una noche en el calabozo por romperle la nariz a ese soplapollas.

Todos se abrazan con todos, se dan la mano, besos en la mejilla, se los ve felices. Sara toma mi brazo para que, una vez saludado todo el mundo, nos encaminemos a la zona de comedor, que básicamente son unas mesas que se han puesto algo más cerca de la entrada a la playa.

La comida, por supuesto, corre de parte del cáterin en el que trabaja Óscar, a cambio de reducirle los días de vacaciones por la boda, ya que están desbordados de trabajo, le han regalado el cáterin.

Sara se sienta en una de las sillas con lazos rosas preparadas en la zona y yo me siento a su lado. La miro con ternura y ella me acaricia la mejilla para darme a entender que está bien.

Es impresionante cómo, en dos años, ha aprendido a leerme tan bien con solo mirarme. Ya sabe lo que pienso, siento y necesito en todo momento solo con leerme la mirada.

Óscar no para de meterle a su mujer la lengua hasta la campanilla y a veces mirarlos es un poco vergonzoso, a lo tierra trágame, pero qué le vamos a hacer, en las bodas todo está permitido, sobre todo si es la tuya.

Nos metemos entre pecho y espalda un conjunto de cinco pequeños platos. Para empezar un sorbete de limón con gambas. La verdad es que está de lujo, aunque quizá no tanto como el

segundo, tartar de verduras. Realmente delicioso.

El tercer plato es una mezcla de purés que crea un arcoíris en el vaso transparente en el cual está. Ese no me gusta tanto, los purés no son lo mío, pero en fin...

El cuarto sí que es de mis preferidos y pondría una mano en el fuego sin quemarme a que también lo es de Sara, que se está poniendo las botas. Ya ha pedido cuatro platos y en cada uno vienen cuatro minihamburguesas, es normal.

El viejo de los dientes, que según me ha comentado Sara, se llama Carmelo, está sentado a mi lado y todo el tiempo se queja de su incontinencia urinaria, me habla como si fuera su mejor amigo.

Yo trato de centrarme en cualquier otra cosa, entablar conversación con Sara, mirar a mi hermana, que parece haber entablado algún tipo de amistad con el hijo de Candela, porque están muy juntos, demasiado juntos, y mi vena de hermano protector palpita por momentos.

Sé que es mayorcita, pero... También sé que es una cabra loca. Verás tú como acaba esto...

Veo como el chaval, que parece tener pocas luces, le toca el brazo y ella se toca el pelo, señales claras de que aquí hay tomate.

Él es el típico friki que se pasa el día frente al ordenador jugando a World of Warcraft mientras se peta los granos y por la tarde estudia alguna rama de la informática.

Intento no mirarlos mucho para que no me moleste lo que veo. Sara, que es más lista que el hambre, se ha dado cuenta, y trata de contarme tonterías para distraerme y que no piense ni mira.

Ahora le ha dado por pintar el piso, así como antojo, como quien no quiere la cosa. Está loca y yo estoy loco, por ella.

Llega el último plato, el último, el dulce. Para ello, la música suena y es entonces cuando sacan la tarta de boda de tres pisos. Somos pocos invitados y con esa tanta se puede alimentar a invitados de quince bodas.

Maruja, que parece ser que es así como se llama la vieja más salida que un mandril, aunque creo que me lo dijo una vez, lleva la cola de Candela mientras esta camina con Óscar hacia la tarta.

- Niño, ¿dónde está el baño? Mi vejiga ya no aguanta más – me pregunta Carmelo. Se lo señalo y coge el tacataca y va para allá.

Parece que Carmelo no se ha enterado bien de por dónde tiene que ir y cuando me levanto para guiarlo, veo que le da con el tacataca a Maruja en las piernas y esta, para no pisar el vestido de la novia, cae de lado con tan mala suerte que golpea una pata de la mesa donde descansa la tarta, que se cae sobre ella.

Oh mierda...

- Maruja, nunca ha sido tan dulce como ahora – se le escapa a Sara en voz alta y todos empezamos a reír. Mejor reír que llorar, ¿no?

## Capítulo 14: Sara (2 años después)



Estoy que me subo por las paredes de la ilusión. Que mis jefes se casen no estaba en mis planes, ni me lo hubiese imaginado en la vida, bueno, puede que un poco cuando los vi comiéndose los morros y puede que algo más en el despacho de Candela.

Ahora, comiéndome los platos a dos manos, muertecita de hambre, pero es normal o me imagino que será normal, porque no tengo ni idea de cómo va esto. Vanessa, que está sentada a mi lado, me mira con ternura y pone su mano en mi vientre.

- ¿Cómo lo llevas? ¿Está peleón hoy, el pequeño hombre de la casa?
- Peleón no sé, pero hambriento ya te digo. Me comería una vaca por los pies.
- ¿Ya tenéis nombre?
- Todavía no, no acabamos de decidirnos – acaricio mi vientre.
- Pues espabila cariño, en un mes voy a ser tía y no quiero ser tía de un sin nombre – coloco los ojos en blanco sonriendo.
- Sabes qué, yo odiaba a los niños, para mí eran Gremlins con piel de cordero, pero algo que viene de Marcos no puede ser malo.
- Créeme, no vas a querer que sea como Marcos de pequeño. El demonio a su lado era modoso – trago saliva ruidosamente y sonrío.

Miro a Marcos y se me pone la cara de tonta, casi de gilipollas enamorada, que es lo que estoy desde hace dos años, al igual que él. ¿Sabes lo difícil que es encontrar a tu pareja de vida en el mundo? Pues yo la he encontrado y no pienso soltarla jamás.

Me he enterado de varios chismorreos a lo largo de la boda. Parece que Carmelo ya tiene un caramelo que llevarse a la boca, pero un caramelo amargo; Maruja.

Para flipar, después de tantos años siendo él el cliente y ella la que le servía los desayunos, ahora le sirve los orgasmos, en forma de pastilla azul.

También estoy viendo que el hijo de Candela hace manitas bajo la mesa con Vanessa. Me ha salido una rima sin buscarla.

La verdad es que no pegan ni con cola, pero ya hablaremos fuera de la boda de ello. Es un chico que no le pega, pero puede que me equivoque. Quién iba a pensar que yo pegaría con Marcos...

Acabo de presenciar uno de los espectáculos más bochornosos de la tarde con la pareja entrada en años. Carmelo le ha dado por detrás literalmente a Maruja, no de manera sexual, eh.

En resumen, ella está en el suelo, la tarta está sobre ella y Carmelo está a punto de perder de nuevo la dentadura de lo abierta que tiene la boca por la sorpresa de lo que acaba de ocurrir y yo, que no tengo filtro, o si lo tenía lo he tirado junto a los de café, suelto en voz alta lo primero que me viene a la cabeza.

Todos los asistentes a la boda me miran y yo saludo roja como un tomate antes de volver a sentarme y comerme la última hamburguesita que me queda. Candela ayuda a Maruja a levantarse y Óscar la acompaña al baño a limpiarse.

Yo también debería ir al baño o me lo haré encima, y tal y como el pequeño me presiona la vejiga, no tardaré mucho.

Me encamino al baño y veo a Carmelo con su pequeña caña de crema entre las manos soltando el chorrito fuera del baño, mojando la arena de la playa.

- No mires niña, es que no llegaba.

- No miro Carmelo, no miro.

Me tapo un poco los ojos mientras camino hacia el baño. Allí me encuentro a Candela y Maruja,

que están limpiando a la última. Por suerte lleva un vestido oscuro y no se nota mucho la mancha, pero su cara parece un poema.

Maquillo como puedo a Maruja una vez acabo de hacer mis necesidades y acaba pareciendo aceptable. Así que volvemos las tres a la zona de las mesas y el banquete. Me siento de nuevo en mi silla, al igual que Maruja. Carmelo ya ha llegado y no se ha lavado las manos. Puag.

Los del cáterin improvisan una de esas tartas que se compran en un supermercado para que la pareja tenga su tarta. La cortan con una sonrisa en los labios mientras Alejandro Sanz suena de fondo.

Todos nos vamos animando, sobre todo por los chupitos, cócteles y de más cosas, bueno, yo me animo sola, pero eso del alcohol se acabó para mí y hasta que el niño camine y haga piruetas en el aire me temo que no voy a poder volver a tomar.

¿Os imagináis al bebé borracho por la leche materna? Una locura.

Los del cáterin nos han preparado una fuente enorme de chocolate y yo, como quien no quiere la cosa, cojo varias fresas y las pincho en uno de los palos que hay, como si fueran un pinchito a la brasa, para colocarlas bajo el chocolate.

Si no me como diez banderillas de esas plagadas de fresas, no me como ninguna. Hasta Marcos ha tenido que venir a decirme que estoy acabando con los suministros de reserva que quiere el cáterin.

Trago la última fresa que tengo en la boca y me limpio la babilla que se me cae con el dorso de la mano antes de mirarlo a los ojos con una sonrisa de culpabilidad.

- Esto es por culpa de tu hijo, es su antojo, no el mío. Así que no puedes echarme a mí la culpa.
- También eran antojos las palomitas y las tres bolsas de quicos de esta mañana, el tarro de pepinillos antes de salir de casa. Y has hamburguesitas, ¿también eran antojo del bebé?

- No, ese era mío, ya puedes meterme en la cárcel si quieres – le pongo las manos esperando a que me espose, pero él solo ríe negando y me besa. Lo amo.

Llega la hora del baile nupcial. Los tortolitos recién casados aparecen en medio de la playa, en la pista improvisada que les han preparado y mientras Thousand Years empieza a sonar, ellos inician su baile lento.

Algunas parejas empiezan a apuntarse, rodeando a los novios, para que se sientan acompañados en este día tan especial. Marcos me mira por si quiero bailar, pero los pies me están matando, no debería llevar tacones en mi estado, así que niego con la cabeza y él suelta un suspiro de felicidad.

Sé que odia bailar bailes de salón, música de discoteca la que quieras, pero le pones una balada y se acojona o te pone cara de pepino en mal estado.

Vanessa y el hijo de Candela, que ni siquiera sé cómo se llama, salen a bailar juntos y tomo la mano de Marcos, a riesgo de que pueda partírmela, para que se relaje.

También salen a bailar Maruja, ya recuperada después del tartazo, Carmelo y su tacataca. Los tres forman unos de los shows más irrisorios de la tarde, prefiero dejarlo con ese calificativo.

El hijo de la hermana de Candela empieza a corretear, persiguiendo a la hija de Óscar, que van entre el gentío zigzagueando, hasta que el niño pisa el vestido de Candela justo cuando está dando una de las vueltas con su nuevo esposo y la tela se rasga, dejando al aire el culo de Candela, y encima la pobre llevaba tanga.

Vamos, que si miras un poco más atento le puedes ver el ojete y hasta los granos del culo.

El niño que le acaba de pisar la tela a Candela, se resbala con la misma y cae de bruces contra la fuente de chocolate. Al levantarse llorando y con la cara llena de churretones de chocolate, como un churro de los de la panadería, vemos que tiene un par de agujeros en la boca.

Se ha roto un par de piños o eso parece. Su madre se acerca para ver el estropicio que se acaba

de hacer su hijo mientras la niña de Óscar limpia el chocolate que se ha derramado de la fuente con la tela de la parte de atrás desgarrada del vestido de novia. Un show.

Mi exjefe le da la americana larga de tu traje a Candela para que dejemos de verle todo el ano y seguimos con la fiesta. La hermana de Candela se lleva al niño al baño a que haga gárgaras una vez que caza entre los litros de chocolate, los trozos partidos de diente.

La verdad es que se ha roto las dos paletillas y parece el risitas, qué le vamos a hacer. La verdad es que Candela y Óscar no se podrán quejar de haber tenido un boda sosa sin anécdotas, desde luego.

Seguimos con los bailes y ahora el Dj, que ha sido el regalo de Marcos, el de la discoteca, está poniendo canciones más modernas y movidas. Mi chico ya está deseoso de bailar este tipo de canciones, estas sí.

Vamos a la pista poco a poco, porque yo ahora ya correr como que no. Movemos el esqueleto, algunos mejor que otros y Marcos y yo nos miramos a los ojos.

- Con esta canción pegamos nuestros cuerpos por primera vez en la zona vip de mi discoteca.
- Seguro que la has pedido a propósito al Dj.
- ¿Acaso lo dudabas? – me pregunta y yo sonrío negando.
- Hora te será un poco más complicado abrazarme, no te dan los brazos para tanto – se coloca a mi espalda y me abraza, descansando sus manos en mi vientre, donde aguarda nuestro hijo para salir.
- Tu hermana me está comiendo la cabeza con eso de que no tenemos nombre para el niño todavía, a falta de un mes para que nazca.
- ¿Qué te parece Ryan? – me pregunta mi chico.
- Lo ven a llamar Raya en el colegio y va a recibir hostias como panes. Mejor no.
- ¿Y Lucas?
- ¿Cómo el pato?

- Vale, mejor no. ¿Y si lo llamamos Hugo?
- ¿Es la estrella? Mejor no. Me gusta Alejandro. Así podemos jugar con Alex o Jandro y ambos son varoniles, ¿no te parece?
- Me gusta Alex. La verdad es que es muy buen nombre.
- ¿Alex entonces? – pregunto esperanzada, porque llevamos más de seis meses pensando el nombre para el niño y no hay manera.
- Ya tenemos nombre para nuestro bebé – me giro y lo beso, poniéndome de puntillas y rodeando su cuello con mis brazos, más por estabilidad que por otra cosa.
- Te quiero, papi.
- Te amo, mami – sonrío y me pongo en posición.

Candela acaba de anunciar que va a lanzar el ramo y que todas las chicas que aún no tenemos una alianza en nuestro dedo anular de la mano derecha. Me miro la mano y va a ser que no, así que me pongo en posición.

Como ocupo bastante y las otras chicas tienen miedo de hacerme daño, me dejan todo el espacio central para mí, sobre todo porque Vanessa las está mirando con cara de: como te acerques vas a necesitar una reconstrucción plástica de cara de la hostia que te voy a dar. Nadie toca a mi sobrino.

Sonrío con esa loca que tengo por cuñada y miro a Candela, que se ha puesto de espaldas para lanzarnos el ramo. Ese pequeño conjunto de ramilletes y pétalos que decidirá el destino de alguna afortunada o desdichada, que tendrá que casarse si lo recibe.

Me quito los zapatos y los dejo en un lado, no quiero matarme en un intento de coger un ramo de recuerdo de la boda que se seque en dos días, o peor, que se llene de bichos. Puag.

Candela tira entonces el ramo, que da vueltas como una noria a una velocidad de vértigo, viene directo hacia mi posición y las demás se apartan lentamente, seguramente Vanessa las estará amenazando.

Alzo las manos para atraparlo al vuelo, pero va demasiado bajo y cae sobre uno de mis ojos con los tallos en dirección a este. Pego un grito cuando siento que algo me pincha y fuerte en el ojo, que se cierra de manera inconsciente. Se me ha clavado el culo del ramo en el ojo.

Se me cae las lágrimas mientras Vanessa lo aparta y Marcos corre a mi posición para ver qué ha pasado y cómo me encuentro. Pues cómo voy a estar, cegata por un ojo.

- Joder amor, tienes el ojos como un tomate.
- No me digas. Me duele un montón.
- Te llevaré al médico este de la playa, seguro que tiene un kit de primeros auxilios y puede darte algo para el dolor y ponerte algo en el ojo.
- Lo siento Sara cariño, ha sido sin querer, de verdad – viene corriendo a abrazarme Candela.
- No te preocupes Cande, que sé que no lo has hecho a propósito. ¿Quién sabe apuntar de espaldas?

Vamos a la garita de primeros auxilios que tienen montada en la playa y cuando el chico limpia la zona, me coloca el parche, que tengo que llevar durante mínimo dos semanas, depende de lo que me diga mi médico.

Parezco un pirata y encima puede que cuando Alex nazca lo primero que vea sea a una madre tuerta. Genial...

Volvemos a la ceremonia media hora después. Marcos explica lo que ha pasado allí dentro y pide que no me molesten ni atosiguen, que lo que necesito ahora es estar tranquila y lo agradezco.

Me siento de nuevo en la mesa y allí está el ramo esperando. No sé si verlo como algo lindo o como un arma arrojadiza y asesina. Decido que sea lo segundo, así no lo tiro, que no creo que a Candela le haga mucha gracia.

La familia de Óscar se ha desperdigado por el coche de los recién casados y lo están decorando y colocando latas para que salgan rodando cuando se vayan. Lo típico de las bodas americanas.

Parece que de viaje de novios se marchan a Japón una semana. La verdad es que me encantaría, pero ahora no es un buen momento. Cuando ya el bebé sea un poco más mayor, se lo dejaré a mis padres o a Vanessa para que de vez en cuando podamos irnos a algún viaje express o algún crucero.

Me percató de que los novios están repartiendo puros y los regalitos para cada uno de los invitados. Veo cómo Carmelo abre un sobre disimuladamente bajo la mesa. Parece que el ojo sano se ha agudizado y lo veo todo.

En el sobre hay recortes de papel de diario. Menudo cutre... Lo cierra con su saliva y yo solo puedo pensar que aún no se ha lavado las manos y está tocando el sobre que después le dará a mi jefa y amiga, bueno, exjefa.

La abrazo cuando llega a mi mesa y me deja dos regalos, el primero es una pulsera llena de cuentas de diferentes tipos de bollería y yo, que estoy con las hormonas haciendo piruetas a lo circo del sol, me pongo a llorar, solo por el ojo bueno y la abrazo con cariño.

Es un recuerdo precioso del tiempo que estuvimos juntas. El otro regalo es algo de ropita para el bebé, pero es rosa. Menos mal que viene el tique para poder cambiarlo, porque no me veo a Alex mutando a Alexia.

- ¿Qué te pasa cariño? ¿No te gusta la ropita para la princesa?
- Bueno, se me olvidó comentarte que es principito – ambas reímos sin parar.
- Vaya, no pasa nada. Tienes el tique, si quieres cuando vuelva del viaje la cambiamos. O puedes ir con Vane.

Vanessa y Candela se conocen gracias al hijo de la segunda, cómo no. Cuando Vane no está en el trabajo se pasa la vida en la habitación de él o al menos juntos, sea donde sea. Son una y mierda, como dice mi madre.

- No te preocupes, tú disfruta de tu viaje, iré con Vanessa. Gracias, cariño. Ahora ya sabes, a darle Candela a tu marido – ambas nos reímos.

Vuelvo a abrazarla y beso su mejilla antes de hacer lo mismo con Óscar, aunque un poco menos efusiva. No quiero que Marcos se encela, ahora que está mejor con él.

Y llega el momento. La música deja de sonar y los novios se preparan para marcharse en ese coche que ha sido tuneado por los familiares, pero Marcos coge una copa y una cucharilla de postre y la golpea sutilmente para que todos le presten atención.

- Siento molestaros en este momento tan entrañable, sobre todo cuando los novios están a punto de marcharse, pero quiero comunicar algo y deseo que todos estén presentes.

Miro a Marcos y alzo la ceja sin saber bien qué pretende Marcos con este discurso. Espero que sea importante, porque no quiero que les fastidia la boda a Candela y Óscar.

- No quiero aguar la fiesta a esta feliz y enamorada pareja, pero quiero aprovechar el momento, ya que estáis todos reunidos, para deciros que amo a Sara con toda mi alma. Que lleva dentro de sí al fruto de nuestro amor y que me ha hecho muy feliz desde el primer día que entré en la panadería, la mejor elección que he hecho en la vida. Pero no estoy aquí para explicaros cómo nos enamorados y todo lo que hemos vivido hasta el día de hoy. Lo que quiero es haceros partícipes de este día porque va a ser inolvidable, no solo para los novios.

- Arranca ya, Marcos, – le grita Vanessa – que me duermo.

Marcos coloca los ojos en blanco y se acerca a mí con una sonrisa en los labios antes de arrodillarse frente a mí y sacar una caja del bolsillo de la americana. Yo me pongo la mano en la boca, para que con el rostro de sorpresa que tengo, no se me vean las caries.

- Sara, eres la mujer de mi vida, el ángel más bello y puro que jamás he conocido. Desde que estoy contigo he entendido lo que es la felicidad plena. ¿Me harías el gran honor de pasar el resto de tu vida a mi lado como mi legítima esposa?

- Síiiii – le digo gritando. Me levanto y lo abrazo como puedo con más lágrimas en los ojos que las cataratas del Niágara.

- Te quiero, mi Sara – me dice mi príncipe.
- Y yo Marcos – y lo beso con todo el amor y la devoción que siento por él. Y entonces siendo cómo algo chorrea entre mis piernas y no tengo ganas de hacer pis. ¡Oh, dios mío! – Marcos, he roto aguas. Vamos al médico ya.
- Hoy no podía acabar mejor. Mi niño va a nacer hoyyyyy – me coge en brazos y sale corriendo, dentro de sus posibilidades, para llevarme al hospital.
- Te quiero Marcos, desde el día en que te conocí.

**¿Continuará?**